DIARIO

DE UN PEREGRINO

EN TIERRA SANTA,

POR

DON ÁLVARO ROBLEDO,

CON UN PRÓLOGO

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

MADRID,

LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,

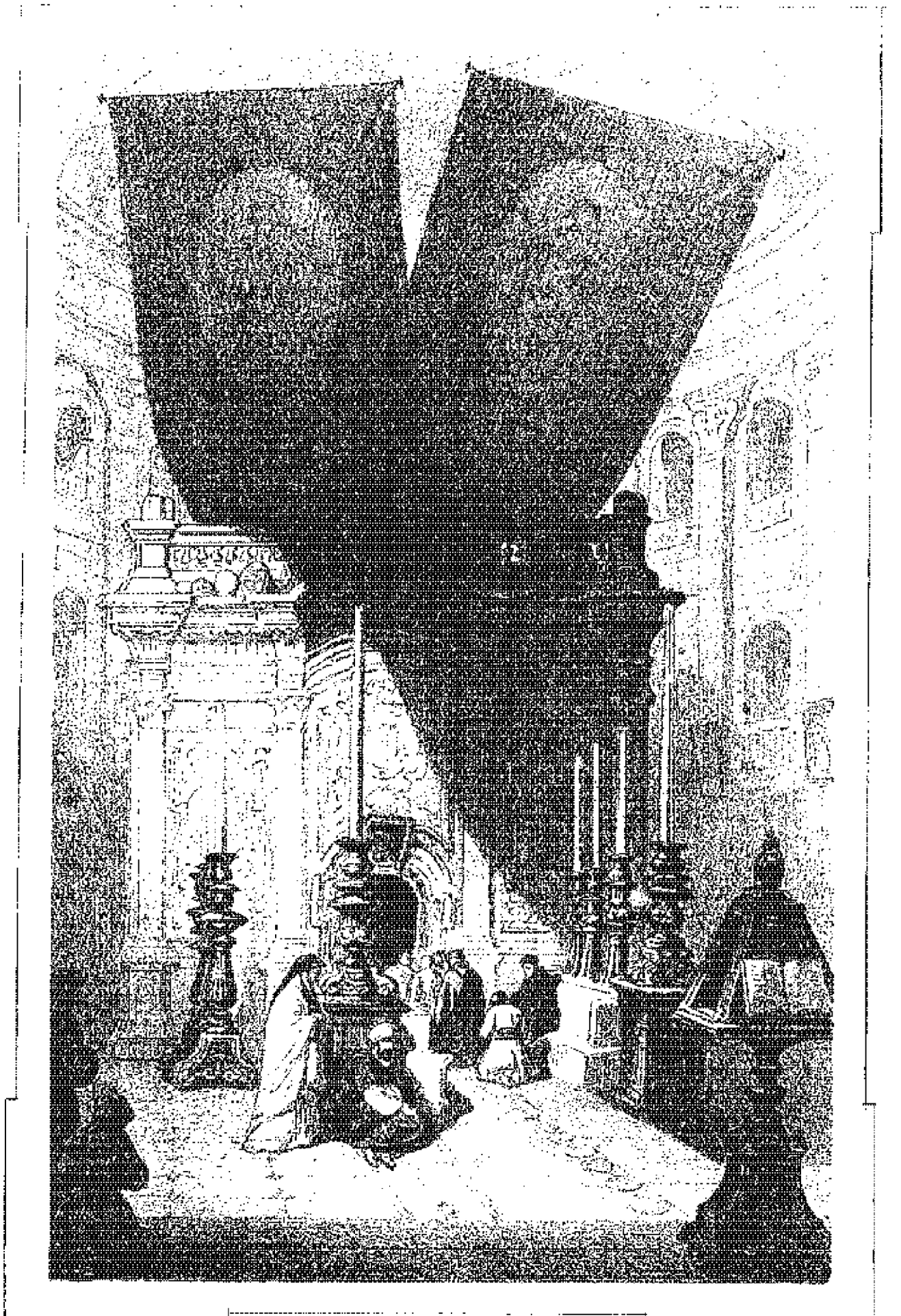
calle del Cármen, número 29.

1864.

DIARIO

DE

UN PEREGRINO EN TIERRA SANTA.



C. Mugica dib.º y lit.º

Lit. de S. Bern.º S. Clara 8. Madrid.

Tabernaculo del S.to Sepulcro

DIARIO

DE UN PEREGRINO

EN TIERRA SANTA,

POR

DON ÁLVARO ROBLEDO,

CON UN PRÓLOGO

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
calle del Cármen, número 29.

1863.

Es propiedad.

MADRID, 1863. — Imprenta de F. Martinez García,
calle del Oso, número 21.

PRÓLOGO.

Contemos lisa y llanamente cómo el autor del Diario de un Peregrino, modesto, honrado y laborioso comerciante, viene á figurar en el catálogo de los escritores españoles, sin abandonar por eso su honrada profesion, ni soñar en glorias literarias.

Durante las primeras horas de la noche se reunen en la librería de Astuy, en Bilbao, unos cuantos buenos amigos que hablan de cada cosa un poco, sin ofender á nadie, ni acalorarse en sus controversias, aunque, por ejemplo en política, sus opiniones sean tan encontradas como se deduce del hecho de haber figurado unos entre los sitiadores y otros entre los defensores de la Invicta villa, en la memorable lucha de 1836. En la Semana Santa de 1863 asistí una noche á esta reunion. Hablábase de los misterios que la Iglesia conmemora en tales dias, y como en la reunion hubiese un jóven que habia visitado los

Santos Lugares, y á quien siempre se oye con gusto por su fácil espresion y su sinceridad, todos se dirigian á él pidiéndole noticias circunstanciadas de los sitios en que se verificó la redencion del género humano. Yo era el que con más curiosidad le interrogaba y oia, por la sencilla razon de que hacia poco que me honraba con su trato, y por consiguiente era de todos los circunstantes el que ménos ocasion habia tenido de interrogarle y oirle.

Don Álvaro Robledo, que este era el nombre del caballero que años atras habia visitado el sepulcro de Cristo, se dirigió particularmente á mí al ver el interes que sus amenos relatos me inspiraban, y me entretuvo agradablemente durante una hora, refiriéndome los accidentes y las impresiones más notables de su viaje, pero refiriéndomelos con la modestia y la sincera fe que se echan muy de ménos en algunos viajeros franceses que han descrito su peregrinacion á los Santos Lugares.

Como notase al separarnos que mi curiosidad no estaba aun satisfecha, me dijo:

—Desde que salí de casa fuí apuntando en mi cartera cuanto me ocurria y observaba, y hace algunos meses me entretuve en copiar aquellos apuntes en un cuaderno, á fin de conservarlos, como re-

cuerdo de mi viaje, entre los papeles de mi familia. Son tan incorrectos y faltos de sabor literario, que sólo al amigo más íntimo é indulgente puedo enseñarlos sin avergonzarme. Sin embargo, se los ofrezco á usted por si halla en ellos algo que pueda interesarle, y para darle una prueba de la confianza que tengo en su indulgencia.

Acepté agradecido el ofrecimiento del Sr. Robledo, y nos separamos. Poco despues, hallándome conversando con mi familia precisamente acerca de los Santos Lugares, me entregaron el manuscrito que el Sr. Robledo me enviaba.

DIARIO DE UN PEREGRINO EN TIERRA SANTA, leí en alta voz al fijar la vista en el manuscrito.

—Ya tenemos lectura agradable y oportuna para esta santa noche, dijo mi padre con alegría; léenos un poco de ese libro.

En efecto, me puse á leer, y... eran las tres de la mañana cuando, con sentimiento de mi familia y mio, la suspendí para terminarla la noche siguiente.

¿Qué encantos tenia aquel libro cuando una familia acostumbrada á madrugar y á pasar todo el dia afanada en sus quehaceres no habia sentido cansancio, ni sueño, oyéndole leer durante las horas que acostumbraba á consagrar al sueño y al descanso?

Todo lo que tiene relacion con aquellas regiones, que fueron teatro de los grandes sucesos narrados en la Sagrada Escritura, ofrece grandísimo interes hasta al hombre de inteligencia y fe más limitadas. El libro que yo leia á mi familia era una relacion sencilla, candorosa, verídica, que un hombre de acendrada fe y clara inteligencia habia ido haciendo de cuanto veian sus ojos, oian sus oidos y sentia su corazon al recorrer los sitios santificados con la huella y la sangre del Salvador del mundo. Hé aquí el secreto del interés que despertaba aquel libro, al que no avaloran ciertamente espléndidos alardes de erudicion ni deslumbradores rasgos de elocuencia y filosofía, pero sí un estilo fácil y correcto, una modestia sincera, una fe viva, un criterio claro y un sentimiento no comun en los escritores de profesion. ¿No era, pues, lástima que permaneciese inédito un libro de tales condiciones? ¿Tanto abundan en nuestra literatura los libros de viajes, y sobre todo de viajes por Tierra Santa, que no se pudiera añadir á su número el del Sr. Robledo? ¿Habria quien llevase á mal la publicacion de un libro, para cuya redaccion ha sido necesario hacer un viaje por las soledades de Oriente, y cuyo asunto son los misterios de la redencion humana, cuando nadie lleva á mal la

publicacion de libros compuestos de una serie de fábulas más ó ménos absurdas, inventadas y descritas en unas cuantas semanas de encierro en un gabinete?

Estas preguntas me hice cuando acabé de leer el manuscrito del Sr. Robledo, á quien al devolvérsele aconsejé que le publicase.

Al oir este consejo, el Sr. Robledo creyó que me burlaba de él, y me costó mucho trabajo convencerle de que le hablaba con sinceridad, lo cual comprenderá muy bien el que conozca su modestia y sepa, como yo, que jamás habia pasado por su imaginacion la idea de que sus escritos, y mucho ménos el DIARIO DE UN PEREGRINO, pudieran darse á la prensa.

Para acabar de convencerle y convencerme yo más y más de que mi opinion era fundada, sometimos el manuscrito al exámen de una de las personas más doctas en materias literarias y teológicas con que se honra Vizcaya, y su opinion resultó conforme con la mia en cuanto á que el DIARIO DE UN PEREGRINO era digno de ver la luz pública. Ya entónces el Sr. Robledo se decidió á dejar en mis manos el manuscrito, autorizándome para que hiciese de él lo que me pareciese conveniente.

Lo que me ha parecido conveniente ha sido conservar en él hasta aquello que tiene un carácter casi paramente personal y privado, á fin de que conserve toda su espontaneidad y sentimiento; referir lisa y llanamente, por via de prólogo, todo lo que queda referido; autorizar para la impresion del manuscrito á uno de los editores más activos, inteligentes y honrados, y declarar que soy el único sobre quien debe pesar la responsabilidad de haberse dado á la imprenta el DIARIO DE UN PEREGRINO EN TIERRA SANTA.

Bilbao, Setiembre de 1863.

ANTONIO DE TRUEBA.

En la noche del 17 de Febrero de 1858 leí en un periódico un anuncio cuyo epígrafe era: *Peregrinacion á Tierra Santa. Caravana de* 1858.

Renuncio á esplicar la viva impresion, el efecto mágico que produjo en mí aquel anuncio, y me limito á decir que aquella misma noche no pensé más que en ver la Tierra Santa, y al siguiente dia me levanté resuelto á formar parte de la caravana.

¿Por qué tan repentina resolucion? Porque la Providencia me ofrecia el único medio de poner término á una de esas enfermedades sin nombre, cuya causa no me era desconocida. Ningun dolor físico me afligia; pero una profunda tristeza me tenia abatido.

Ademas, mil veces desde la infancia habia soñado con el nombre de Jerusalen, mil veces suspiraba al recuerdo del Jordan, y siempre veia con honda pena los obstáculos que se oponian á mis deseos de visitar la tierra santificada con las huellas del Hombre Dios.

En tal estado, cuando la Providencia me señalaba ya el camino ¿qué podia detenerme? Nada...

De las muy pocas personas á quienes por parentesco, ó por asuntos propios de mi profesion de comerciante, me crei obligado á participar el proyectado viaje, sólo dos me animaron á realizarlo; y sin embargo, firme en mi resolucion, me desembaracé de cuantos impedimentos podian detenerme, y partí llevando por compañeros el ansia de besar el sepulcro de Jesus, y el recuerdo de mis muy amados hijos.

Al cabo de tres meses regresé á mi casa, despues de haber atravesado la Tierra Santa desde Belen hasta el Líbano.

No me habia engañado mi esperanza de encontrar la dicha en aquel viaje: soy feliz.

DIARIO

DE UN PEREGRINO

EN TIERRA SANTA.

J'ai vu vers l'Orient un coin de terre paisible, d'où sont sorties la civilisation, la foi, la liberté, la lumière; je me dirige de ce côté pour retremper mon âme aux eaux sacrées du Jourdain, et fortifier ma foi sur le rocher du Calvaire. Je part seul, seul, sans ami pour partager les fatigues, les dangers et les joies du voyage; mais je sais qu'un guide invisible m'accompagne.—(Mislin.)

Bilbao, *juéves* 25 *de Febrero de* 1858.

Tambien yo parto solo, enteramente solo, sin un amigo siquiera con quien compartir las fatigas, los peligros y los placeres del viaje. Tambien yo quiero purificar mi alma con las sagradas aguas del Jordan, y fortificar mi fe sobre

la peña del Calvario. Quiero besar el sepulcro de Aquel que salvó al mundo.

Lleno mi corazon de tan dulces sentimientos, y con lágrimas en los ojos, me separo de mis queridos hijos, que duermen tranquilamente. Paréceme oir una voz interior que me promete volveré á abrazarlos, y esto me tranquiliza y da aliento.

A las cinco y media de la mañana me encuentro solo en la calle, no veo á mi lado nadie á quien estrechar la mano, nadie á quien decir ¡Adios! Al atravesar la plazuela de Santiago observo que está abierta la puerta de la iglesia, y entro.

Al sonar las seis párte el coche.

¡Qué cosa tan deliciosa es empezar un viaje, cuando por espacio de veinte años se ha deseado realizarlo! En este momento esperimenta mi corazon un placer que no cambiaria por ninguna otra felicidad en la tierra. El dia está claro y sereno; yo me encuentro tranquilo. A las cinco y media de la tarde llego á San Sebastian. Visito la iglesia de Santa María, que me parece muy bella: dos mujeres se me acercan, y me ofrecen enseñar la sacristía, que en efecto me-

rece verse. Por la noche paseo bajo los arcos de la plaza Nueva acompañado del judío señor Silva; le hablo de mi viaje, y me ofrece cartas de recomendacion para Marsella, prometiendo entregármelas á nuestra llegada á Bayona.

Viérnes 26 de Febrero.

A las seis de la mañana dejo á San Sebastian. En la aduana de Behobia declaro unos paquetes de cigarros, y enseñando mi pasaporte me permiten pasarlos. A la una y media de la tarde llego á Bayona, y visito á los amigos, que me dan cartas de recomendacion para Marsella y Jerusalen.

Domingo 28 de Febrero.

De madrugada visito la catedral. Tomo asiento en el tren de las siete de la mañana, y á las dos y media de la tarde llego á Burdeos. Doy un paseo hasta la ria, y á breve rato salgo para Tolosa. El tren se detiene en Grissolles por haberse descompuesto la locomotora; se pide otra por el telégrafo, y con dos horas de retraso llegamos á Tolosa. A las diez y media de la no-

che un coche me deja á la puerta de un *hôtel* de la calle de La Fayette : no tengo cena, pero sí mucho frio y mala cama.

Lúnes 1.° *de Marzo.*

A las seis de la mañana tomo asiento en el ferro-carril, y á las doce se detiene el tren en Narbona sin poder continuar la marcha, hallándose la via interceptada por causa de las últimas inundaciones. Este contratiempo me obliga á tomar un coche con otros viajeros, y llegamos á Beziers á las tres de la tarde. Observo que mi equipaje ha quedado en la estacion de Tolosa. Mientras nos preparan la comida en una fonda de la plaza, recorremos la ciudad.

A las ocho de la noche volvemos á tomar el tren, y á las diez llegamos á Cette. Paso dos horas en un café próximo á la estacion, donde trazo estos renglones por no saber en qué ocuparme. A media noche párte el tren, deteniéndose algunos minutos en las estaciones de Mompeller, Nimes y otras: por la mañana llegamos á Marsella.

Marsella, *mártes 2 de Marzo.*

He parado en el *hôtel de Cours*. No conozco á nadie en Marsella. ¿Qué haré? Voy á entregar la carta de recomendacion que me ha dado M. Silva para M. X. de Belleville. Y ¿cómo presentarme en traje tan poco decente, si he perdido mi equipaje, y no tengo ni una camisa para mudarme? Sin embargo, me resuelvo.

M. Belleville me recibe cortesmente, y haciéndome esperar toda la tarde en su despacho para presentarme al director de las Mensagerías Imperiales, aplaza la visita para mañana.

Se me dice que los individuos que deben formar la caravana han de reunirse en el *hôtel* de Roma, y á él me traslado inmediatamente. Mi vestido de viaje es poco decente, y esto tal vez hace que el dueño del *hôtel* me mire con alguna desconfianza. Para desvanecer sus sospechas le refiero la pérdida de mi equipaje y le entrego una moneda de veinte francos, pidiéndole un cuarto en el *hôtel*.

Me encuentro solo en mi cuarto, cuya ventana da á la grande y bulliciosa plaza del *Cours*. Yo mismo no puedo contener la risa al verme

envuelto en una esclavina, con una gorra vieja en la cabeza, y descalzo del pié izquierdo por una herida que me ha causado la torpeza de un zapatero. Indeciso sin saber qué hacer, cubro el pié con un pañuelo y medio zapato, y me lanzo á la calle.

Ando sin saber por dónde; empieza á llover, y no puedo caminar porque me duele mucho la herida. Por fin llego con trabajo al *hôtel* y me acuesto. Estoy contento: el recuerdo de mis hijos no se separa de mi memoria.

Miércoles 3 de Marzo.

Por la mañana subo á la estacion del ferro-carril. La herida del pié me molesta mucho: no puedo andar sino con gran trabajo. El señor director de la estacion me recibe con la mayor amabilidad, me acompaña á la oficina del telégrafo, y él mismo redacta un parte á Tolosa pidiendo mi equipaje.

M. Belleville me presenta al director de las Mensagerías Imperiales, quien escribe en el acto una órden de embarque á mi favor, haciéndome gozar de la rebaja concedida á la caravana,

para el caso de que no quiera formar parte de ella.

Es de noche: no llega la contestacion al parte telegráfico, y empiezo á disgustarme.

Escribo á mi familia en el escritorio de M. Belleville.

Oigo el sonido de una campana, me dirijo maquinalmente hácia el punto de donde viene, llego á una iglesia, me arrodillo al lado de un anciano inválido, y rezo por algunos instantes. Al salir de la iglesia me dirijo por una calle estrecha y oscura: quiero ir hácia el muelle con el objeto de buscar la direccion del *hótel;* distraido con el dolor que me produce la herida del pié, llego á un sitio que no conozco, y me desoriento. Pregunto á una mujer la direccion de la plaza Real: me da las señas; pero aunque las sigo, no acierto á encontrarla. Vuelvo á preguntar á un anciano, y él mismo me acompaña hasta dejarme en la plaza, junto á la estatua de Puget. ¡Bendito seas, hombre que, ni me conoces, ni te conozco! En el *hótel* recibo un parte telegráfico, anunciándome que mi equipaje llegará mañana en el tren Núm. 35, con el Núm. 5,542.

Juéves 4 de Marzo.

Subo á la estacion del ferrocarril, y veo con sentimiento que no ha llegado mi equipaje. El jefe da pasos á fin de informarse, y me dice que vuelva á las siete de la noche. Aburrido ya de tanto ocuparme de mi equipaje, resuelvo no volver á la estacion y embarcarme sin más ropa que la puesta. Vuelvo al *hôtel*, encuentro al cura señor Mayer, de Oran, que forma parte de la caravana, paseamos juntos por la tarde, y visitamos el vapor *Cephise*, que es el destinado para conducirnos á Jaffa.

Viérnes 5 de Marzo.

Por fin llega mi equipaje, y me apresuro á mudar de ropa. Al mirarme á un espejo, me parece que respiro con más libertad, y casi llego á figurarme que no soy el hombre de ayer. Dice un refran que el hábito no hace al monje. Podrá ser cierto; pero quiero dejar consignado en mi borrador, que el dueño del *hôtel* no está conforme con esta opinion.—Buenos dias, me dice, ¿quiere usted tomar alguna cosa?—Gracias.

Barthelemy Caune, hijo de un rico comerciante de Marsella, que forma parte de la caravana, se apoya en mi brazo y me lleva á la bolsa, que es el punto más concurrido de la ciudad. Muy léjos de ocuparnos en negocios bursátiles, son objeto de nuestra conversacion las aventuras que nos esperan en Oriente. —Escuche usted, me dice, hablaré á mi hermano que mande uno de sus vapores á la costa de Palestina para que á nuestro regreso de Jerusalen nos conduzca á Constantinopla.

Observo que mi amigo se halla más entusiasmado que yo. Caune se empeña en llevarme á su casa, presentarme á sus padres, y hacerme quedar á cenar en su compañía. A pesar de mis esfuerzos para escusarme, es tal su insistencia que no puedo ménos de acceder á sus deseos. M. Caune, padre, me enseña los salones de su casa y varios objetos que la adornan, deteniéndose en ponderarme el mérito de un magnífico Crucifijo de marfil. Concluida la colacion, Barthelemy se apoya en mi brazo y me lleva al casino.

Sábado 6 de Marzo.

Son las siete de la mañana. Reunidos los individuos de la caravana en el *hôtel* de Roma, tomamos el camino del célebre santuario de nuestra Señora de la Guarda, protectora de los navegantes. Al subir la cuesta, que es muy pendiente, la vista se deleita contemplando el magnífico panorama que por todos lados se descubre. Sobre la cima de la montaña se levanta el santuario de María: las paredes de la iglesia estan cubiertas de innumerables objetos, ofrendas de agradecimiento que la devocion de los fieles ha colocado como recuerdo de algun beneficio recibido de la mejor de las madres. El capellan de nuestra caravana celebra el santo sacrificio de la misa; en el ofertorio pronuncia un discurso alusivo á nuestra peregrinacion, y sus tiernas palabras me conmueven. En seguida bendice y distribuye unas cruces de plata á todos los que forman parte de la caravana, para llevarlas en memoria de nuestra peregrinacion. Estas cruces tienen una inscripcion que dice: «Peregrino de Tierra Santa, 1858». Por mi parte confieso que recibo

con el mayor placer esta santa divisa, que haré besar á mis hijos al regresar del viaje.

Empleamos el resto del dia en disponer y preparar lo necesario para el embarque.

Domingo 7 de Marzo.

EMBARQUE DE LA CARAVANA.—A las ocho de la mañana nos dirigimos en coche al muelle, y nos embarcamos á bordo del vapor de hélice el *Cephise*, su comandante el teniente de navío Guerin. Van llegando muchos pasajeros: el muelle está lleno de gente que viene á despedirse de sus amigos.

A las diez dejamos el puerto. La mar está algo inquieta, viento duro del N. O.

Se toca la señal del almuerzo, y unas treinta personas nos sentamos á la mesa de la segunda cámara, presidida por el teniente del vapor. La mar rompe con fuerza: el almuerzo con todo el servicio de la mesa rueda por el suelo. A los diez minutos sólo tres pasajeros quedamos en la cámara: los demás se han retirado á sus camarotes, casi todos en el estado más deplorable de mareo. Por la tarde mar bella.

Lúnes 8 de Marzo.

Atravesamos el estrecho de Bonifacio: vemos á la izquierda la isla de Córcega, y la de Cerdeña á la derecha; una descomposicion de la máquina del vapor nos hace arribar á esta última, dando fondo á pocas brazas de tierra.

Al medio dia continuamos nuestra navegacion con buen tiempo y viento duro, siguiendo la costa de Cerdeña, y á las cuatro la perdemos de vista.

La herida del pié me obliga á estar tumbado en mi camarote; pero haciendo un esfuerzo subo sobre cubierta, y me encuentro más aliviado. Los pasajeros se pasean sobre el puente: unos leen, y otros observan un plano, queriendo marcar el punto en que nos hallamos.

Se divisa en el horizonte un vapor con rumbo al estrecho: nuestro comandante manda izar el pabellon M. I., observa y calla. La noche es hermosa, y los pasajeros se reunen sobre cubierta. Si fuera yo poeta ¡con qué placer pintaria en este momento los encantos, las dulces emociones de una bella noche como esta navegando en el Mediterráneo! Hablaria del mar tranquilo y so-

segado, del brillo de las estrellas, del viento dulce y apacible, y de otras mil cosas que yo no sé espresar.

Márles 9 de Marzo.

Navegamos con buen tiempo y mar bella. Veo á la izquierda la costa de Sicilia, y se distinguen algunos pueblos á la orilla del mar. Paseando sobre cubierta, procuro distraerme de algun modo, aunque no sea más que tomando nota de la gente que tengo á la vista. Junto al palo mayor se halla sentado un hombre muy original: viste levita larga de manfort, color negro, hasta los talones; botas gordas que le cubren las rodillas, y una gorra de pelo negro en la cabeza. Es un rabino ruso que con su mujer é hijos se dirige á Jerusalen, sin duda á pasar los últimos dias de su vida en la ciudad de David; él, guiado por la Ley antigua, y yo por la antigua y otra nueva que salvó á los hombres. El rabino, rodeado de su mujer é hijos, lee en voz alta un libro escrito en hebreo. Los extraordinarios movimientos que hace con la cabeza, la entonacion al parecer ridícula de la lectura, llaman la atencion de tal modo, que los marineros, for-

mando corro al rededor del hebreo, se echan á reir; yo mismo, contra mi costumbre, no puedo contener la risa al ver la seriedad del judío y la indiferencia que le causan los curiosos oyentes.

Un vapor inglés cruza al costado del nuestro; será el correo de Alejandría, y en la correspondencia que conduzca irá la noticia de que la Compañía de la India ha dispuesto evangelizar los cipayos á... cañonazos.

Por la tarde me ocupo en escribir á mi madre la carta siguiente:

« En la mar, el mártes 9 de Marzo de 1858.

» Mi querida madre: Llevamos un viaje feliz, sin más contratiempo que ayer una pequeña descomposicion de la máquina del vapor nos obligó á arribar á la costa de Cerdeña, y á las pocas horas continuamos nuestro viaje. Navegamos hoy á la vista de Sicilia con un tiempo magnífico. Se nos ha dicho que mañana tocaremos en la isla de Malta, y no quisiera perder ocasion tan oportuna para escribir á V., manifestándole mis recuerdos, recuerdos de todos los dias. Supongo que el comandante me permi-

tirá bajar á tierra para dejar esta carta en el correo, dirigiéndola á Francia, con encargo á un amigo de remitírsela á V. Estoy contento, y gozo de buena salud si no fuera por la mucha incomodidad que me da la herida del pié. Nos dan un trato muy bueno, y de nada se escasea. El capellan de la caravana, que escribe á mi lado, me dice que su carta se dirige á su madre, y yo le contesto que estos cortos renglones se dirigen tambien á la mia: estamos juntos en un camarote. Este jóven y simpático sacerdote me entregó la víspera de nuestra salida de Marsella una cruz de plata, que conservaré como recuerdo de mi peregrinacion. El anotar los nombres de todas las personas á quienes deseo hacer presente mis recuerdos, seria tarea muy larga. Así, pues, cumpla V. con todos, besos á los niños, y V. reciba el corazon de su hijo que le quiere.—ALVARO.»

Por la noche fondeamos en Malta. Me siento algo indispuesto, con dolores de cabeza y de la garganta.

Miércoles 10 de Marzo.

No me encuentro con fuerzas para levantarme. Observo que mis compañeros se preparan para ir á tierra, ¡y yo no puedo acompañarlos! ¡Estar en Malta y no verla! ¡No visitaré á San Juan de los Caballeros!

A las diez de la mañana hago un esfuerzo, y subo á cubierta. El jóven Juan Ahuad, hijo de Jerusalen, se ofrece á acompañarme, y, saltando los dos sobre una lancha, nos dirigimos á tierra. En el muelle disputamos con el barquero, empeñado en cobrarme lo que no es justo; aparece un agente de policía, y aunque no entiendo el inglés, comprendo que puedo marcharme. Entro en la ciudad de Lavallette, nó en la ciudad de los Caballeros de Malta, sino en la ciudad de los mercaderes ingleses, que son hoy los dueños de la célebre isla.

Despues de dos horas de espera en la puerta de la iglesia de San Juan, que está cerrada, me siento mal, teniendo que volver á bordo, acompañado de mi amigo Ahuad. Tumbado en mi camarote, más que mi indisposicion, siento el no poder visitar la ciudad; pero me tranquiliza

la idea de que á mi regreso volveré á tocar en Malta y podré detenerme algun dia.

Juéves 11 *de Marzo.*

Entran á visitarme en mi camarote el presidente de la caravana y el médico del vapor. Mi indisposicion es una angina, ocasionada, á mi juicio, por el repentino cambio de clima. Los empleados de cámara me asisten con el mayor esmero.

Navegamos con buen tiempo. Me siento más aliviado; tal vez mañana podré levantarme. Oigo cantar á los marineros, cuyos acentos producen una agradable armonía.

Viérnes 12 *de Marzo.*

Me siento restablecido de mi indisposicion, y subo sobre cubierta. Mar bella, y viento duro de proa. Hay á bordo gente nueva y desconocida para mí. Parece que nuestro vapor se ha convertido en vehículo de peregrinos de todas las religiones. Sobre la escotilla veo sentados en cuclillas cuatro árabes, que se dirigen á la

Meca. Arrimado al palo de proa, y tumbado en el suelo, se halla el rabino ruso, rodeado de su mujer é hijos, haciendo oracion. Bajo la toldilla de popa hay diferentes grupos de pasajeros europeos, misioneros y peregrinos católicos, viajeros ingleses con un pastor protestante, y otros que no conozco. Me acerco al grupo de los hijos del profeta, que, indolentes y silenciosos, no se mueven del sitio en que están sentados: todo lo que pasa á su alrededor les es indiferente; tan sólo cuando una ola monta sobre cubierta, se levanta un árabe, y mirando á la mar hace unos movimientos estraños con manos y cabeza: ignoro lo que esto significa. Al verme encender un cigarro de papel, los árabes fijan en mí su mirada; parece que les causo alguna estrañeza: les ofrezco un cigarro, lo aceptan, dándome muestras de agradecimiento, y una vez encendido, pasa de boca en boca, hasta concluirlo. Vuelvo á dar otro cigarro al que por su traje parece superior á sus compañeros: lo recibe; pero no sabiendo cómo arreglarlo, se lo preparo yo, y todos fuman el mismo cigarro, riéndose de la novedad que les causa el cigarrillo de papel.

Sábado 13 de Marzo.

La noche ha sido bastante mala, con mar inquieta y viento duro de proa; las olas rompen sobre el puente. Toda la mañana continúa lo mismo. El oficial de guardia manda bajar las vergas por lo recio del tiempo. La mayor parte de los pasajeros estan mareados. Al medio dia mejora un poco el tiempo. Descúbrese muy léjos la costa de Africa. Es de noche; subo sobre cubierta; el viento arrecia muy duro, y la mar monta sobre el puente. Si el tiempo es malo, lo mejor que puede hacer un pasajero es dormir.

Domingo 14 de Marzo.

La mar, aunque bastante bella, cubre á veces la proa del vapor; el viento continúa fuerte. Un pájaro, cansado de seguir al vapor, cae rendido á nuestros piés. Esto indica que no estamos léjos de tierra. La vida de á bordo se hace monótona cuando no se busca alguna distraccion. Yo, que tengo la suerte de no marearme, encuentro fácil distraccion, aunque no sea de otro modo que pasando revista á los diferentes gru-

pos que se hallan sobre cubierta. Veo en la proa unas pobres mujeres echadas sobre una vela, sin poder moverse por el mareo. Sigue impertérrito el hebreo ruso, tumbado á la larga, sosteniendo en sus brazos una niña; la mujer del rabino sujeta una cuna que el balanceo del buque hace rodar. Sobre la escotilla forman corro los hijos de Maboma, sentados al uso oriental. En la popa pasean los pasajeros de primera y segunda cámara. Se oye hablar el frances, inglés, maltes, italiano, gascon, árabe, y tambien el castellano al encontrarme con el misionero americano que me saluda: ¡Adios, paisanito!

Sigo á un pajarillo, que vuela de un lado á otro, sin poderle alcanzar. Es de noche; el viento ha cambiado; mañana veremos tierra.

Lúnes 15 *de Marzo.*

A las siete y media de la mañana se presenta á mi vista la tierra de Egipto. Los nombres de Jacob, José, Moisés y Faraon se agolpan á mi memoria. El vapor navega á toda marcha, viento en popa, mar bella y el cielo cubierto. Colo-

cado en el punto más saliente de proa, y con la vista fija hácia tierra, lo primero que distingo en la punta de un terreno arenoso es una torre, y las vergas de los buques anclados en el puerto. La columna de Pompeyo se levanta sobre una altura, y al pié de esta se distinguen algunas palmeras, las primeras que veo en mi vida. A la derecha de la costa hay innumerables molinos de viento, y un grupo de casitas de forma chinesca. Dos lanchas que vienen del puerto se aproximan al vapor, y echan á bordo el piloto, que viste turbante blanco y jaique azul. La entrada del puerto no me parece fácil, atendidas las muchas precauciones que se toman.

Son las nueve; damos fondo en la rada de Alejandría. ¡Qué escena tan original se presenta á mi vista! De repente infinidad de lanchas rodean nuestro vapor, y á una señal del comandante los tripulantes de aquellas saltan é invaden nuestro buque, y se levanta una gritería infernal, disputándose la conduccion de los equipajes. Despejada algun tanto la cubierta del vapor, paseo de un lado á otro como queriendo abarcar cuanto alcanza la vista. No sé espresar la sensacion de que me hallo poseido en este momento:

todo lo que veo me parece estraño, nuevo, indefinible; creo hallarme en un mundo diferente.

Al frente tenemos el palacio del virey, el arsenal y almacenes. Los navíos construidos por Mehemet Alí, cuyos cañones hicieron temblar al sultan, se ven en el estado más deplorable de abandono. Todo el puerto se halla cuajado de buques.

A las diez, reunidos los individuos de la caravana, saltamos á tierra y recorremos la ciudad en todas direcciones. ¡De qué aspecto tan horrible me parecen los hombres! Digo los hombres, porque las mujeres llevan la cara cubierta con un pedazo de tela negra que cae en forma de barba, y una plancha de metal desde la frente á la nariz, de modo que sólo enseñan los ojos; supongo serán ellas tan hermosas como ellos.

Entramos en el Bazar, que es un callejon estrecho y embovedado, cuyas tiendas se reducen á unos nichos abiertos en la pared, dentro de los cuales estan sentados los mercaderes con las piernas cruzadas al uso oriental, y sin levantarse de sus asientos venden sus géneros, que se reducen á fajas de seda, gorros encarnados, chinelas de diferentes colores y quincalla ordinaria.

En las calles principales se ven establecimientos de comercio, fondas y cafés de europeos.

No hay empedrado en las calles; el aspecto esterior de las casas no revela gusto, mas no así en la gran plaza de los Cónsules, en la cual se levantan magníficos edificios de construccion europea. Visitamos la casa de los lazaristas y hermanas de la caridad, y el monasterio de Santa Catalina, que pertenece á los franciscanos italianos.

Por la tarde, reunidos en la plaza de los Cónsules, montamos en burros y nos dirigimos á la columna de Pompeyo. Fuera de la ciudad, en un terreno arenoso, visitamos las catacumbas, recientemente descubiertas, que, segun se nos ha informado, datan del siglo segundo. Un piquete de seis soldados hace la guardia en la pieza que da entrada al subterráneo. En las paredes de esta misteriosa gruta se conservan pinturas de imágenes, y varias inscripciones que mi ignorancia no acierta á descifrar. Al contemplar tan estraño lugar, mi pobre imaginacion no puede comprender toda la grandeza y majestad de este rincon, donde los primeros cristianos guardaron su fe; fe que ha llegado hasta noso-

tros, y llegará hasta la consumacion de los siglos.

Caballeros en asno seguimos cabalgando hasta la columna de Pompeyo, la cual se levanta sobre una colina árida al sur de la ciudad. De un libro que llevo conmigo copio lo siguiente: «Su base forma un cuadro de unos quince piés por cada frente; la caña de la columna, que es de una sola pieza, tiene noventa piés de elevacion con nueve de diámetro; el capitel es de órden corintio, de diez piés de altura, lo que forma en todo la elevacion de ciento quince piés».

Lo que yo observo es un abandono, por el poco cuidado de conservar este antiquísimo monumento: los cimientos que le sostienen están descubiertos, habiéndose deslizado la tierra que los cubria con el trascurso de los siglos, y si no se pone remedio á esto, podrá suceder que la columna venga al suelo. ¿Se sabe cuál fué el objeto de este monumento? Lo ignoro al tomar esta nota.

Damos la vuelta de la ciudad empezando por el canal de Mamoudich hasta la plaza de los Cónsules, donde dejamos las cabalgaduras. Quedan en tierra mis compañeros, y yo voy á pasar

la noche en mi camarote del *Cephise*. El estampido de un cañonazo del navío almirante me hace saltar de mi asiento; es la señal de retreta.

Mártes 16 de Marzo.

La mañana es deliciosa. Van llegando lanchas que conducen pasajeros al vapor, cuyo puente se halla cuajado de gente, de tal modo que no es posible dar un paso. La mayor parte de los nuevos pasajeros son mahometanos: estos no toman pasaje de cámara, sin duda por no contaminarse con los cristianos. Se halla á bordo el príncipe Cárlos de Loewenstein, cuñado de don Miguel de Portugal. En mi camarote nos alojamos el capellan de la caravana y un egipcio, que sospecho es cristiano.

Son las doce; levamos anclas y nos hacemos al mar con rumbo á Jafa. De Alejandría á Jafa habrá 270 millas, sobre 80 leguas próximamente. Navegamos con buen tiempo. Al anochecer todos los pasajeros contemplan el hermoso cuadro que al ponerse ofrece el sol en el mar. Yo no soy poeta; pero en estas horas solemnes siento que tengo algo de poeta en el corazon.

Miércoles 17 de Marzo.

Al despertarme subo sobre cubierta: apénas puedo contener mi impaciencia, considerando que de un momento á otro se presentarán á mi vista las montañas de Judea. Fija la mirada en el horizonte comienzo á distinguir unas sombras blanquecinas, que por momentos se hacen cada vez más oscuras, hasta que claramente aparece la tierra. Es la tierra de Abraham, la tierra de David, la tierra de Jesus.

Damos fondo en frente de Jafa. Son las tres de la tarde.

¡Alabado sea Dios!

Piso por vez primera la Tierra Prometida, la tierra santificada con las huellas del Salvador. Mi corazon palpita de santa alegría, mis ojos se arrasan de lágrimas, y mis rodillas se doblan.

Un religioso franciscano, el P. Felice, nos recibe y abraza en el muelle, guiándonos al convento, cuyos religiosos nos acogen con el mayor cariño, dándonos muestras de su caridad evangélica. Se hace la distribucion de celdas, y despues de tomar un ligero refresco bajamos á la iglesia. El señor presidente de la caravana,

de capa pluvial, y los demás sacerdotes de sobrepelliz, cantan el *Te Deum* en accion de gracias por nuestro feliz arribo á Tierra Santa. En seguida vamos á visitar el lugar que ocupó la casa de Simon el Zurrador, en la cual permaneció San Pedro muchos dias, y obró el milagro de la resurreccion de Tabita: aquí doblamos las rodillas y el P. Felice reza el *Pater noster*.

Un religioso nos acompaña á los jardines del convento, distantes un cuarto de hora; el jardinero es español. Despues de llenar los bolsillos de ricas naranjas, volvemos al convento y encontramos preparada una buena cena. Está sentado á la mesa el príncipe Cárlos con su comitiva; no hay ceremonia, ni cumplimientos: cada uno se sienta donde mejor le parece. El príncipe nos dice que mañana saldremos juntos para Jerusalen. Concluida la cena nos retiramos á nuestras celdas, en una de las cuales nos alojamos don Rafael Duque Uribe, el doctor Barbey y yo. Colocamos una mesa en el centro del cuarto, y á la luz de un velon de aceite, nos ponemos á escribir cada uno á su respectiva familia, participando el feliz término de nuestra navegacion. Dentro de la

carta para mi amigo Juan de Aránsolo, coloco las hojas de una flor; mis compañeros, queriendo imitarme, hacen lo mismo.

Juéves 18 *de Marzo.*

Mi primer cuidado es bajar á la iglesia...

Jafa, ó Jope, es una ciudad de las más antiguas que recuerda la historia. Se ha escrito tanto sobre esta ciudad, que no es posible decir nada nuevo. Anotaré en mi borrador aquello que deseo recordar. Jafa es la ciudad de los peregrinos, porque es el punto que tocan todos los viajeros que vienen á Palestina. Construida en forma de anfiteatro en el declive de una colinita, ofrece desde el mar un lindo aspecto. Las casas tienen por tejado pequeñas cúpulas; las murallas de que hablan los viajeros no merecen tal nombre. Dícese que su poblacion será de diez mil habitantes, todos musulmanes, á escepcion de unos ochocientos cristianos latinos y griegos. El convento de franciscanos, en que nos hallamos hospedados, está edificado con piedras traidas de Cesarea, costando el gasto veinte y tres mil pesos fuertes que pagó España. El antiguo con-

vento era de madera, y gracias al favor que dispensó á los religiosos el virey de Egipto, Mehemet Alí, en 1834 obtuvieron permiso para edificarlo de piedra.

El puerto es malo: no ofrece abrigo á los buques surtos en él, que se hallan expuestos á sufrir averías.

En la iglesia esperimento gran satisfaccion, al ver que el escudo de las armas de España campea bordado con oro en los ornamentos de que se revisten los celebrantes.

Visito en su despacho al padre guardian, fray Ambrosio Sanz, quien me recibe con la mayor amabilidad; le entrego la carta que escribí anoche, y se encarga de dirigirla á Europa.

A la una de la tarde dejamos á Jafa. Al bajar del convento, el capataz Schembri, encargado por la comision de Paris de dirigir la caravana, nos entrega los caballos, previniéndonos que el punto de reunion es fuera de la puerta de la ciudad.

Observo en los individuos de la caravana una trasformacion de trajes á cual más bonitos y caprichosos: unos visten capas blancas de Alejandría, con el sombrero hongo forrado de fina

muselina, en forma de turbante; los clérigos franceses no abandonan la sotana negra, y añaden al sombrero una tela blanca que cae sobre la espalda; el misionero de Nueva Granada se cubre con el poncho americano color morado, y un ancho sombrero de jipijapa; mi amigo Juan Ahuad se quita el traje europeo, que por espacio de dos años ha llevado en Francia, y vuelve desde hoy á vestir el suyo oriental; yo he adoptado por comodidad y capricho el traje de marinero vizcaino, sin otra diferencia que el color de la camiseta, que es blanco. Es lindo cuadro el que en este momento ofrece nuestro pequeño escuadron de caballería.

Reunidos todos los individuos de la caravana, y acompañados del P. Felice, el jóven Ahuad y el capataz Schembri, emprendemos la marcha por un camino cubierto de higueras chumbas, las cuales cierran la entrada á hermosos jardines, que ostentan la más bella y rica vegetacion. Al atravesar un charco, Ahuad cae de su caballo y queda medio hundido en el lodo; como hace un momento ha cambiado el oscuro traje europeo por el claro oriental, ¡bueno ha quedado este con el baño de lodo! Se espanta el caballo

del P. Felice, y echa á correr por la llanura: no podemos contener la risa al ver que el viento hace ondular los hábitos del bueno y simpático religioso, y que á pesar de todos sus esfuerzos no consigue detener su caballo.

Repentinamente dejamos de ver los jardines que embellecen las cercanías de Jafa, y entramos en un campo no tan triste y árido como con demasiada exageracion lo pintan algunos viajeros; parte de él está cultivado. Bandadas de pájaros se levantan á nuestro paso, y las calandrias de corona no se asustan hasta tocar con ellas.

Entramos en la llanura de Saron, tan célebre en la Sagrada Escritura por las guerras de los filisteos. En una de estas campiñas debió de tener lugar la ingeniosa travesura de Sanson, cuando pegó fuego á los trigos, haciendo víctimas á trescientas zorras.

Separándonos del camino de Ramla, tomamos á la izquierda con el objeto de pasar por Lydda. Me adelanto unos pasos á la caravana; entro en un arbolado siguiendo á una banda de cuervos de pecho blanco, y de repente tropiezo con un numeroso grupo de mujeres sentadas en el suelo, y cubiertas con una especie de dominó blanco:

al verme se tapan las caras y huyen apresuradamente. Tal vez he cometido una imprudencia penetrando á caballo en este sitio, que por las señales que presenta es un cementerio. Retiro la escopeta que llevo preparada, y entro en el pueblo.

Lydda, segun el Antiguo Testamento, pertenecia á la tribu de Benjamin; bajo la dominacion de los griegos se llamaba Dióspolis, y leo en los *Hechos de los apóstoles*, que San Pedro sanó en Lydda á un paralítico. Se ven las ruinas de la iglesia de San Jorge, edificada por los cruzados en el siglo XII.

Fuera del pueblo me adelanto solo, siguiendo el camino de Ramla; un ginete árabe cruza el camino á escape, saludándome en voz alta con las palabras de *Bon jour*, y en la misma lengua le contesto: *Adieu, mon ami*.

Llegamos á Ramla, distante cuatro horas de Jafa. Nos hospedamos en el convento de franciscanos, cuyo guardian es español. Un lego andaluz, al oirme hablar castellano, me refiere chistes que sólo los hijos de Andalucía son capaces de inventar.

Pasamos á la iglesia, que, segun tradicion,

está edificada en el sitio que ocupó la casa de Nicodémus, y se canta el himno de María, el *Magnificat*. Visitamos las cisternas construidas por Santa Elena: he contado seis bóvedas al nivel de la tierra, que se comunican unas con otras, y he medido veinte y ocho pasos de largo. A diez minutos de distancia, subiendo una cuesta, se encuentra la torre de los *Cuarenta Mártires*, y al pié se ven ruinas que, segun dice Mislin, son de un convento de templarios. Subo á la torre, que está en buen estado, ménos en el remate, que empieza á desmoronarse y caerá pronto.

Ya de noche regresamos al convento. El padre guardian me habla de Mr. Lamartine, á quien dió hospitalidad en el convento, y se lamenta de lo inmodesto y poco verídico de su libro *Viaje á Oriente*. Me refiere los muchos servicios que prestó á los cristianos Ibrahim-Bajá, durante la guerra con el Sultan, citándome una anécdota que merece anotarse. Hallábase el ejército de Ibrahim acampado á corta distancia del convento; un emisario del célebre hijo de Mehemet-Alí entraba todos los dias en la celda del guardian, y le entregaba una cajita cerrada con llave; el guardian colocaba en la

caja una botella de vino, y el emisario volvia á la tienda de Ibrahim. Sabido es que á los mahometanos les está prohibido el uso del vino.

Despues de la cena reparto algunos cigarros puros que he traido de España, y el príncipe Cárlos me dice: —Ustedes, los españoles, estiman más los cigarrillos de papel.—No, señor: por mi parte prefiero los buenos habanos, y siento mucho no tener aquí una caja de ellos.

Viérnes 19 de Marzo.

He dormido como un niño, y si no me despiertan me quedo solo. Ni el recuerdo de los filisteos que merodearon este país ha venido á interrumpir mi dulce sueño. Al levantarme me acuerdo que hoy es San José, dia que tanto se celebra en mi país, y corro á la iglesia. Estando oyendo misa se acerca el guardian á decirme que la caravana se marcha. Monto á caballo, y á la vez que camino, me arreglo la ropa, con la idea de evitar en lo posible los ardores del sol; á muy luégo el cielo se cubre, y empieza á caer el agua á torrentes. Pregunto al capataz si no hay caminos en Palestina, porque hasta

ahora no he visto ninguno digno de tal nombre: lo que aquí llaman camino, no es otra cosa que las huellas que dejan los caballos y camellos, y algunas piedras sueltas esparcidas por el suelo.

Por evitar la reunion con una numerosa caravana de armenios que va delante de la nuestra, tomamos á la izquierda faldeando una montaña, y al acercarnos á una aldea oimos una detonacion: á los tres minutos, más de cien árabes armados aparecen al frente de la caravana. «¿Qué será esto? me pregunta el capellan que va á mi lado.—Yo no sé; pero me parece que esos bárbaros tratan de disputarnos el paso.» La caravana hace alto, el capataz Schembri se adelanta al galope, y á breve rato vuelve á decirnos que continuemos la marcha. La densa niebla que nos circunda es causa de que los árabes nos hayan tomado por una tribu de beduinos errantes, ó por bachibozukos. Por lo visto se conoce que la seguridad individual debe de ser muy sagrada en este pais. Pasamos por cerca de la aldea, y los árabes nos piden pólvora.

Seguimos por un sendero escabroso, cubierto de malorrales, entre dos montañas. Ni un momento cesa de llover, lo cual nos impide el de-

tenernos á almorzar en el punto indicado por el capataz, y continuamos la marcha hasta llegar á las ruinas de la iglesia de Jeremías, cuyas bóvedas nos ponen á cubierto del agua. Esta iglesia sirve hoy de cuadra á los caballos árabes. Se enciende una hoguera, almorzamos con muy buen humor y mejor apetito, formando corro al rededor del fuego. A pocos pasos de aquí se ve una aldea, y más adelante se descubren otras. Estamos en la comarca de los bandidos capitaneados por el célebre Abou-Gosch, que hacia pagar una contribucion forzosa á todos los viajeros. Montamos á caballo, y á breve rato llegamos al valle de los Terebintos, que es el lugar del combate de David con Goliath. Este valle está cubierto de árboles; por el fondo se desliza un arroyo, sobre el cual hay un puente de piedra. Mis compañeros cogen piedras del arroyo, en memoria de las cinco que aquí tomó David para pelear contra el orgulloso gigante.

Al salir del valle de los Terebintos atravesamos un terreno árido y pedregoso, sin vegetacion alguna. A cada momento se ven nuestros caballos precisados á saltar por encima de enormes piedras sueltas que estorban el paso.

Empezamos á subir y bajar montañas, tan tristes, que no parece sino que cruzamos por un verdadero desierto.

Un profundo silencio reina en la caravana: ninguno despliega los labios para decir una palabra; no se oye otro ruido que el de nuestros caballos. ¿Por qué tanto silencio?... Es que el corazon late con violencia, y la lengua ha quedado muda.

Al ver una altura que está delante, nos miramos unos á otros, y picando espuela, todos corremos por ser los primeros en dominarla. De repente sale un grito: ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! Y todos repiten: ¡Jerusalen! ¡Jerusalen!

¡Gracias, Dios mio! ¡Mis ojos ven la ciudad santa; la ciudad que en vuestros inescrutables designios escogisteis para el cruento sacrificio de vuestro Hijo, y donde se consumó la redencion del género humano!

Echamos pié á tierra, doblamos las rodillas, y con la cabeza descubierta, poseidos de un religioso respeto y de un gozo inesplicable, entonamos todos á una voz el cántico de Zacarías: *¡Bendito el Señor Dios de Israel!*

¿Será posible olvidar este momento?

¿Será posible olvidar tan dulces emociones? ¡No, jamás!

Son las cinco de la tarde y entramos en Jerusalen por la puerta de Jafa. Nos dirigimos por la izquierda atravesando calles estrechas, hasta llegar á la Casa Nuova, casa que los religiosos franciscanos tienen destinada para hospedar á los peregrinos. El secretario de la caravana hace el reparto de los aposentos, y nuestro primer cuidado es mudar de ropa, porque estamos completamente mojados. En seguida nos dirigimos al convento de San Salvador; pregunto por los religiosos españoles, y al verlos siente mi alma las dulces emociones que se esperimentan al encontrarse con los suyos léjos de la patria. Grande es mi impaciencia por ver la ciudad, y no siendo posible recorrerla á esta hora, fray Salvador Giner me hace subir á la azotea del convento, desde la cual se domina todo el espacio que ocupa Jerusalen. ¡Con qué avidez dirijo la vista por todas partes! Fr. Salvador me señala con la mano los puntos más interesantes de la ciudad. —Esa gran cúpula de abajo, me dice, es la del Santo Sepulcro; allí esta Moria; más allá, fuera de la muralla, es el valle

de Josafat; y el monte que sigue, es el Monte Oliveto.

Permanezco un rato inmóvil y silencioso. Yo no sé decir lo que en este momento me parece Jerusalen... La ciudad, vista de aquí, no se parece á las de Europa: no veo un tejado; todas las casas tienen azoteas y cupulillas, sobresaliendo los alminares de las mezquitas y las astas banderas extraordinariamente altas de las casas consulares, una que otra palmera y algunos árboles en la planicie de Moria. Un profundo silencio reina en Jerusalen. Si tuviera á mano el Antiguo Testamento, abriria el libro de Jeremías para leer toda aquella sublime inspiracion del cielo: «¿Qué causa pudo haber para que una ciudad tan poblada, tan rica y deliciosa, se vea ahora tan solitaria y despojada de todos sus adornos y bellezas?»

La mezquita que se levanta sobre las ruinas del templo de Salomon me causa horror. ¿Hasta cuándo este pueblo bárbaro será dueño de Sion? Yo no lo sé; pero el corazon me dice que ha comenzado la hora de su agonía. Si en Moria hubo un templo cuyas bóvedas cubrian el Arca de la antigua alianza, ¿acaso no podrá suceder

que en ese mismo lugar, profanado hoy con un templo de una religion estúpida, se levante el templo de la nueva alianza, el templo de la cruz que salva á los hombres?

Empieza á anochecer; bajo de la azotea y regreso á la Casa Nuova. En el mismo aposento nos encontramos tres individuos de la caravana á quienes nos ha tocado en suerte estar juntos: Rafael Duque Uribe, de Nueva Granada; mister Whyte, de Irlanda, y mi persona: los tres de una edad con corta diferencia, los tres de estado viudos, y unos mismos deseos nos han conducido á los tres á la ciudad santa. En el mismo cuarto, aunque un tanto separado, está tambien el cura Mayer, de Oran. Mientras nos acostamos es objeto de nuestra conversacion el referir las aventuras del dia, y el prepararnos para ir mañana al Santo Sepulcro ántes que nuestros compañeros.

¡Qué cama tan dura! Parece un peñasco.

Sábado 30 de Marzo.

De madrugada Duque Uribe y yo nos lanzamos á la calle, sin saber por dónde dirigirnos

para ir al Santo Sepulcro. Al ver nuestra incertidumbre, un muchacho de la Casa Nuova ofrece acompañarnos. Mi amigo y yo caminamos como mudos: llegamos á la iglesia: entro en el templete y, dejándome caer de rodillas, mis labios tocan el sepulcro de Jesucristo.

Me levanto y subo al Calvario: inclinando mi frente beso el lugar donde se elevó la cruz que suspendió al Hijo de Dios.

Separo una rejilla de plata, y toco con mi mano la peña del Gólgotha...

Estoy en el mismo sitio en que María recibió el cuerpo inanimado de su Hijo.

Me retiro sin poder orar; pero mi corazon salta de amor y de gozo.

Por la tarde.

Todas las tardes se celebra en el templo del Santo Sepulcro una procesion, que empieza en la capilla Latina, en la cual nos hemos reunido todos los individuos de la caravana y otros muchos peregrinos católicos, entre los que se confunden el príncipe Cárlos de Loewenstein y dos señoras europeas. La capilla Latina es la iglesia

de los franciscanos, llamada de la Aparicion, porque es el lugar donde Jesus se apareció á su Madre despues de la resurreccion. Esta capilla se halla á corta distancia del Sepulcro, y poco ántes de llegar á ella se pasa por el sitio donde Jesus se apareció á la Magdalena. Al empezar la procesion, un religioso reparte á los concurrentes una vela de cera, sellada con una cruz, y un librito que contiene la ceremonia y cántico de la procesion. Un numeroso coro de niños árabes acompaña á los franciscanos, cuyo canto produce la más bella armonía. De la capilla, ó iglesia de la Aparicion, nos dirigimos á la capilla griega de la Prision, parando ántes en otras, que en este momento, y como primer dia, ignoro á qué rito pertenecen.

Bajamos á la capilla de Santa Elena, que tiene la forma de una grande gruta, debajo de la peña del Calvario: pertenece á los griegos y á los armenios; al fin de esta gruta se venera el lugar donde fué hallada la santa cruz, y es de los latinos.

Sigue la procesion al Calvario, que está dividido en dos partes separadas por un arco: la una, que es la capilla, en el sitio donde Jesus fué

crucificado, pertenece á los latinos; y la otra, que es el sitio donde se levantó la cruz, es de los griegos. En medio de las dos capillas, griega y latina, hay un altar con la imágen de la Vírgen de los Dolores.

Me parecen exactas las medidas que dan al Calvario: veinte piés sobre el nivel del pavimento de la iglesia: se sube por dos escalones por ambos lados; y cuarenta y seis piés cuadrados el pavimento del Calvario, cuyo piso está todo él cubierto con losas de mármol. Al pronunciar aquí las palabras del evangelio «Y se oscureció el sol: y el velo del templo se rasgó por medio: y Jesus, dando una grande voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, y espiró...» profundamente conmovido yo no puedo seguir leyendo. El sitio que en este momento pisan mis piés ha sido regado por la sangre de Jesucristo. Y ¿cómo no acordarse de aquella tierna Madre que estaba junto á la cruz de su Hijo?

En la peña del Calvario, al lado izquierdo del sitio donde se levantó la cruz, hay una hendidura profunda que atraviesa el peñasco hasta la gruta de abajo: la hendidura está cubierta

con una reja de plata que han colocado los griegos.

He leido que esta hendidura, ó abertura, de la roca se abrió en el terremoto que tuvo lugar cuando espiró Jesus en la cruz; y que los naturalistas que la han examinado dicen que la abertura está hecha contra el órden natural.

Innumerables lámparas de oro y plata arden en el Calvario. De aquí bajamos á la piedra de la Uncion, en la cual Nicodémus ungió el cuerpo de Jesus. Esta piedra está cubierta con otra de mármol de color encarnado oscuro.

Concluye la procesion en el sepulcro de Jesus. El templete que forma como un tabernáculo del sepulcro, es una especie de mausoleo de mármoles blancos algo oscuros; á la entrada se la da el nombre de capilla del Angel, por ser el lugar en que estaba sentado cuando dijo á las mujeres que vinieron á embalsamar el cuerpo de Jesus: «Resucitó, no está aquí».

De la capilla del Angel se pasa por una abertura muy baja y estrecha á un pequeño gabinete, que tendrá sobre ocho piés de largo poco más ó menos: este es el Santo Sepulcro. Las medidas que anoto las tomo de un libro que lle-

vo conmigo. Y bien podia yo mismo confrontar su exactitud sobre el mismo terreno; pero no quiero hacerlo, porque es lo que ménos me importa: yo he venido aquí, nó para ocuparme en medir el terreno y hacer una descripcion de estos sitios, bañados con la sangre del Señor, sino por tener la inefable dicha de venerarlos.

Domingo 21 de Marzo.

Anoche me despedí de Fr. Salvador Giner y del P. Antonio Rodriguez, quedando en acudir hoy á las cinco de la mañana al convento de San Salvador, á fin de ir juntos á la gruta de Gethsemaní, pasando por la Via Dolorosa. La poca confianza en mi reloj, y el cuidado de no faltar á la cita, me han tenido desvelado toda la noche; de manera que el sonido de una campana me ha hecho salir de la Casa Nuova. Una vez en la calle, solo, y en medio de la más profunda oscuridad, empiezo á caminar á tientas, dando tropezones contra las paredes, hasta que con mil trabajos acierto con la puerta del convento. Aplico el oido, y siento el canto de los religiosos. Llamo á la puerta; un fraile se

aproxima á la reja de una ventana, y dice en italiano: «No se abre hasta las cinco.—¿Pues qué hora es? le pregunto.—Media noche,» me contesta, y cierra la ventana. Magnífico... Hé quedado á la luna de Valencia. Al ménos si alumbrara la luna, podria volver á la Casa Nuova: no distingo un palmo más allá de mis narices, porque la calle en este sitio se halla embovedada. Me arrimo á la pared, indeciso, sin saber qué partido tomar. Por cierto que mi situacion es poco divertida: solo á media noche en una callejuela de Jerusalen es cosa que maldita la gracia puede hacerle á un viajero recien llegado de Europa. De repente llega á mis oidos un rumor lejano, y veo una luz que viene en direccion del convento. Segun se aproxima la luz, distingo un numeroso grupo de hombres y mujeres, cuyos trajes no me parecen orientales. Las mujeres tienen la cara descubierta; un pañuelo suelto en forma de mantilla les cubre la cabeza; sus vestidos son oscuros.

A una distancia de cuatro pasos del sitio donde yo estoy se detiene el grupo, y entra en una casa, quedando solo en la calle el hombre del farol, que por su sotana negra y bonete ci-

líndrico me parece un pope ruso: me dirijo á él, le hablo en francés, y no me entiende; él me contesta en una lengua que tampoco yo comprendo.

Me ocurre una idea: pronuncio muy despacio y con voz clara el nombre de Casa Nuova. El hombre del farol comienza á andar, haciéndome señas de seguirle. Llegamos á la puerta de la Casa Nuova, me hace una profunda reverencia, y se retira, pronunciando palabras que yo no comprendo; le contesto inclinando la cabeza y diciéndole en español: —Muchas gracias.

A las cinco en punto vuelvo al convento. Fray Salvador, el cura Peña y yo bajamos por la Via Dolorosa, pasamos la puerta de San Estéban, cruzamos el valle de Josafat, y, sin detenernos, entramos en la gruta de la Agonía. En esta gruta fué donde Jesus, apartándose de sus discípulos, oró diciendo: «Padre: si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya». «Y fué su sudor como gotas de sangre que corria hasta la tierra.» (Lúcas, XXII.) Sobre esta misma tierra doblo mis rodillas; mi compañero celebra el santo sacrificio, y de su mano recibo el mismo cuerpo de Aquel

que hace diez y nueve siglos dobló tambien aquí sus rodillas. ¡Qué feliz y dichoso me encuentro en este rincon de la tierra!...

Pasamos al huerto de Gethsemaní, que pertenece á los franciscanos, quienes lo han cercado con una tapia á fin de conservar los ocho olivos que, segun tradicion, son los mismos que existian en tiempo de Jesus. Nadie se acerca á estos árboles: está prohibido bajo pena de excomunion mayor el tocar las hojas.

En este jardin se presentó Júdas, dirigiendo una cohorte de pícaros, aquella noche en que, abrazando á su Maestro, le dió el beso más traidor que se ha dado, beso que fué la señal de apoderarse de Jesus.

Seguimos el mismo camino que hicieron seguir á Jesus, atravesamos el Cedron, subimos al monte Sion, y entramos en la iglesia de los armenios, que es el lugar de la casa de Anás.

Como es necesario mucho tiempo para ir siguiendo los pasos que dió el Señor hasta el Pretorio, lo aplazamos para otro dia.

La mañana es tan hermosa, que me obliga á permanecer un largo rato contemplando las vistas que ofrece Sion. Fray Salvador me indica

desde aquí varios puntos que más adelante visitaremos.

Por la tarde.

Reunidos los individuos de la caravana, salimos por la puerta de Jafa, tomamos á la izquierda, y entramos en el campo de Hacéldama ó del Alfarero. Hacéldama significa *campo de sangre:* está situado al Sud de Jerusalen, frente á Sion; es el campo comprado por las treinta monedas de la traicion de Júdas. Hay en este campo infinidad de sepulcros abiertos en las peñas: la curiosidad me mueve á entrar en uno de ellos, que por su forma debo citar. Provisto de una caja de fósforos, me echo al suelo, y andando á gatas penetro por un agujero largo y estrecho; dentro del sepulcro enciendo los fósforos, y veo un gabinete circular embovedado, igual á un horno de cocer pan, pero como seis veces mayor que los hornos de mi país. Al rededor de este gabinete hay sepulcros de piedra bien labrada que contienen huesos humanos. Despues de examinar esta lúgubre mansion, salgo al campo con una calavera en la mano, lo cual no parece bien á mis compañeros, ni á mí tampoco

al escuchar sus observaciones; y no queriendo volver segunda vez á entrar en el sepulcro, á la entrada de éste coloco la calavera sobre un palo.

Bajamos del campo de Hacéldama hasta el barranco donde está el pozo de Nehemías. Aquí empieza el valle de Josafat. ¡El valle de Josafat!... ¿Qué nombre es este, que desde niño lo pronuncian mis labios lleno de terror?

En el libro de Joel se lee: «Juntaré todas las gentes, y las llevaré al valle de Josafat, y allí disputaré con ellas en favor de Israel, mi pueblo». Una nota que leo en la *Biblia* traducida por el P. Scio, dice que Josafat quiere decir *Juicio del Señor*; que este valle se llamó así del nombre de Josafat, rey de Judá, por haber erigido en él un arco triunfal despues de la victoria que consiguió de los ammonitas é idumeos.

Seguimos adelante por el centro del valle. Bebo agua en la fuente de Siloe, célebre en el Nuevo Testamento por la cura milagrosa que obró Jesus dando vista á un ciego de nacimiento. Separado de mis compañeros, observo sobre una elevacion un grupo de árabes, que me ha-

cen señas de dirigirme hácia ellos. Vacilo un momento; pero por fin me decido á acercarme. Los árabes me enseñan unas monedas antiguas, dándome á entender si quiero comprarlas; saco yo del bolsillo monedas corrientes, y coloco sobre la palma de mi mano las que he de dar en cambio de las suyas. Viendo que nada adelanto, por ser muy exigentes los árabes, me retiro, y ellos me siguen hasta que por fin cambio tres monedas. Ignoro el mérito de estas; tal vez no tengan ninguno, y si las he cambiado ó comprado algo caras, es por haber leido y oido decir que en tiempos lluviosos las aguas que bajan de Moria arrastran de entre las ruinas algunas monedas y objetos estraños.

Observo que una jovencita que está á mi lado lleva pendiente del cuello un duro español con el busto de Fernando VII; al extender maquinalmente mi mano, por la curiosidad de tocar la moneda, huye precipitadamente la jóven. Esta ha comprendido mal mi intencion, que era la de agregar á la efigie de Fernando la de su bondadosa hija Isabel.

Todo el valle de Josafat está cubierto de sepulcros abiertos en la tierra: sólo se levantan

cuatro monumentos que llevan los nombres del rey Josafat, de Absalon, de Santiago y de Zacarías. Ignoro por qué se le da este nombre al segundo, siendo así que Absalon fué muerto al otro lado del Jordan, y su cuerpo arrojado en un foso.

Despues de tomada la nota que precede, he leido en el libro segundo de los *Reyes*, capitulo XVIII, el objeto de la columna del hijo de David, donde dice: «Y Absalon se habia erigido, cuando aun vivia, una columna que está en el valle del Rey, porque habia dicho: no tengo hijos y esto servirá para memoria de mi nombre: y dió su nombre á la columna, y se llama hasta el dia de hoy la Mano de Absalon».

La columna que hoy lleva el nombre de Absalon ¿será la misma á que se refiere el párrafo que he copiado de la *Biblia?* Yo no lo sé; pero me inclino á creer que es la misma, y no puede darse mejor prueba que una tradicion constante, la conformidad de opiniones de los que han escrito sobre ella, y la costumbre de todos los judíos, que al pasar por delante del monumento arrojan una piedra. Por cierto que á tanto tirar piedras, se ha abierto una brecha ancha, por la

cual pudiera yo penetrar en el monumento á no hallarse por dentro lleno de escombros. Dícese que la costumbre de los judíos, al pasar por este monumento, es maldecir la memoria de Absalon por traidor á su padre.

Siguiendo valle arriba, visito los mismos lugares de esta mañana. En el sepulcro de la Vírgen, que visitaré otro dia más despacio, un armenio me da una velita.

Entramos en la ciudad por la puerta de San Estéban. Cerca de esta visitamos la iglesia de Santa Ana, que últimamente ha dado el sultan á la Francia. La iglesia está edificada en el sitio que habitaron Joaquin y Ana, en cuya casa fué concebida y nació la Vírgen María. Recuerdo haber leido que esta creencia no es más que una tradicion piadosa, y la opinion más admitida es que María nació en Nazareth. Siendo yo muy ignorante para ocuparme de asuntos tan intrincados, lo mismo me importa saber que la Madre de nuestro Salvador nació en Jerusalen que en Nazareth, con tal que no disminuya jamás mi amor hácia la mejor de las madres.

Muy cerca de la puerta de San Estéban se ve aun la Piscina Probática, llamada en tiempo de

los hebreos Bethsaida; en ella se lavaban las víctimas que se ofrecian en el templo. Lástima que estos bárbaros no sepan conservar un monumento tan antiguo y de tan grandes recuerdos; la Piscina se va llenando de escombros por el lado de la calle.

Lúnes 22 de Marzo.

He pasado la mañana en el templo del Santo Sepulcro, visitando detenidamente todos los lugares de la Pasion que se hallan dentro de la Basílica, lugares que quedan grabados hondamente en mi memoria y quisiera describirlos; pero lo impiden mis escasos conocimientos, y me contento con anotar que he oido misa sobre la peña del Calvario.

Se nos ha prevenido que esta tarde visitaremos á María Alfonso Ratisbonne; el nombre de Ratisbonne suena en mis oidos asociado con tales ideas, que no puedo ménos de traer á la memoria su milagrosa conversion en Roma por Enero de 1842. Recuerdo que el año de 1843 vivia yo en Bayona, y como muchacho me detenia delante de las estamperías, contemplando

una que representaba la conversion de Ratisbonne; más tarde supe cómo se verificó ésta. Ignoraba que este hombre se hallaba en Jerusalen, y tengo un vivo deseo de conocerle.

Nos dirigimos, pues, á su casa, y sin saber cómo, ni de qué manera, se divide la caravana en dos grupos siguiendo cada uno distinta direccion, y á mí me cabe la peor suerte. Perdidos en un laberinto de callejuelas, no acertamos á reunirnos con nuestros compañeros, á quienes suponemos en casa de Ratisbonne. Este contratiempo me causa mucha pena, y estando á punto de perder toda esperanza, hé aquí que al pasar por frente á la casa de Pilátos, nos encontramos á nuestros compañeros que vienen con el mismo Ratisbonne.

Penetramos en una miserable casa próxima al arco del *Ecce Homo*, y tropezando entre ruinas y escombros, Ratisbonne nos manda hacer alto, reparte unas velitas y bajamos á un subterráneo, hasta el lugar en que tiene colocada en un agujero de la pared la imágen de María, representada en la forma de las medallas de la Archicofradía. Aquí todos nos descubrimos, y despues de una corta oracion, Ratisbonne nos esplica el lugar

en que estamos: son ruinas que ha comprado por sesenta y cinco mil francos, para edificar una iglesia en memoria de aquellas palabras de Jesus: «Perdónalos, que no saben lo que hacen». Añade que él (judío) fué salvado por la misericordia de Dios, y trabaja incesantemente por la conversion de sus antiguos hermanos los judíos.

Al comprar estas ruinas, Ratisbonne no ha tenido por principal objeto el edificar una iglesia, sino el de conservar dentro de la misma un arco que está oculto entre escombros, precisamente al lado del arco del *Ecce Homo*, debajo del pretorio de Pilátos, que, segun opinion de Ratisbonne, llegaba á este sitio.

Ratisbonne levanta los ojos, mirando al rededor de estas ruinas, y como poseido de una santa emocion, exclama: «Estoy seguro de que aquí se derramó la sangre de Jesus. Conservaré este arco dentro de mi iglesia».

Pronuncia estas palabras con tan vivo sentimiento, que me conmueven tiernamente. Nos habla de sus visitas á los rabinos judíos y sus conversaciones sobre el Mesías. Las palabras de Ratisbonne, su dulce voz, y hasta su hermoso rostro adornado de una barba negra y poblada,

todo contribuye á causarnos un grato recuerdo de esta visita.

Nos despedimos de Ratisbonne, y yo voy solo á pasar el rato con mis paisanos los españoles del convento.

Al referirles la visita de esta tarde, fray Salvador me dice: «Sospecho que el arco de Ratisbonne no es otra cosa sino los restos de una iglesia que allí habia en tiempo de los cruzados».

Por mi parte confieso que nada entiendo de antigüedades, ni de obras modernas; mas no obstante, observo que el arco de Ratisbonne es muy antiguo, y casi me atreveria á decir que es de arquitectura romana, comparando en mi corta inteligencia lo que he observado de los restos que quedan aun de la puerta Judiciaria. Que el arco de de Ratisbonne es obra completamente diferente á todo lo que hay al rededor, no tengo duda ninguna (1).

(1) Ahora muy recientemente, varias vistas regaladas por el P. Ratisbonne á una señora piadosa, que le auxilió con sus limosnas, me han hecho conocer que goza ya la dicha de ver realizados sus proyectos. El convento de Nuestra Señora de Sion es uno de los más hermosos edi-

Mártes 23 de Marzo.

En el itinerario de la caravana se señalan dos escursiones por las cercanías de Jerusalen, volviendo á pasar la Semana Santa aquí, y para esta tarde se ha dispuesto la primera de aquellas.

A las dos de la tarde dejamos á Jerusalen, y tomamos el camino del monasterio griego de San Sábas, distante cuatro horas próximamente.

El camino es un sendero pedregoso, que pasa por un terreno árido sin ninguna clase de vejetacion. Estamos en el desierto. Poco ántes de llegar al monasterio, seguimos el lado derecho del Cedron, tan seco que no veo una gota de agua; lo primero que se presenta á la vista son dos torres, que con mucha propiedad un viajero llama centinelas. Entramos en una especie de plaza frente á la iglesia; dos religiosos, al parecer legos, nos sirven una cesta de higos, pasas y un licor, que dudo si es aguardiente.

ficios modernos de Jerusalen, y el santuario del *Ecce Homo*, que constituye su iglesia, reune cuanto puede desear la devocion en aquel venerable sitio, consagrado con las afrentas que sufrió Nuestro Redentor.

Nuestro aposento es una sala larga, independiente del monasterio, cuyo único mueblaje se reduce á un farolillo colgado en el centro, y alguna que otra estera vieja. El príncipe Cárlos, que acaba de llegar del mar Muerto, ocupa un pequeño departamento separado, y lo mismo dos jóvenes condes polacos con quienes hemos viajado anteriormente.

Aprovecho las pocas horas ántes del anochecer examinando minuciosamente los diferentes cuerpos, ó departamentos, que juntos forman lo que se llama monasterio de San Sábas. Pero ¡Dios mio! ¿dónde estamos? ¿qué lugar es este? Ningun punto de la tierra, de lo poco que he visto hasta ahora, me causa una impresion tan sorprendente como este sitio.

El monasterio está edificado casi perpendicularmente sobre el abismo del Cedron; en los peñascos próximos al convento hay corredores estrechos y celditas abiertas á pico, tan reducidas que apénas caben en ellas tres hombres sentados.

Hánme dicho que algunas celdas, que se ven cerradas, están ocupadas por monjes solitarios. Saco la cabeza por una ventanilla abierta en la roca, y veo: abajo un espantoso abismo, arriba

el cielo, y á los lados el más horroroso desierto. Yo no sé espresar lo que aquí siento... Me agrada esta soledad.

La iglesia, tan hermosa como aseada, se halla adornada con magníficos cuadros y hermosas lámparas de plata de gran valor. Al ver á mi amigo el cura Reynier que se coloca de rodillas delante del altar, hago yo lo mismo, á pesar de la diferencia del rito, lo cual no deja de inspirar recuerdos dolorosísimos. ¡Quiera el cielo que pronto desaparezcan las diferencias que nos separan, y llegue el dia de la union de todas las comuniones cristianas en la fe católica!

No podemos ver á los monjes, porque hacen una vida austera y contemplativa. En esta triste y horrible soledad no se oye otro ruido que el canto de los pájaros que se albergan en las peñas: me han dicho que los animalitos están tan familiarizados con los monjes, que vienen á comer en sus manos: yo no lo he visto, pero lo creo.

Ya de noche nos retiramos á nuestro aposento, donde encontramos los colchones de la caravana extendidos por el suelo. Sentados en el suelo tambien, y sin poder cruzar las piernas con la

facilidad que lo hacen los graves musulmanes, cenamos alegres y contentos. Concluida la cena, cada uno se apodera de su colchon, y tumbados todos sobre el duro pavimento, á la luz del original farolillo, ofrece el salon un cuadro muy estraño.

Miércoles 24 de Marzo.

¡Adios, monasterio de San Sábas, no te olvidaré jamás!

Caminamos por el desierto en direccion del mar Muerto: el terreno es bastante montuoso. Veo unos pajaritos de cuerpo blanco como la nieve y alas negras. Encontramos un campamento de beduinos: los chiquillos salen corriendo de las tiendas dando gritos, y un sin número de perros nos siguen ladrando sin atreverse á acercarse. Los beduinos cogen sus armas, y se colocan delante sirviendo de escolta á la caravana. A breve rato aparece sobre una colina el jefe de la tribu, montado en una hermosa yegua blanca. No sé si por curiosidad, ó por una especie de rara simpatía que no acierto á esplicarme, me acerco al jefe beduino, que me saluda afectuosamente poniendo su mano sobre el corazon, y presen-

tándome su pipa para encender un cigarro. Su cara es hermosa y simpática: ojos encendidos, barba rubia, color bronceado; viste una túnica de rayitas blancas y moradas, botas anchas y coloradas, y lleva la cabeza cubierta con el pañuelo y lazo de pelo de camello, y como los demás beduinos el *keffié*. Sus armas se componen de una especie de fusil espingarda y dos pistolas de chispa sujetas á la cintura. Segun caminamos, escribo con lapicero, y el beduino observa mis movimientos. La agilidad de su yegua, la seguridad con que este animal sube y baja por los peñascos, me deja admirado. Al encontrar una llanura corre á galope, el beduino arroja al aire su fusil, y al caer lo recibe en las puntas de los dedos, dándole mil vueltas.

Como no sé árabe, cruzamos signos de admiracion al ver el mar Muerto y la desnudez de las montañas que le rodean.

Al llegar al mar, caminamos por la orilla durante una hora; á las diez y media paramos, dejando atados los caballos á unos palos arrojados por el agua. Levanto con las manos un poco de esta: probarla y arrojarla es cosa de un instante; es imposible tenerla en la boca dos segundos.

Leo en el viaje de Mislin, que el mar Muerto tiene de diez y nueve á veinte leguas de largo, y de cuatro á cinco de ancho. Un plano frances que llevo conmigo marca el valle del Jordan, que empieza aquí, ó muy cerca, cuatrocientos metros más bajo que el nivel del Mediterráneo, y coloca á Jerusalen setecientos cuarenta metros sobre el nivel del mismo mar.

El mar Muerto es el lugar donde existieron las cinco ciudades de Pentápolis, Sodoma, Gomorra, Adama y Seboin, que fueron abrasadas por el fuego del cielo, salvándose la ciudad de Segor. Por poco que uno examine el cuadro que presenta este sitio, no dejará de conocer de buena fe que aquí ha sucedido el cataclismo que refiere la Sagrada Escritura.

Algunos de mis compañeros se bañan en el mar.

Al toque de llamada montamos á caballo, caminamos al trote por una llanura arenosa, sobre la cual reflejan los rayos de un sol abrasador que ofende mucho á los ojos. A las dos horas de marcha empezamos á descubrir una faja verde que se extiende por la llanura; el capataz nos dice que son árboles que crecen á orillas del Jordan.

Apretamos espuelas, y al galope llegamos á orillas del rio. Inmediatamente me apeo, toco el agua, y hago la señal de la cruz...

¿Cómo espresar la alegria de este momento? No es posible hacerlo cuando el corazon salta de gozo. Nos encontramos en la parte del Jordan, frente á Jericó, precisamente en el sitio por donde se cree pasaron los israelitas al entrar en la tierra de Canaan. Dirijo mi vista al lado opuesto del rio, como queriendo encontrar al pueblo hebreo que se prepara á tomar posesion de la tierra prometida.

Al frente se levantan las montañas de la Arabia Petrea, y tendiendo la vista un poco á la derecha, se ve el monte Nebo, donde murió Moises. Dice la Escritura: «Sube á ese monte »de Abarim, al monte de Nebo, que está en la »tierra de Moab, en frente de Jericó; y mira »la tierra de Canaan que yo he de dar á los »hijos de Israel para que la posean; y muérete »en el monte». (*Deut.*, XXXII.) Pisan mis piés la tierra de Canaan; pero esta tierra no es hoy aquella que manaba leche y miel. ¡En buenas manos está para que produzca lo que en tiempo de los hijos de Abraham!

El Jordan, en este sitio, es muy hondo, y la corriente muy rápida, por lo cual el presidente nos prohibe bañarnos. Semejante órden nos parece dura, cuando se ha venido á mil leguas de la patria por tener la dicha de bañarse donde se bautizó Jesus. Me descalzo y entro en el rio; lleno de agua tres frascos de hoja de lata que he traido preparados, y tomo un poco de arena.

Sentados á la orilla, almorzamos; se bebe poco vino y mucha agua del rio; el color de esta es amarillento: tal vez consiste en que atraviesa un terreno arenoso. Nuestra escolta de beduinos se mantiene á cierta distancia; quiero invitar al jefe á que nos acompañe en el almuerzo, y Schembri se opone á mis deseos diciéndome que se estableceria un mal precedente si permitiésemos que un beduino comiera con nosotros.

Estando almorzando nos levantamos precipitadamente al ruido del galope de caballería que viene hácia nosotros; el capitan Schembri sale corriendo á su encuentro, y vuelve á decirnos que es un piquete de bachi-bozukos que el cónsul frances de Jerusalen envia para nuestra escolta.

Antes de partir del Jordan, quiero satisfacer un deseo que estos dias he tenido fijo en mi memoria: me separo silenciosamente de la caravana; siguiendo la orilla del rio, me oculto entre ramas, y arrodillándome junto al agua, me despido del Jordan, repitiendo las mismas palabras que pronunció aquí el P. Geramb...

Me sigue un beduino empeñado en cortar con su gumía una rama; la tomo, dándole un *bakchis*. Duque Uribe y yo llenamos dos vasos de agua, y levantando las manos brindamos: él «á la memoria de nuestras madres;» yo «á la gloria del cielo». En seguida montamos á caballo.

Los beduinos y bachi-bozukos se extienden por la llanura, haciendo ejercicios fantásticos al son de unos timbales pequeños, que algunos ginetes llevan sujetos sobre las monturas de sus caballos. Se conoce que se hallan muy satisfechos por el obsequio que nos dispensan, mostrándonos su destreza en el simulacro de un combate. Como no soy militar, ignoro el mérito en el arte de pelear de estos salvajes; mas me figuro que con media compañía de otra gente que yo conozco no les tendria miedo.

A media tarde llegamos á Jericó, y al pié de un antiguo castillo encontramos levantadas nuestras tiendas de campaña, adornadas con banderas de diversos colores.

Deseando visitar la fuente de Eliseo, distante media hora de nuestro campamento, Schembri da órden de acompañarme á un jóven beduino: atravesamos un bosque de árboles odoríferos, y observando que el beduino viene con armas, le pido el fusil, y veo que está cargado: siento el descuido de haber dejado las mias en el campamento. Llegamos á la fuente de Eliseo: es un caudaloso manantial que nace muy cerca de la montaña de la Cuarentena, en la cual Jesus pasó los cuarenta dias antes de su predicacion. Las aguas son cristalinas, y me parecen de buen gusto: tomo una piedra del manantial y vuelvo al campamento.

Durante la cena se presenta á despedirse el jefe de los beduinos; salgo con él de la tienda, le doy todo el tabaco que tengo, y estrechándonos las manos, nos despedimos tiernamente. Nunca nos veremos: él se dirige al desierto, libre y ágil como una gacela; él gozará todos los dias de la luz del sol, mientras que yo pasaré

los mejores dias de mi juventud á la sombra de un reducido aposento, sin más horizonte que las oscuras paredes de una calle. Bien sé que no es posible conciliar la libertad del desierto con las comodidades que ofrece la vida de un pueblo civilizado. Por eso todas las cosas tienen sus ventajas y desventajas.

Al concluir la cena se oye el sonido de un instrumento, acompañado de un canto muy original.

La curiosidad nos mueve á todos á salir de la tienda comedor. A la luz de la luna se distingue un grupo de doce beduinos colocados en pié, dando frente al campamento, y apoyándose los unos sobre los otros, extendidas las manos horizontalmente, se balancean dando fuertes palmadas, y todos cantan al compas que marca otro beduino, que está de frente con espada en mano. En mi vida he visto danza más infernal: sus contínuos y esforzados movimientos les hacen caer rendidos en tierra; ya no cantan, sino gruñen, lo mismo que cuando se mata un cerdo. Dice nuestro capataz que la escolta de beduinos que ha venido hoy acompañándonos dispensa un obsequio á la caravana

con este baile; por lo cual es necesario darles un *bakchis* al despedirse para el desierto.

La noche es tan bella, y la luna alumbra con tanta claridad, que me siento con pereza de retirarme á mi tienda. A los cuatro pasos corre un arroyo, cuyas aguas vienen de la fuente de Eliseo. Al frente de nuestro campamento, sobre una altura, se levanta una elegante tienda de campaña de color verde, que pertenece á un caballero ruso con dos hijos, agregados hoy á nuestra caravana para mayor seguridad. Más adelante se ven las miserables chozas que se levantan sobre las ruinas de Jericó. Rodea el campamento la escolta de bachibozukos, cuyos caballos están sujetos por medio de un palo metido en tierra.

Jericó fué la primera ciudad que tomaron los israelitas despues que pasaron el Jordan, poniendo fuego á todo lo que habia en ella. Entónces Josué fulminó esta imprecacion: «Maldito »delante del Señor el varon que levantare y »reedificare la ciudad de Jericó». Hasta la fecha queda cumplida la imprecacion de Josué: no veo otra cosa que unas miserables chozas de tierra sobre las ruinas de Jericó; pero me en-

gaño: esta tarde, al llegar, he visto nubes de gorriones que me han dejado asustado.

Juéves 25 de Marzo.

Son las cinco de la mañana; suena la trompeta: nó la trompeta de los levitas que hizo caer aquí los muros de Jericó, sino el trompetin del famoso Schembri, que nos llama á dejar el sueño. Voy al arroyo y me doy un baño de cara con las aguas que, siendo amargas, convirtió en dulces el profeta Eliseo. Entramos en la tienda del presidente, quien celebra el Santo Sacrificio en un altar portátil. Concluida la misa, suenan los timbales de los bachi-bozukos, y nos ponemos en marcha sobre sesenta ginetes, en direccion de Jerusalen. Al subir la cuesta, volvemos contínuamente la vista para gozar de la hermosa llanura de Jericó: se ve el mar Muerto, las orillas del Jordan, y de la otra parte del rio toda la cordillera de montañas que ocuparon los israelitas. ¡Por este camino ha pasado Jesús! Al medio dia nos detenemos á almorzar sobre las ruinas de un edificio, junto á la fuente de los Apóstoles; descansamos dos horas, y seguimos el camino de Betania.

Por más esfuerzos que hago, me es imposible contener mi caballo, empeñado en seguir á un grupo de bachi-bozukos que precede á la caravana. Ninguno de mis compañeros ha querido montar este caballo; y la prueba de que no es dócil al freno, consiste en que lleva un hierro atravesado por las narices. Cansado y aburrido del indómito animal, suelto la brida y le dejo correr á su antojo. Entro solo en Betania, me apeo al lado de una cisterna junto al camino; mi caballo, libre de su jinete, da un relincho y huye á escape por el monte Olivete.

Las mujeres que sacan agua de la cisterna, al verme solo me rodean; me hablan sin que yo las entienda: sólo comprendo que me ofrecen agua, y piden un *bakchis*; la más molesta y descarada se empeña en arrancarme un bonito pañuelo de cuadros encarnados que llevo sujeto á la cintura. En tal aprieto, sin poder separarme de las mujeres, dos árabes, que están tumbados bajo una higuera al otro lado del camino, se levantan y empiezan á dar gritos desaforados: yo no entiendo lo que dicen; pero de este modo me veo libre de estas avispas, colocándose á cierta distancia.

Saco mi librito de memoria, y tomo notas mientras llegan mis compañeros. Las mujeres que veo en frente visten una túnica azul, y en la cabeza un lienzo blanco, que cae por la espalda; la túnica está abierta por delante hasta la cintura, y al menor movimiento se descubren los pechos repugnantemente, sin duda por la costumbre que reina de no sujetar el cuerpo. Se me acerca una niña pidiendo un *bakchis*: le doy un limon dulce y se retira tan contenta.

Un negro de nuestra escolta me devuelve mi caballo.

Llega la caravana y visitamos el sepulcro de Lázaro.

Es á manera de una cueva oscura algo profunda, á la que bajamos con velas encendidas: ya dentro leo el Evangelio de San Juan (Cap. XI) que se refiere á la muerte y resurreccion del amigo de Jesus, cuya ternura me recuerda tambien los nombres de las dos hermanas Marta y María.

Dejamos el camino de Jerusalen, y tomamos á la derecha subiendo el monte Olivete. Otra vez la broma de mi caballo: se separa de la caravana y sigue al trote hasta la cumbre del

monte, deteniéndose al lado del caballo que monta el jefe de los bachi-bozukos.

Un cura de la caravana, rendido de cansancio, me ruega le acompañe á Jerusalen: bajamos del monte, y al pasar por Gethsemaní veo izado el pabellon español en la casa del cónsul: será por la fiesta de la Anunciacion que se celebra en España. Una numerosa procesion de mujeres, precedida por el P. Antonio, sale del sepulcro de la Virgen, y se dirige al huerto de Gethsemaní. Mi amigo Abuad, á quien encuentro en el valle de Josafat, me dice que los cristianos de Jerusalen celebran la fiesta de la Anunciacion: no puedo ménos de acordarme de mi patria.

Mi compañero y yo atravesamos la Via Dolorosa, pasamos por debajo del arco del *Ecce Homo*, y nos apeamos en la Casa Nuova. Mientras tomamos un refresco de agua de limon, llega la caravana precedida de la escolta de bachi-bozukos, metiendo más ruido que si entraran en una ciudad conquistada.

Viérnes de Dolores 26 de Marzo.

Asisto á la misa solemne que los religiosos franciscanos celebran en el Calvario, en el altarcito que separa las dos capillas, griega y latina. Mis ojos se humedecen al escuchar el cántico de un coro de niños árabes y varios religiosos, entonando todos á una voz el patético himno *Stabat Mater*.

La misa ha durado dos horas.

Aprovecho el resto de la mañana para escribir á mi madre.

Por la tarde.

Visitamos las cercanías de Moria. Dícese que Salomon aplanó la colina de Moria para edificar el templo, sobre cuyas ruinas se levanta hoy la mezquita de Omar. Los mahometanos prohiben la entrada á los cristianos: nuestra visita se reduce á dar vueltas al rededor de las murallas, que cierran el paso á la mezquita. Despues de la Meca este es el lugar más santo para los musulmanes.

De la Biblia extracto lo siguiente que se refiere á Moria:

JERUSALEN

Mezquita de Omar.

Años ántes de J. C.

1874. En Moria, segun tradicion, quiso Abraham sacrificar á su hijo Isaac, á la edad de veinte y cinco años.

1007. Salomon da principio á la fábrica del templo.

999. Dedicacion del templo.

988. Se concluye el palacio de Salomon.

584. Nabuzardan, general del ejército de Nabucodonosor, se apodera de Jerusalen, y entrega á las llamas el templo y palacio de Salomon.

534. Ciro concede libertad á los judíos, y les permite echar los cimientos del templo, y más adelante se interrumpen las obras.

515. Continúa la fábrica del templo: año segundo de Darío.

514. Se acaba la fábrica del templo á los setenta y tres años de su ruina y el sexto de Asuero.

59. Pompeyo se hace señor del templo, restituyendo á Hircano el sumo pontificado.

Años ántes de J. C.

1. El ángel aparece en el templo á Zacarías, sacerdote, y le anuncia que tendria un hijo, á quien llamarian Juan.

Años de J. C.

12. Jesus fué hallado en el templo disputando con los doctores.

33. Jesus entra en el templo en la fiesta de la *Scenopegia*, en el mes de Setiembre, y enseña públicamente que Él es el enviado de Dios.

34. En el viérnes que llaman Parasceve, muere Jesus, en el sentir de algunos el dia 25 de Marzo, á los treinta y tres años y tres meses de haber nacido, y á los treinta y cuatro precisamente de su Encarnacion. Al mismo tiempo que espira Jesus se rasga el velo del templo.

72-73. El año segundo de Vespasiano, es Jerusalen tomada y saqueada por Tito, y el templo quemado el dia 10 de

Años de J. C.

72-73. Agosto, en el mismo dia que los caldeos en otro tiempo le habian abrasado: el dia 8 de Setiembre fué destruida la ciudadela.

Desaparece el templo de la ley antigua, para no levantarse *jamás* en este sitio.

Tomo las citas que siguen de autores profanos.

Años de J. C.

636. Omar se apodera de Jerusalen, y echa los cimientos de la mezquita sobre las ruinas del templo.

1099. Los cruzados entran en la ciudad santa y levantan, con el nombre de Templo del Señor, una iglesia, donde está la mezquita.

1187. Los mahometanos se apoderan de Jerusalen, y el primer cuidado de Saladino es el restaurar la célebre mezquita que existe hoy delante de mis ojos.

Los acontecimientos que han tenido lugar en este suelo no pueden compararse á ninguno de los que han ocurrido en otra parte de la tierra. Cada vez que veo la colina donde se levantó el templo de Salomon, me ocurre esta pregunta: ¿Cuándo volverá á caer esa media luna que se levanta orgullosa en medio de la planicie de Moria?...

Acercándome á una puerta que da entrada á la colina, se echan sobre mí, amenazándome con piedras, un anciano, una mujer y un muchacho. Vive Dios que estoy dispuesto á hacerles pagar cara su valentía, si no vienen á separarme mis compañeros.

Al sudoeste de la gran muralla se encuentran los restos de otra, que los judíos veneran con mucha devocion como ruinas que, segun dicen, han quedado del antiguo templo de los hebreos. Si no son de aquel tiempo, al ménos creo yo que pertenecen á época muy remota, porque á la simple vista se conoce la diferencia de este lienzo de muralla, compuesto de piedras enormes, con lo demas que forma parte de la mezquita. El color de las piedras es amarillo oscuro, y la calidad parecida á la piedra de chispa: he podido

romper un pedacito de piedra para guardarlo.

No recuerdo dónde he leido que Salomon echó un puente de Moria á Sion uniendo las dos montañas, ó tal vez el palacio con el templo: anoto esto porque veo en el ángulo de la muralla vieja, que se cree es la más antigua, los cimientos bastante altos de un puente, ó sea las primeras piedras que comienzan á formar el arco. Profano al arte de construccion, ignoro el nombre que se da á esto.

Serán las cinco de la tarde: una numerosa concurrencia de judíos, hombres y mujeres, se encuentran aquí haciendo oracion; unos, apoyando sus frentes sobre la muralla, lloran como niños; otros, sentados en el suelo, leen en voz alta. Oigo á un pobre judío ciego pedir limosna en español, y se queja de que á él se le ha dado ménos que á los otros. Estos judíos deben de ser del rito español, ó portugues, pues tengo entendido que se hallan divididos en dos ritos, español y aleman.

Me han asegurado que todos los viérnes, á esta misma hora, los judíos de Jerusalen se reunen en este sitio á hacer oracion, y, lo mismo que hoy, derraman lágrimas sobre las piedras que, se-

gun ellos, formaron parte del templo israelita.

Existe entre los judíos más fervorosos la creencia de que el templo aun no ha desaparecido, sino que se halla cubierto entre las ruinas de Moria, y que el profeta Elías ofrece sacrificios en el altar; fundan su creencia en esta pregunta: ¿cómo podria existir el mundo sin sacrificios?

¡Pobres hombres! ¡Hace diez y nueve siglos que vuestros padres sacrificaron aquí la Víctima inocente que, al derramar su sangre, reedificó el templo de la *nueva alianza*, y nos abrió las puertas del cielo!

Pasamos á la casa de Pilátos: hoy sirve de cuartel á las tropas que guarnecen á Jerusalen; con permiso del jefe subimos por una pequeña rambla, atravesamos varios aposentos del edificio, deteniéndonos largo rato en una azotea, desde la cual se domina todo el espacio que ocupa la mezquita de Omar y la planicie de Moria. El misionero que nos acompaña reza un Padre Nuestro en memoria del templo de Salomon, con lo cual se gana indulgencia plenaria. Bajando de la azotea nos detenemos á examinar los restos de la casa que habitó el célebre gobernador romano que condenó á Jesus. Mi imaginacion se confunde

al recuerdo de que estas paredes han sido salpicadas con la sangre del Hijo de Dios. ¡Qué escenas han pasado aquí! ¿Dónde está ese pueblo furioso que pide la sangre de un Justo? ¿Dónde esos hipócritas doctores de la ley, que no se atreven á entrar aquí por no contaminarse en la casa de un pagano, y claman de fuera: «Crucifícale, crucifícale»?

Sábado 27 de Marzo.

Ya me considero ciudadano de Jerusalen: atravieso sus calles más ocultas, y penetro en todos los rincones. Como mi viaje ha sido tan repentino, no he tenido el tiempo necesario de hacer un detenido estudio sobre Jerusalen; así es que mi memoria está fija en lo que he leido de la antigua ciudad de David. Por lo que toca á la Jerusalen de hoy, no sé más sino que se halla dividida en cuatro barrios: el barrio de los Cristianos, al rededor del Santo Sepulcro; el barrio de los Armenios, en el monte Sion; el barrio de los Judíos, próximo á la mezquita de Omar; y el barrio de los Musulmanes, en el centro de la ciudad.

Jerusalen está edificada sobre cuatro colinas: Sion, al Sur, y es la más alta; Acra, la parte baja; Moria, al Este, se levanta sobre el valle de Josafat; y Bezeta, la más baja de las cuatro colinas, sobre la cual, segun un plano que tengo á la vista, se extendia la antigua Jerusalen.

Como la estadística es aquí desconocida, dícese que su poblacion será de veinte mil almas próximamente. La ciudad se halla circunvalada de una alta muralla; el aspecto interior es feísimo: calles estrechas y asquerosas, bazares mezquinos, especialmente el del barrio de los Mahometanos que es un verdadero laberinto muy estrecho, y donde apénas penetra la luz. Bajando en direccion de Moria se encuentra una calle, cuyo nombre ignoro al tomar esta nota, la más ancha y espaciosa, en terreno llano; empieza cerca de la mezquita de Omar, y sigue hácia la puerta de Damasco; esta calle tiene abiertos los conductos de aguas sucias, y forman una extensa laguna de inmundicias. ¿Hay paciencia para sufrir semejante lodazal en el centro de la ciudad? ¿Qué gentes son estas que por no moverse pasan la vida entre las más repugnantes inmundicias? Yo no acierto á esplicarme la pereza, la inmovilidad

de estos hombres. Muchas veces me detengo á examinar los edificios, y no veo uno cuyo esterior revele grandeza ni gusto: sólo la mezquita de Omar con su planicie ofrece una vista agradable. De noche no hay una luz, y la ciudad se asemeja á un oscuro y asqueroso calabozo. ¡Horrible cuadro para un europeo!

Respecto á legislacion y administracion de justicia, no estoy enterado: un pobre peregrino como yo, *sin instruccion ni recomendacion de ninguna clase*, no puede saber otra cosa sino lo que ha leido en otros viajeros. No es la curiosidad la que me mueve á tomar estas notas, que ni tal nombre merecen, sino el deseo de conservar un recuerdo de mi peregrinacion, que tiene por único objeto venerar los Santos Lugares de la redencion humana.

Me he acercado al departamento de los leprosos, los cuales viven separados del pueblo en unas chozas cerca de la puerta de Sion. ¡Qué estado tan horroroso el de estos infelices!

Uno de estos desgraciados, tumbado en el suelo fuera de la puerta de Sion, me pide limosna: su figura me causa horror y compasion; está envuelto en una asquerosa manta sin ropa alguna

interior, los dedos de sus manos estan como carcomidos ó gastados, y su cuerpo, parte descubierto, parece carbonizado, de manera que se estremece uno al mirarlo.

Fr. Salvador Giner me regala varias reliquias de los Santos Lugares: entre ellas hay dos del Santo Sepulcro, y preguntándole de qué modo ha podido proporcionarse estas dos, puesto que el Sepulcro está cubierto con grandes losas de mármol, me contesta: — El año diez, con motivo de una reforma que se hizo en el tabernáculo, se levantaron las losas de mármol que cubren el Santo Sepulcro; entónces se tomaron algunos pedazos de la peña, todos los cuales han desaparecido por regalos que se han hecho. En 1849 Fr. José Valverde, que está presente, era sacristan del Santo Sepulcro, se levantaron las losas y cogió un pedazo de piedra, nó del Santo Sepulcro, sino de la peña que toca al mismo.

Sabido es que los sepulcros de los hebreos se labraban en la misma peña.

Pregunto á Valverde si efectivamente tomó el pedazo de piedra, y me contesta: — Una noche el sacristan griego y yo rompimos con un mar-

tillo el pedazo de la peña: desde entónces no se ha sacado nada.

Segun me lo contaron, así lo anoto. Recibo contento las reliquias.

Por la tarde.

Hoy, víspera del Domingo de Ramos, el patriarca latino toma posesion del Santo Sepulcro, segun costumbre de otros años. Supongo que esta ceremonia tendrá por objeto la inauguracion de las funciones de Semana Santa. Desde el convento de San Salvador nos dirigimos con los religiosos franciscanos á casa del patriarca, á quien encontramos sentado á la cabecera de un largo divan, en compañía del cónsul y canciller de Francia vestidos de grande uniforme. Hay en el salon varios sacerdotes misioneros de Tierra Santa. Llama mi atencion una magnífica pipa colocada en el centro de la sala, y su tubo, de tres varas de largo, sostenido por el cónsul frances ¡Qué recuerdo en este momento! ¿Dónde está el cónsul de la católica España?

A la una en punto se pone en marcha la procesion, precedida por los genízaros de la casa del patriarca, que abren el paso dando golpes en el

suelo con unos bastones iguales á los que usaban los tambores mayores de nuestro ejército. El patriarca viste una magnífica sotana, color morado, y sombrero negro frances con anchas cintas de oro.

Al entrar en la iglesia la procesion, los soldados turcos presentan las armas.

Paramos en la Piedra de la Uncion, colocándonos todos de rodillas; el patriarca besa la Piedra y ofrece el incienso. En seguida entra solo en el tabernáculo del Santo Sepulcro, y despues de orar un momento, se dirige á la capilla Latina, toma asiento bajo un dosel, y nos presenta el anillo para besarlo. Mis compañeros suben á la galería del convento que cae sobre la iglesia, y yo voy al balcon del Calvario. De aquí veo perfectamente la entrada de los griegos cismáticos: un numeroso clero y varios obispos acompañan á su patriarca, anciano de pequeña estatura y barba blanca, quien lo mismo que el patriarca latino inclina su frente sobre la Piedra de la Uncion, dirigiéndose al Sepulcro. Siguen despues los armenios desplegando innumerables estandartes con imágenes de santos bordadas en oro y seda.

Dos jóvenes coftos muy feos, vestidos de una túnica en forma de bata, color verde y azul claro, se acercan al Sepulcro elevando en la mano izquierda un relicario en forma de catedral y en la derecha un incensario; ofrecen el incienso y se retiran.

En este momento se hallan reunidos en el templo cristianos de todos los cultos: católicos, griegos, armenios, maronitas, coftos, abisinios, todos se confunden en la iglesia. El canto chillon de los griegos, el ruido de los martillos de los armenios, mezclado con el bullicio de un gentío inmenso, todo esto produce una algarabía como en una casa de locos. Dios me perdone la comparacion. Los soldados turcos forman dos hileras, por cuyo centro pasa la procesion latina que se celebra todas las tardes. De este modo conseguimos atravesar el templo. No me agrada, me aburre este bullicio, y voy á la iglesia del convento de San Salvador, en la cual encuentro una caravana austriaca que acaba de llegar. Un coro de niños árabes canta el *Te Deum;* la dulce armonía de este canto acompañado del órgano, el ver en la iglesia nada más que católicos, llenos de devocion y de emociones, producen en

mí un sentimiento de contento, un no sé qué... que mis ojos se humedecen, y me olvido de las escenas del Santo Sepulcro.

Visito al padre procurador Revilla.

Domingo de Ramos 28 de Marzo.

El oficio de los latinos ha empezado á las cinco de la mañana, concluyendo á las diez y cuarto. Las ceremonias son las mismas que en nuestras iglesias de España. El patriarca bendice las palmas frente del Santo Sepulcro, y de sus manos recibo una, que conservaré para llevarla á mi casa. En seguida damos tres vueltas al rededor del Santo Sepulcro, y nos dirigimos al altar de la Magdalena, que es el lugar donde Jesus se apareció á esta mujer luégo de su resurreccion. Monseñor Valerga oficia en el altar de la Magdalena, y en el momento que entona el prefacio, que lo hace de una manera sublime, pasa por junto á nuestro altar la procesion de los griegos, cuyos cantos mezclados con el sonido del órgano de los franciscanos, y la voz del patriarca que parece dominarlo todo, producen un ruido, un bullicio imposible de describir. Al

ménos esta vez no hay escándalos, porque cada rito celebra separadamente sus oficios; pero como todos cantan en diferentes idiomas, el templo se parece á una torre de Babel.

Si la lectura de la Pasion de Jesus, en cualquiera parte que se lea, produce sentimientos tan dulces, ¿qué no sucederá aquí á la vista del Gólgotha?

SEGUNDA ESCURSION MARCADA EN EL ITINERARIO DE LA CARAVANA. — A las dos de la tarde dejamos á Jerusalen con el objeto de pasar la noche en San Juan de Judea. A la media hora nos separamos del camino hácia la izquierda, y visitamos el convento griego de Santa Cruz, llamado por los árabes Deir el Mussallabeh. Los griegos conservan una tradicion de que en el valle en que se encuentra este convento los judíos cortaron el árbol para hacer la cruz de Jesus. El edificio me parece nuevo; las pinturas de la iglesia se hallan bastante estropeadas.

A media tarde llegamos á San Juan de Judea, ó de la Montaña, pequeña aldea llamada por los árabes Ain-Karim, en la pendiente de una colina. El convento, que es un edificio

bueno, pertenece á los franciscanos de Tierra Santa; el guardian P. Trifon López es español.

El escudo de las armas de España sobresale en la cornisa del coro. Al lado del Evangelio, junto al altar mayor, se baja por una escalera de mármol á una capilla, cuya bóveda la forma un peñasco: este es el sitio que habitaron Zacarías é Isabel, padres del Bautista. Magníficos relieves adornan la capilla, y en el suelo se lee esta inscripcion:

HIC PRÆCURSOR DOMINI NATUS EST.

Saliendo de la aldea se baja á la fuente de la Vírgen, y de aquí se sube una colina que se ve delante, en cuya pendiente se hallan las ruinas de una iglesia edificada sobre el lugar de la casa de campo que habitó Santa Isabel, cuando fué visitada por su prima la Vírgen María. Este sitio es conocido por los cristianos con el nombre de la *Visitacion*. Aquí sucedió lo que refiere San Lúcas en su Evangelio: «Y en aquellos dias, le-» vantándose María, fué con prisa á la montaña, » á una ciudad de Judá, y entró en casa de Za-» carías, y saludó á Elisabeth,» etc. etc.

En esta visita fué cuando María llena de gozo alabó al Señor con aquellas sublimes palabras: «*Mi alma, engrandece al Señor*».

Hay entre las ruinas una especie de altar venerado por los viajeros, en el cual acostumbran hacer oracion. ¿Qué otra oracion podré yo hacer aquí, sino repetir las mismas palabras que pronunció en este mismo lugar la Vírgen María? «*Magnificat anima mea Dominum*».

Yo, sin saber por qué, soy corto y distraido en la oracion; he repetido las palabras de la Madre de Dios con una emocion tan dulce, como no la he sentido en mi vida.

Acordándome de lo que un célebre viajero hizo en este sitio, quiero imitarle, dejando sobre el altar un ramito de flores que recojo en el campo, y guardo otras con un ramo de olivo del árbol que veo en frente, para recuerdo de toda mi vida.

Al anochecer vuelvo por el mismo sendero al convento. Al pasar bebo agua en la fuente de la Vírgen. ¡Cuántas veces la Madre de Jesus habrá descansado sobre estas piedras!

No puedo detenerme en este sitio, por no interrumpir, ó incomodar, á dos árabes mahome-

tanos que están haciendo oracion sobre una pequeña eminencia que domina la fuente.

Los religiosos nos obsequian con una buena cena, y en seguida mis compañeros se retiran á dormir, mientras yo empleo largo rato de la noche paseándome solo en el jardin. Tomo asiento en un banco junto al pozo: la noche es buena, el cielo está cubierto, pero de cuando en cuando aparece la luna. Yo no sé lo que en estos momentos pasa por mi imaginacion: me acuerdo mucho de mis hijos y de mi patria... apénas puedo creer que estoy tan léjos de los mios... en el desierto... solo, á estas horas de la noche.

Lúnes 29 Marzo.

De madrugada montamos á caballo, pasamos por el lugar de la Visitacion, siguiendo á la derecha la pendiente de una montaña cubierta de olivos. Paramos en la cueva, ó gruta, de San Juan Bautista, situada al lado derecho del sendero. Es necesario mucho cuidado, y agarrarse fuertemente al suelo, para bajar á la gruta. Esta tiene la forma de un reducido gabinete, como tres varas de largo y una de ancho; dentro de la

gruta nace un manantial de agua muy rica. San Juan pasó aquí algunos años, hasta que salió á predicar el bautismo. De aquí se domina el valle de los Terebintos.

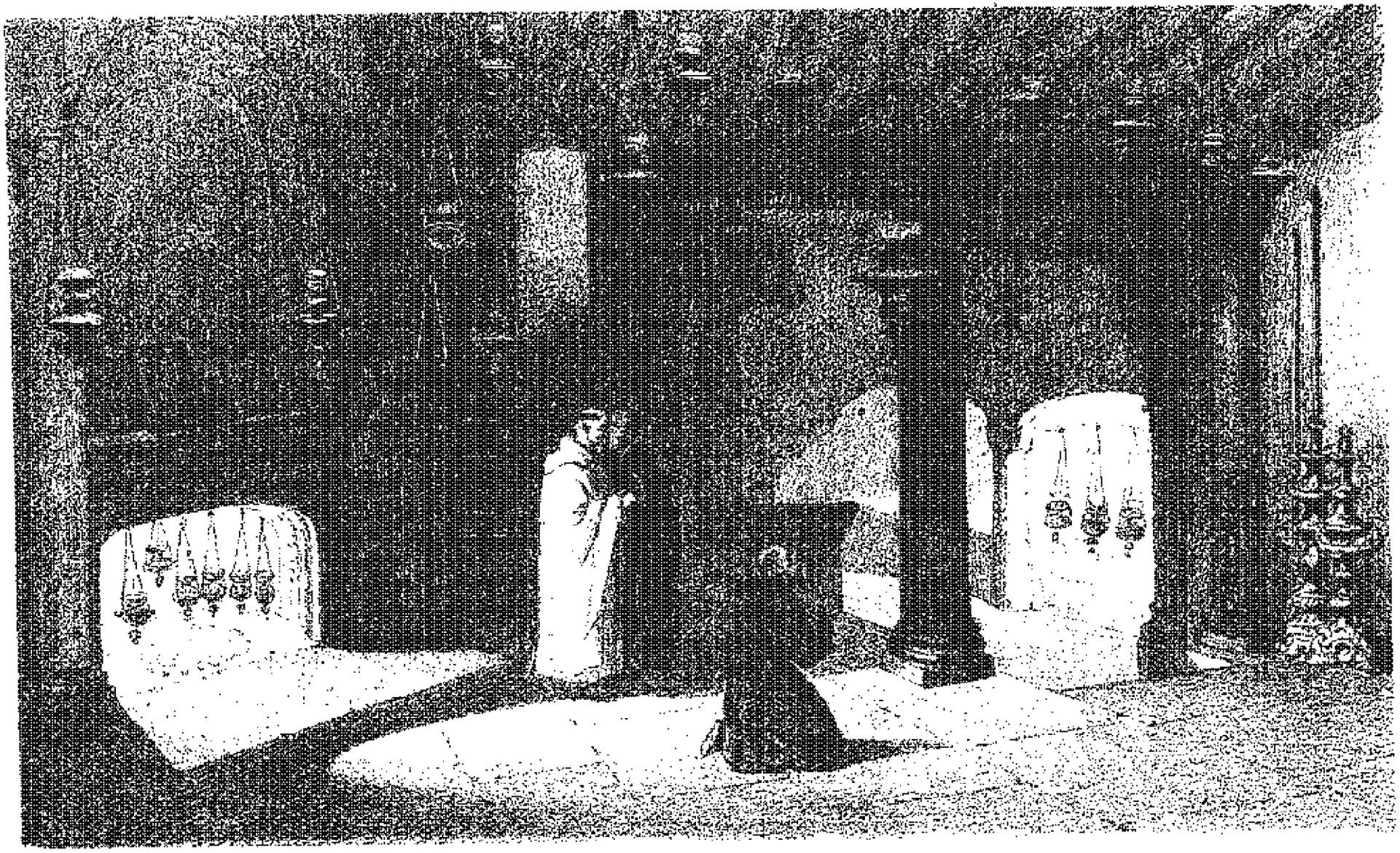
Retrocediendo un momento por el mismo sendero, tomamos á la derecha cuesta arriba. Caminamos subiendo y bajando montañas; en el fondo de un valle pasamos cerca de la fuente de San Felipe, cuyo nombre le ha quedado por la conversion del eunuco etiope que desde Jerusalen se volvia en su carro á Gaza, é iba leyendo en el profeta Isaías. El diácono Felipe le anuncia á Jesus, cree el eunuco, y es bautizado en esta fuente.

Atravesamos un bosque de olivos, y llegamos despues de tres horas de marcha á Beit-Djalla. Actualmente el patriarca monseñor Valerga construye un seminario; el edificio está casi concluido; la iglesia, de estilo gótico, es muy bella, está completamente desnuda y se trabaja en hacer el coro. Hay sacerdotes misioneros y jóvenes seminaristas de diferentes naciones. Desde la azotea del seminario veo el sepulcro de Raquel, en el camino de Jerusalen. Tambien se descubren las primeras casas de Belen. ¡Belen!...

Siento latir mi corazon rebosando de alegría. ¡Belen!... Dulce recuerdo de mi niñez ¡cuántas veces he pronunciado tu nombre! Apénas puedo creer que dentro de pocos momentos estaré yo en Belen. Qué impaciencia hasta partir; la comida me parece pesada. Por fin dejamos á Beit-Djalla, y á las tres y media de la tarde entramos en la ciudad de Jesus. Me dan una velita sellada, bajo á la gruta, y prosternándome en el suelo, beso el lugar donde María dió á luz al Salvador del mundo. A los dos pasos hago lo mismo sobre el lugar del pesebre en que fué reclinado Jesus. Mi corazon, conmovido de amor y de gozo, no me deja orar...

Sigo la procesion de los religiosos repitiendo con ellos las palabras del evangelista: «Y parió á su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en el meson» (Lucas, II).

Un librito que tengo á la vista dice que la gruta tiene treinta y ocho piés de largo, once de ancho y nueve de alto. El altar de la Natividad pertenece á los griegos. El lugar del pesebre y el altar de la adoracion de los Reyes, son de los latinos. En el sitio del nacimiento hay una



GRUTA DE BELEN

estrella con esta inscripcion: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.* Yo añadiria otra estrella en el lugar del pesebre, con las palabras que aquí pronunciaron los ángeles: *Gloria in excelsis Deo.*

Subo á la celda del padre guardian Fr. Nicolas Puche, y al manifestarle mis deseos de visitar el campo de Booz y Ruth, se acerca á la ventana y me dice: «Ahí le tiene usted». Quedamos en ir mañana á visitar el campo.

No pierdo un momento recorriendo el monasterio, la iglesia latina, la de los griegos y armenios. La iglesia griega sobresale entre todas por la grandiosa armadura de la nave de madera, sostenida por hermosas columnas de mármol.

Mártes 30 de Marzo.

He bajado muy temprano á la gruta, con el objeto de permanecer un rato á solas. Mis deseos han salido fallidos: apénas he tenido el placer de hallarme un momento solo cuando han bajado algunos griegos cismáticos, viéndome precisado á salir de la gruta, por no poder sufrir la distraccion que me causa el canto chillon de los griegos.

Concluida la funcion de los griegos, los latinos celebran el santo sacrificio en el altar de la adoracion de los Reyes; pero no pueden celebrar en el altar del Nacimiento por ser propiedad de los griegos.

Duque Uribe y yo, acompañados del padre guardian, visitamos la cueva de la Leche fuera de la ciudad. El padre Puche nos dice que todos los cultos cristianos y hasta los musulmanes veneran este lugar. La tradicion de los cristianos es que en esta gruta se ocultó María ántes de la huida de Egipto.

La puerta está siempre abierta: nunca falta alguna persona para cuidar de la lámpara que arde en frente de una especie de altar. Tomo un pedazo de tierra blanca como la leche.

La caravana ha salido para los estanques de Salomon. Duque Uribe y yo montamos á caballo y visitamos el campo de Booz acompañados de un lego del convento.

El campo de Booz es tambien el lugar de los pastores á quienes se aparecieron los ángeles para anunciarles el nacimiento de Jesus. En un terreno llano hay un sitio rodeado de paredes bajas; dentro de este sitio se ven algunos

olivos, y en el centro una gruta, en la cual se hallaban los pastores (segun tradicion) aquella noche feliz en que el ángel del Señor los anunció el nacimiento del Salvador en la ciudad de David.

¡Qué recuerdos tan dulces inspira este campo al frente de Belen! Aquí tuvo lugar aquella tierna historia de Booz, Ruth y Noemi que refiere la Biblia y será siempre el encanto de los que tengan corazon para sentir.

Antes de una hora estamos de vuelta en Belen. Visito detenidamente la gruta del nacimiento, y otra, que supongo continuacion de la primera, en la cual se veneran los sepulcros de los Santos Inocentes, de San Eusebio, de Santa Paula y Santa Eustoquia y de San Gerónimo.

Entrando en el convento á mano izquierda hay un salon adornado con divanes, y los retratos del emperador de Austria y su hermano el archiduque Maximiliano. En este salon nos sirven la comida.

Por la tarde.

Llega el momento de regresar á Jerusalen: mi lengua ha quedado muda: no puedo articu-

lar una palabra, ni despedirme del padre guardian, que no se separa de mi lado. Al montar á caballo el guardian estrecha mis manos, miro á Belen y... lloro como un niño...

De Belen á Jerusalen habrá sobre dos leguas; el camino es bueno y alegre.

A la media hora paramos un momento para saludar la memoria de la esposa de Jacob, la hermosa Raquel, cuyo sepulcro se levanta al lado del camino. Más adelante, sobre un altito, encontramos el convento griego de San Elías: aquí vuelvo la vista para mirar por última vez á Belen. Sigue la llanura de Rafaim, llamada por los árabes El-Bakah, que está cultivada.

Entramos en Jerusalen.

Miércoles 31 de Marzo.

Por la mañana.

Visito los lugares de mi especial devocion. Empiezo por oir misa en San Salvador; voy al Santo Sepulcro; sigo la Via Dolorosa y entro en el valle de Josafat. Al atravesar la puerta Judiciaria he encontrado una numerosa procesion

turca, precedida de una bandera encarnada; sigue una banda de tambores y pitos: en el centro van dos niños lujosamente vestidos, montados sobre dos hermosos caballos; dos hombres sostienen á los niños por cada lado. Cierra la procesion un grupo de mujeres vestidas de blanco, entonando un canto chillon y poco armonioso. Algunos hombres disparan sus armas, dando voces que no entiendo. Ignoro el objeto de la procesion, si bien me figuro será la ceremonia, ó fiesta, de la circuncision de los dos niños que van montados.

Entro en la iglesia del Sepulcro de la Virgen, situado á pocos pasos del huerto de Gethsemaní. Es una iglesia subterránea, á la cual se baja por una ancha escalera de mármol, en direccion del Sur al Norte. En la misma escalera hay dos capillas: una á la derecha, que es el sepulcro de Joaquin y Ana; y la otra á la izquierda, que es el sepulcro de José. Ignoro por qué á estas dos capillas se les da el nombre de sepulcros de los padres y del esposo de María, siendo así que no se sabe el lugar de su muerte; tal vez la devocion de los fieles habrá querido colocar en un solo punto un recuerdo á la Santa Familia. Al pié

de la escalera se encuentra la iglesia: en mi concepto no merece tal nombre, porque es una especie de gabinete, ó cueva oscura: no recibe más luz que la que se comunica por la escalera. El Sepulcro de la Vírgen es un pequeño monumento colocado casi en el centro de la iglesia. Esta, si no me equivoco, pertenece á todos los cultos cristianos, y he leido que los musulmanes veneran tambien el Sepulcro de María. Dice Mislin que en 1852 se concedió á los cristianos católicos, como un favor, el poder oficiar en este santuario despues de los griegos y de los armenios.

Saliendo del Sepulcro de la Vírgen, entro en la gruta de la Agonía, que está casi pegante.

Subo al monte Olivete; á cada paso vuelvo la vista para gozar del cuadro que ofrece la extension de Jerusalen. En la cima del monte Olivete hay un grupo de chozas miserables, habitadas por los árabes. A la derecha se encuentra una pared alta, una casa y un alminar: en el centro de la pared hay una puerta que da entrada á una especie de patio ancho, en terreno llano, donde se encuentran las ruinas de la iglesia de la Ascension. Este es el sitio donde Jesus subió á los

cielos en presencia de los apóstoles y de su Madre. Se ven las bases de las columnas sobre las cuales se levantaba la iglesia de la Ascension: en el centro hay una capilla con su pequeña cúpula, sostenida por pequeñas columnas blancas en forma octógona; la distancia que separa una de otra columna está cerrada con una pared tosca que cierra la capilla. Llámola capilla por no saber qué nombre dar á este cuerpo que se levanta en medio de la planicie.

Las paredes estan cubiertas con nombres de los viajeros que han visitado este sitio. En el suelo se ve el vestigio que imprimió Jesus sobre la peña al separarse de la tierra. Dícese es la señal del pié izquierdo; los turcos se llevaron la del pié derecho para colocarla en la mezquita de Omar.

He leido algo de lo mucho que se ha escrito sobre la impresion del pié de Jesus, y en mi humilde opinion nadie ha estado más acertado que monseñor Mislin. El padre Geramb dice: «El vestigio del pié izquierdo existe de un modo fuera de toda duda, por más que se halle un poco gastado por los contínuos ósculos que los peregrinos imprimen en él desde tantos siglos».

¡Que existe fuera de toda duda! ¿Por qué esta afirmacion tan absoluta? ¿Acaso es artículo de fe? Dios me libre de contradecir la opinion del padre Geramb; sólo diré que veo con mis ojos y toco con mis manos la señal marcada sobre la peña, señal que en mi pobre inteligencia no se parece al vestigio de un pié.

Ninguno más feliz que yo en materia de dudas de esta clase: me han dicho: « esta es la impresion que dejó nuestro Salvador al subir á los cielos,» y la beso muchas veces con el mayor entusiasmo y devocion, sin sospechar siquiera que aquí, ó un poco más allá, sea el sitio que pisó Jesus. Un cristiano se contenta con saber que nuestro Salvador subió á los cielos desde el monte Olivete, y el querer señalar hasta el punto que pisaron sus piés es mucho afirmar. Monseñor Mislin ha visitado este lugar por dos veces, y el observador más escrupuloso quedará satisfecho con su opinion.

Encuentro en el monte los dos irlandeses compañeros de caravana, y juntos subimos al alminar. Al bajar del monte tomo asiento en el sitio donde Jesus, mirando á Jerusalen, lloró sobre esta ciudad y profetizó su ruina. Leo aquí la

primera parte de las lamentaciones de Jeremías, y creo firmemente que, si el santo profeta viese la Jerusalen que tengo á la vista, no añadiria una palabra más á lo que escribió hace veinte y cuatro siglos. La Jerusalen de hoy no merece el nombre de ciudad: más bien es un depósito de inmundicias; á tal estado de desidia han llegado sus habitantes.

Por la tarde.

Despues de comer nos reunimos unas treinta personas en la capilla Latina del Santo Sepulcro: se cierran las puertas por dentro, á fin de impedir la entrada á las gentes que transitan por la iglesia. Un religioso franciscano sube sobre la mesa del altar izquierdo, ó sea el lado de la epístola, abre una puertecita, y aparece un fragmento de la columna de la flagelacion, á la cual fué atado Jesus en el pretorio. Los concurrentes subimos uno por uno al altar, y de rodillas besamos la columna. Antes de cerrar el altar, ruego al religioso haga tocar á la columna mi reloj y una cruz de plata.

El resto de la tarde lo pasamos cantando el oficio de tinieblas en frente del tabernáculo del

Santo Seprlcro. Un franciscano con voz sonora y majestuosa canta muy despacio las lamentaciones de Jeremías, y al pronunciar las palabras: «Jerusalen, Jerusalen, conviértete á tu Señor Dios», siento un no sé qué imposible de espresar... Maquinalmente dirijo mi vista á todo lo que me rodea. Brota de mis ojos una lágrima. ¿Es cierto que estoy en Jerusalen? ¿Es cierto que estoy sentado á cuatro pasos del sepulcro de Jesus? «Haz bien, Señor, á Sion con tu buena voluntad, para que se edifiquen los muros de Jerusalen.»

Juéves Santo 1.° *de Abril.*

A las siete y media de la mañana entro en el templo del Santo Sepulcro, cuyas puertas se cierran á las ocho, hora en que comienza la funcion de los latinos. Por privilegio otorgado á estos, se prohibe la entrada á los demas ritos cristianos desde el juéves hasta el medio dia del viérnes. Durante este tiempo los latinos son dueños del Santo Sepulcro y del templo; de modo que los griegos, los armenios y los coftos no tienen derecho de oficiar, ni de penetrar, en los santuarios que poseen dentro del templo. Por fin

alguna vez habiamos de estar solos al lado del sepulcro de Jesus. En estos momentos puede uno recogerse religiosamente sin ser molestado por el desagradable bullicio que producen el canto y murmullos de las sectas cismáticas. Las galerías superiores del coro griego, tan pobladas ayer, se ven hoy vacías; el Calvario está desierto. ¡Qué grande y majestuoso me parece el templo!

Nos colocamos en un estrecho grupo delante del tabernáculo del Sepulcro, formando un semicírculo; la caravana francesa al lado del Evangelio, la austriaca al lado de la Epístola, quedando los sacerdotes en el centro. Las hermanas de San José y dos señoras europeas, la princesa de la Tour d'Auvergne y una condesa alemana, toman asiento al lado del cónsul frances. Monseñor Valerga celebra de pontifical en un altar portátil colocado á la entrada del Sepulcro; consagra los santos Oleos y nos da la comunion. Despues de la misa sigue la procesion; da tres vueltas al rededor del Tabernáculo, y el patriarca coloca el Santísimo Sacramento sobre el mismo Sepulcro en que pusieron á Jesus.

A las doce pasamos al refectorio de los fran-

ciscanos; se colocan dos mesas, una en gabinete separado para el patriarca acompañado de algunos sacerdotes, y la otra para las caravanas y otros varios individuos que han quedado dentro del templo. Tomo asiento en la segunda mesa al lado de dos jóvenes condes polacos, y es objeto de nuestra conversacion la feliz idea indicada ayer por el patriarca de que en el lavatorio que tendrá lugar esta tarde, se hallen representadas todas las naciones cristianas. El conde Luis Wodricki me dice: «Usted, como único español, formará parte del lavatorio». «Creo que sí, le contesto, por lo que se me indicó anoche en la Casa Nuova».

Concluida la comida, me acerco á un grupo de franceses que rodean al maestro de ceremonias; observo con gran sorpresa que se ocupan en corregir la lista. Doy á entender lo imprudente de semejante conducta, y arrebatado por un esceso de patriotismo, falto á la templanza y la mansedumbre que reclama aquel lugar. ¡Ay de la nacion que ha tenido el patronato de los Santos Lugares como uno de sus más gloriosos timbres! El noble escudo de los leones y castillos aparece hoy en los principales objetos que

adornan el altar y en las cortinas que cubren el Calvario; y sin embargo, hace una hora sólo he oido entonar el *Domine salvum fac imperatorem Napoleonem*. Me lamento en voz alta de la falta en este sitio del cónsul de España, y me retiro á un rincon oculto de la sacristía á fin de calmar mi inquietud. Dispuesto á no salir á la presencia de mis compañeros, vienen á buscarme los religiosos españoles, quienes tratando de calmar mi intranquilidad se empeñan en llevarme al lavatorio.

A las dos y media, reunidos en la capilla Latina, el maestro de ceremonias lee la lista. De la capilla Latina pasamos á colocarnos en frente del Santo Sepulcro, y tomamos asiento dando la espalda á la iglesia griega. El patriarca dobla las rodillas delante de cada uno de los trece que forman el apostolado, les lava el pié derecho, sobre el cual hace la señal de la cruz, besa humildemente el pié, y levantando los ojos al cielo entrega á cada uno una cruz de madera y concha, como recuerdo de tan sagrada funcion. El maestro de ceremonias nos presenta un papel, en el cual dejamos escritos nuestros nombres y el de nuestra nacion.

Concluida la ceremonia del lavatorio, acompañamos al patriarca á las habitaciones del convento, y da á besar el anillo. Yo me detengo á la entrada del gabinete, sin atreverme á pasar adelante, acordándome del desagradable incidente de esta tarde. Un sacerdote de la comitiva del patriarca me toma de la mano colocándome al lado de este; doblo la rodilla, beso el anillo, y al retirarme me detienen al lado del patriarca en lugar preferente. Escucho la conversacion del patriarca: habla en latin con los alemanes, y en frances con los demas individuos de diferentes naciones.

A breve rato bajamos al lado del Sepulcro, y se canta el oficio de tinieblas, terminando la funcion á las siete y media.

Al salir de la iglesia, quedamos sorprendidos al ver el magnífico espectáculo que presenta la plaza. Millares de hombres y mujeres, levantando velas encendidas, permanecen de pié con la mayor compostura y religiosidad. Todas las azoteas de los edificios inmediatos se ven llenas de espectadores. En el centro de la plaza se levanta un tablado sobre el cual el clero griego canta la pasion de Jesus.

Por la noche me presento en el cuarto del presidente de la caravana para disculparme del incidente de la tarde. El presidente, en cuyo rostro se ve retratada una dulzura angelical, no contento con abrazarme tiernamente, me besa como á su hijo. Con el mismo objeto me dirijo al capellan, quien trata de tranquilizarme y añade: «Esta tarde, al verle á V. tan incomodado, el conde Luis ha dicho que podrá V. haber estado más ó ménos inconveniente en sus palabras; pero que ha tenido V. mucha razon».

LISTA DEL LAVATORIO (1).

1. Francisco Mora, de Verona.
2. Godofredo Strauss, de Colonia.
3. Giovanni (franciscano), del Piamonte.
4. Juan Lacher, de Baviera.
5. José Kern, de Viena.
6. José S. de la Peña, de América.
7. Antonio Helmsteller, de Francia.
8. Tomás O'Carrol, de Irlanda.

(1) Los tres últimos números son de seglares; todos los demas sacerdotes.

9. Buenaventura Elegno, de Lombardía.
10. Francisco (franciscano), del Piamonte.
11. Alvaro Robledo, de España.
12. El conde Luis Wodricki, de Cracovia.
13. Rafael Duque Uribe, de Nueva-Granada.

Viérnes Santo 2 de Abril.

Por la mañana.

Al llegar al arco estrecho que da entrada á la plazoleta del Santo Sepulcro, tropiezo con dos centinelas turcos que prohiben el paso al inmenso gentío agolpado en la calle. Una compañía de soldados se halla formada en la plazoleta. Los oficiales, al ver mi traje europeo, me hacen señas de pasar adelante. Llego á la puerta del templo, y la encuentro cerrada.

Pregunto á los europeos qué significa el aparato militar de los turcos en este sitio, y qué es lo que ocurre. Me contestan: —En los tratados con las naciones cristianas hay un artículo, por el cual se concede á los latinos el privilegio de celebrar su culto á puerta cerrada el dia de Juéves Santo, prohibiendo la entrada á todos los

otros ritos cristianos; y esta noche los rusos, faltando al respeto de los tratados, y sobornando la guardia, han penetrado en el templo y oficiado de pontifical en el Calvario. Que el cónsul de Francia y el bajá de Jerusalen, como jefe de justicia, han formulado querella del atropello cometido por los rusos, dando parte á Paris y á Constantinopla.

Esto es lo que se me ha dicho, y lo creo, porque los rusos son ya los únicos dueños de los Santos Lugares.

Nada más justo, en mi concepto, que el derecho concedido á los latinos; ellos han sido y debian ser los legítimos poseedores de los santuarios del Santo Sepulcro. ¿No es muy doloroso el haber perdido la mayor parte de este templo y el de Belen? ¡En Belen, donde un sacerdote católico no puede celebrar el santo sacrificio en el sitio en que nació Jesucristo! Ademas, estando espuesto el Sacramento desde el juéves hasta el viérnes, quedaria profanado tan santo lugar si se permitiera la entrada á los demas cultos.

Un religioso franciscano me regala una flor de Gethsemaní, flor que ha servido ayer de adorno al Santísimo en el Sepulcro.

VIA CRUCIS.

Reunidos los individuos de la caravana en la Casa Nuova, acompañados de un misionero de Tierra Santa, nos dirigimos á la Via Dolorosa, y paramos en la

PRIMERA ESTACION: AQUÍ FUÉ CONDENADO JESUS.

Es la casa de Poncio Pilato; nos colocamos en la calle, formando un estrecho grupo, junto á la pared de donde se arrancó la escalera que fué conducida á Roma. El misionero pronuncia en voz baja un corto discurso sobre el objeto que nos reune aquí, recordándonos el principio de la Pasion... Sus sentidas palabras me conmueven tiernamente.

SEGUNDA ESTACION: AQUÍ LE PONEN LA CRUZ.

A pocos pasos de la primera estacion paramos debajo de un arco que atraviesa la calle en forma de puente.

Sobre el arco hay una especie de gabinete, ó

mirador, en el cual habita un derviche. La fábrica del arco se compone de grandes piedras, y la habitacion del derviche es de cal y canto. Ántes de ahora he examinado detenidamente este arco, llamado del *Ecce Homo*, por ser el lugar donde Pilátos presentó á Jesus azotado y coronado de espinas. Si algunos han puesto en duda la autenticidad del arco del *Ecce Homo*, yo sigo la tradicion de los cristianos despues de las esplicaciones que me han dado los religiosos. Por los restos que quedan del palacio de Pilato, se conoce debió de ser bastante grande.

TERCERA ESTACION: AQUÍ CAYÓ LA PRIMERA VEZ.

Siguiendo la Via Dolorosa, al concluir la calle, se forma un ángulo doblando á la izquierda. En este ángulo hay en el suelo una columna de jaspe, que señala el sitio de la tercera estacion. En frente, hácia la derecha, los austriacos edifican una iglesia.

CUARTA ESTACION: AQUÍ ENCONTRÓ Á SU MADRE.

Á pocos pasos de la anterior estacion se halla á la izquierda una calle estrecha, por la cual

venia la Vírgen cuando se encontró con su Hijo. Esta calle ó camino, en mi concepto, se dirigiria al templo de Moria, si es que queda calle ó camino despues de la destruccion de Jerusalen. No veo señal alguna que indique la estacion.

Hasta aquí el camino es llano.

QUINTA ESTACION: EL CIRINEO.

Separándonos de la calle que sigue de frente hácia la mezquita de Omar, tomamos la calle de la derecha, que es la Via Dolorosa. Desde la quinta estacion empieza la cuesta para subir al Calvario, en direccion de Este á Oeste.

SESTA ESTACION: LA VERÓNICA.

No se puede ver el lugar que ocupaba la casa de la Verónica, por estar cubierto por otras casas.

SÉTIMA ESTACION: AQUÍ CAYÓ SEGUNDA VEZ.

Es en la puerta Judiciaria. Hasta aquí llegaba la antigua Jerusalen, de modo que el Cal-

vario se hallaba extramuros de la ciudad, formando una plataforma á corta distancia de la puerta. En esta se conservan algunos restos de construccion romana. La ciudad moderna se ha estendido por esta parte, de manera que el Calvario se halla rodeado de casas, quedando la iglesia del Santo Sepulcro casi encerrada en el centro del pueblo.

La cumbre del Gólgota dominaba toda la estension de la antigua Jerusalen, ménos la eminencia de Sion, donde estaba el Cenáculo. No se comprende el mal gusto de haber estendido la poblacion por la parte del Calvario, que es muy pendiente, teniendo un terreno llano y hermoso en la puerta de Damasco.

OCTAVA ESTACION: AQUÍ HABLÓ Á LAS HIJAS DE JERUSALEN.

Cuando las mujeres de Jerusalen se encontraron con Jesus, se hallaban á corta distancia de la puerta Judiciaria, en el camino que iba al Calvario.

Sin duda la curiosidad las llevaria á este sitio, fuera de las murallas, á fin de ver el paso

del Señor. Esta es una opinion mia, que me ocurre al examinar el plano de la antigua Jerusalen.

El lugar donde se marca hoy la octava estacion es una callejuela, á la derecha, subiendo directamente desde la puerta Judiciaria.

NOVENA ESTACION.

No existe el camino por el cual se subia al Calvario, por hallarse cubierto de casas, entre las cuales está el lugar de la novena estacion.

Hemos dado un gran rodeo, entrando por la puerta Judiciaria, y penetrando hasta el sitio donde se encuentra una columna de mármol que señala la estacion. De aquí pasamos á colocarnos sobre la bóveda de la capilla de Santa Elena, atravesamos las habitaciones de los coftos, y entramos en el templo del Santo Sepulcro.

Las demás estaciones se hallan dentro del templo del modo siguiente:

La décima estacion en la capilla de los Improperios, que pertenece á los griegos cismáticos.

La undécima estacion en el Calvario, capilla de la Crucifixion.

La duodécima estacion en el sitio donde se elevó la Cruz que suspendió al Hijo de Dios.

La estacion trece bajando del Calvario, *en la piedra de la Uncion*.

La estacion catorce en el Sepulcro donde pusieron á Jesus.

Ya de noche, asisto á la procesion, que da principio en la capilla Latina, deteniéndose en otras de diferentes ritos, en las cuales se marcan algunos pasos de la Pasion.

Se predica en los idiomas siguientes:

Italiano, en la capilla Latina.

Griego, en la division de las Vestiduras.

Turco, en la de los Improperios.

Aleman, en el Calvario, Crucifixion.

Frances, en el Calvario, donde se elevó la Cruz.

Árabe, en la piedra de la Uncion.

Español, en el Santo Sepulcro.

De los siete discursos que se han pronunciado, solo dos, el español y frances, y un poco del italiano, he comprendido. ¿Cuántos habrán entendido el español? Mi paisano se ha esforzado en hacer patente la ingratitud y perfidia de los judios. ¡Pérfidos judíos! Exclamaba.

Ratisbonne, el ex-judío Ratisbonne, ha pronunciado el discurso frances, colocándose sobre la peña del Calvario. He sentido una sensacion muy agradable al escuchar de los labios de Ratisbonne la fe de Jesucristo.

En el Calvario se representa la bajada de la Cruz por medio de una figura cuyos miembros son flexibles. A mí, para quien es enteramente nueva esta ceremonia, me parece estraña; pero debo creer que excita la devocion donde no ha caido en desuso, y especialmente entre los orientales.

Cerca de media noche he salido de la iglesia, quedando esta llena de gente.

Sábado Santo 3 de Abril.

Segun costumbre de todas las mañanas, paso un rato en San Salvador. En esta iglesia puede uno recogerse sin ser molestado de nadie. Algunas mujeres árabes cristianas llegan á la iglesia envueltas en dominós blancos; á la entrada se descubren la cara. Los árabes cristianos permanecen en la iglesia, cubierta la cabeza con el gorro encarnado, y observo que sólo se descu-

bren al leerse el Evangelio. Cuando los árabes estan de rodillas, y quieren descansar, no hacen mas que inclinar el cuerpo hácia atras, y quedan sentados sobre sus pantorrillas.

De San Salvador he ido al Santo Sepulcro, donde he pasado toda la mañana.

No sé si tomar nota del horrible espectáculo que acabo de presenciar: he visto la iglesia del Santo Sepulcro convertida en un repugnante campamento.

Despues de esperar una hora en la puerta, consigo penetrar en el templo en el momento que un gentío inmenso recoge apresuradamente mantas, colchones y vasijas; y formando continuas oleadas se empujan unos á otros hácia el tabernáculo del Sepulcro.

Millares de hombres, mujeres y niños ocupan las galerías del coro griego, las ventanas y agujeros de la cúpula. Sobre el pavimento del Calvario se hallan tumbados hombres y mujeres: unos duermen, otros comen lo mismo que si se hallaran en un bodegon.

Por fin, con mil trabajos consigo llegar hasta la capilla Latina, y subo á la galería de los franciscanos. De aquí distingo perfectamente el hor-

roroso cuadro que presenta el templo. Los soldados turcos encargados de conservar el órden no pueden contener las masas, que unidas y compactas se arrojan unas sobre otras dando alaridos. Los oficiales con la pipa en los labios y palo en mano, se ven obligados á sacudir garrotazos para abrirse el paso.

Llega el bajá, y se coloca en nuestra galería acompañado del bendito padre Antonio Rodríguez. En la imposibilidad de salir del templo para ir á comer á la Casa Nuova, un lego español me sube dentro de la manga un pan, dos pescaditos y un jarrito de vino. ¡Magnífico! Tambien yo como en la iglesia, al paso que me lamento del desórden que estoy presenciando. Ofrezco mi comida á los que me rodean, y algunos disfrutan de mi racion.

En fin, á las dos comienza la tan deseada ceremonia del *fuego del cielo*, fuego que, segun los griegos, bajará del cielo.

Se oye el canto chillon de los griegos y de los armenios. Los soldados abren á culatazos paso á la procesion; esta da tres vueltas al rededor del Sepulcro; un obispo casi desnudo penetra en el templete, y á los pocos minutos aparece por un agujero de la capilla del Angel el pretendido

fuego del cielo. Al ver la luz, se levanta una gritería espantosa, y todos se lanzan como furiosos endemoniados para ser los primeros en encender las bujías que llevan preparadas. El fuego se propaga á las galerías superiores: en dos minutos queda el templo convertido en un horno. Las mujeres pasan las llamas sobre los cuerpos desnudos de sus hijos; otras se descubren los pechos y hacen lo mismo.

Por todas partes no se oyen más que gritos desentonados y espantosas vociferaciones, todo lo cual me produce un disgusto imposible de describir. No parece sino que el templo se ha convertido en una cueva de condenados. Jamás he presenciado escena tan horrible.

Suponiendo que esta ceremonia nazca de un esceso de sentimiento religioso, sea ó no fanatismo, ¿por qué no se pone remedio á tamaño escándalo? ¿Por qué el clero griego hace uso de tan ridícula supercheria? ¿Por qué abusa tan miserablemente de la estupidez del vulgo? Más de ocho mil personas, hombres, mujeres y niños, han pasado la noche dentro del templo, comiendo, bebiendo, fumando, y qué sé yo de qué manera; segun acaba de decirme un jóven polaco

que lo ha visto en el Calvario. Y todo este escándalo ¿por qué?

Por la ridícula ceremonia del *fuego del cielo*. El clero griego cismático engaña al pueblo, haciéndole creer que el dia de Sábado Santo un obispo, colocado en el Santo Sepulcro, recibe directamente del cielo el fuego que entrega á las gentes.

He leido que una parte del clero griego deplora esta profanacion establecida desde largo tiempo, fuente de abundantes limosnas, y que hoy seria difícil suprimirla.

¡Difícil! Yo no lo creo así. Si es cierto que parte del clero cismático se halla convencido de semejante profanacion, y ese mismo clero la autoriza con su presencia, contribuyendo á representar una escena ridícula de superchería y mojiganga en el sitio más santo de la tierra, ese clero es un miserable.

Hace pocos años algunos centenares de infelices perdieron su vida en la ceremonia del fuego del cielo. Gracias á Ibrahim Bajá y á sus soldados, que lanzándose á la puerta pudieron abrirla, evitando de este modo la asfixia de millares de individuos encerrados en el templo.

Por la tarde.

Visito la sinagoga de los judíos en el momento que una numerosa concurrencia escucha el discurso de un rabino. Me coloco al lado del orador que habla, no sé si en español anticuado, ó portugues. Al entrar en la sinagoga un jóven me ha dirigido la palabra en castellano puro.

La sinagoga me parece muy pobre; los hombres están sentados al uso oriental sobre toscos asientos de palo y paja. ¡A qué estado de bajeza ha llegado el pueblo hebreo, pueblo que en este mismo sitio fué la admiracion del mundo! ¿En qué piensan hoy estos hombres?

Subiendo al monte Sion salgo por la puerta del mismo nombre.

Sion es el monte más elevado de los cuatro montes ó colinas en que está edificada Jerusalen.

En Sion construyó David su palacio, despues que desalojó á los jebuseos. Desde Salomon muchos reyes de Israel habitaron en este monte.

El Nuevo Testamento me recuerda á cada paso la memoria de Sion: en Sion está el Ce-

náculo donde Jesus celebró su última cena, é instituyó el sacramento de la Eucaristía, y á donde bajó el Espíritu Santo. La Vírgen María habitó en Sion, despues de la Ascension de su Hijo. En Sion fueron ordenados los primeros diáconos, y se celebró el primer concilio. Puede decirse que en Sion dió principio la iglesia católica.

Hay en Sion un grande edificio que lleva el nombre de Cenáculo. Acompañado del capellan de la caravana entro en un salon bastante espacioso; doblamos las rodillas y leemos en voz baja el *Veni Creator*. Saliendo del salon, nos dirigimos por una especie de rambla; un poco más arriba se encuentra una mezquita, bajo la cual veneran los turcos el Sepulcro de David. Un musulman sale á mi encuentro, y me indica con la mano que me quite los zapatos ántes de pasar adelante. Contesto al turco haciendo con la cabeza un signo de «No quiero»; me retiro y espero en la puerta á mi compañero.

«El Cenáculo, dice Geramb, fué convertido »en iglesia por santa Elena. Habiéndola demo»lido los sarracenos, mucho tiempo despues la »piadosa Sancha, reina de Sicilia, consiguió

»que se restituyera á los padres de Tierra San-»ta. En 1564 los turcos se apoderaron nueva-»mente de ella, y la convirtieron en mezquita, »continuando actualmente en su posesion.»

Domingo de Pascua, 4 de Abril.

Despues de misa en San Salvador, acompaño á los franciscanos á casa del patriarca, de la cual nos dirigimos al Santo Sepulcro.

Parece que con la ceremonia de ayer han terminado las funciones de los cismáticos. La iglesia está desierta: digo desierta porque ha desaparecido ese tumulto y bullicio que ayer hacia insoportable la permanencia en el templo, el cual ha sido necesario bañarlo y lavarlo con agua abundante, á fin de purificar la atmósfera y esterminar los animalitos microscópicos que molestaban nuestras pantorrillas.

El oficio de los latinos ha comenzado á las ocho, y concluido á las once. El *¡Aleluya!*, entonado con voz sonora por el patriarca al pié del sepulcro de Jesus, alegra nuestros corazones.

Por la tarde.

Mi amigo Fr. Salvador Giner me acompaña al consulado de España. El señor vicecónsul me recibe en su divan con marcadas muestras de deferencia y amabilidad.

Al ver sus finos modales, y lo bien que se espresa en español, me cuesta trabajo el creer que este caballero es árabe, y que nunca ha pisado la Europa. Un genízaro, ó dragoman, del consulado me ofrece el *narghilet* cargado de tumbac.

Acepto el obsequio, y ¡pobre de mí! me veo sumamente embarazado, sin poder manejar este nuevo instrumento de chupar el humo. El señor vicecónsul conoce mi inquietud, me da algunas lecciones, y á fuerza de aspirar, consigo encender la pipa. Otro genízaro se me presenta delante, sosteniendo en sus manos un grande azafate con café y dulces. Pues señor, yo no estaba preparado para esta ceremonia: no sé por dónde empezar, ni qué hacer. Mi amigo Giner debia haberme enterado de las costumbres orientales ántes de entrar en la casa. Los dos genízaros con grandes sables corvos permanecen á mi lado como dos estatuas.

Por fin tomo el café y se retiran.

Chupa que chupa el narghilet, á manera de un sultan, hablamos de España: pregunto al vice-cónsul si tiene noticia de las cartas publicadas por su jefe el señor cónsul don Miguel Tenorio, actualmente en Madrid, y me contesta que las ha leido. El vice-cónsul viste el traje europeo; lleva al ojal la cinta de Isabel la Católica.

Concluida la visita pasamos á ver las ruinas del hospital de Santa Elena, donde encontramos algunas de las célebres calderas, en las cuales aquella caritativa mujer preparaba el alimento para los pobres.

Atravesando callejuelas estrechas, que ni de propósito pudieran hacerse más torcidas, salimos al campo por la puerta de Damasco. Á pocos pasos de la puerta, hácia la derecha, se encuentra la gruta donde el profeta Jeremías escribió las célebres Lamentaciones. Siento mucho no poder entrar en la gruta, porque Fr. Salvador me dice que no se halla en buena armonía con el derviche que habita en ella.

Existe una tradicion de que los judíos cogieron en este sitio las ramas de espinas para hacer la corona que pusieron á Jesus. Bien puede

ser cierta la tradicion, por ser uno de los puntos de extramuros más cercano al Pretorio.

Hoy sólo veo en este lugar un árbol de espinas, del cual corto una rama al parecer seca. Esta rama es para mi amigo D. Juan José de Gorostizaga, quien me dió el piadoso encargo de llevársela.

Lúnes 5 de Abril.

Al entrar en el convento de San Salvador, recibo la carta siguiente:

«Belen 4 de Abril de 1858.

»Señor D. A. R.:

»Muy señor mio y amigo: Tuve el gusto de recibir su apreciable del 31 último, y su contenido me confirmó en el justo concepto que formara de los sentimientos que adornan su buen corazon.

»Nada más consecuente que la sensibilidad de afectos en una alma ilustrada con las brillantes luces de nuestra Santa Religion al contemplar los adorables misterios que obrara el Dios del amor en los mismos sitios en que tuvieron su cumplimiento. La Gruta Santa de Belen fué el punto destinado *ab æterno* por la Sabiduría In-

creada, para manifestarse al mundo que vino á redimir. Tener la dicha de entrar en ella, y no conmoverse los afectos de un corazon cristiano, seria cosa de no poderse creer. Gustar rápidamente el alma las suaves consolaciones que inspira este pequeño rincon del mundo, y despedirse de él, para no volver á verlo, sin afectacion de espíritu, no es posible á todos. Por consiguiente, no incurrió V. en falta alguna hácia mi insignificante persona, y si alguna cosa grata á su bondad, y en obsequio suyo esperimentó de mí, no fué más que cumplir con mi deber imperfectamente.

» Ayer mandé á Fr. Salvador Giner, para que entregase á V. la botella del vino, producto de la clásica patria de Jesus. Es del primero que nos dió á gustar el refectolero: quiera Dios que lo lleve V. á su casa tan bueno como ha salido de aquí (1).

» Le deseo un felicísimo regreso al seno de su

(1) En la noche de Navidad del mismo año de 1858, se celebró el Santo Sacrificio en la Basílica de Santiago, de Bilbao, con vino de Belen y agua del Jordan. La hostia era de trigo de Nazaret; el incienso de Jerusalen; el aceite de una lamparilla era de los olivos del

familia, con todas las apetecibles satisfacciones de su religiosa peregrinacion, rico especialmente de gracias espirituales.

»Mi residencia en este destino será de pocos meses; pero aquí, ó en cualquiera punto de la Custodia de Tierra Santa, me hallará dispuesto á servirle en cuanto pueda mi inutilidad. Entre tanto, y como amigo de J. C., cuente con la participacion de mi pobre caudal espiritual, y si le place considéreme como tal para siempre, que lo seré suyo, afectísimo S. S.—Fr. Nicolas Puche.»

Paso la mañana en el despacho de Fr. Salvador; mientras él se ocupa en escribir, me entretengo yo en servir de almacenero, enseñando á los forasteros los objetos de almacen, que se reducen á rosarios, cruces y reliquias. Hay en el almacen un bonito adorno del Nacimiento, destinado para regalo de S. M. la reina Isabel.

Por la tarde, Fr. Salvador quiere hacerme un obsequio, enseñándome una cruz destinada

huerto de Gethsemaní; la vela, para la consagracion, era la misma que me dieron al entrar en la gruta de Belen.

para el colegio de misioneros de Priego. La cruz está adornada con reliquias de todos los lugares de Tierra Santa; en el centro contiene un *Lignum crucis* pequeñito; es la misma que por espacio de tres siglos ha sido venerada en la capilla de Santa Elena debajo del Calvario. Tiene el madero perpendicular catorce y medio piés; y el horizontal, ó los brazos, siete y medio. En la parte inferior de la cruz se lee una inscripcion latina expresando estos y otros pormenores.

Viene á buscarme Juan Ahuad, mi compañero de viaje de Marsella á Jerusalen. Este jóven, que tantos obsequios me dispensó al tocar en Malta, se empeña en llevarme á su casa. Me presenta á sus padres, que están sentados en el suelo al uso oriental, los cuales, poniendo la mano derecha sobre el corazon, me hacen una profunda reverencia con la cabeza sin levantarse de sus asientos. Mi amigo Ahuad, conocedor de las costumbres de Europa, no sé dónde se ha proporcionado una silla para mí.

Hermoso cuadro: es un reducido gabinete; no hay más muebles y adornos que los divanes donde descansan los ancianos padres de Juan; dos hermanitos duermen en el suelo sobre almo-

badones arrimados á la pared. Juan enciende una pipa larga y me la da para fumar, haciendo lo mismo con otras dos para sus padres. Esta operacion se repite por tres veces. Sobre un banquito, que no levanta del suelo medio pié, me sirven dulces, agua de limon y un licor. Los ancianos me dirigen varias preguntas, y Juan sirve de intérprete. Yo trato de satisfacer su curiosidad, hablándoles de mi pais y de mis hijos, á quienes no puedo olvidar un momento. La familia Abuad es católica. Al despedirme, el anciano cruza los brazos, é inclinando la cabeza me dice: «Mañana rogaré sobre el Santo Sepulcro para que vuelva V. con felicidad á su casa».

Mártes 6 de Abril.

Acompañado del padre Felice, visito al padre custodio de Tierra Santa.

Me dirige varias preguntas relativas á la caravana.

. . . . . .

Con motivo de una desagradable cuestion suscitada entre los individuos de la caravana, dividida en dos partidos: uno porque se cumpla lo

marcado en el itinerario, y el otro porque se adelante el dia de nuestra partida; se ha fijado esta para pasado mañana. Ha llegado el caso de procederse á una votacion secreta, quedando en minoría los partidarios de anticipar la marcha, cuyo objeto es dirigirse á Damasco. Dispuesta la minoría á separarse de sus compañeros, el presidente, de acuerdo con el patriarca, ha tratado de conciliar la cuestion, fijando la marcha para pasado mañana. Ageno á las cuestiones de la caravana, me he mantenido neutral; pero he tomado parte en la votacion por las súplicas del presidente y especialmente del capellan.

Miércoles 7 de Abril.

Hoy, como último dia de mi permanencia en Jerusalen, voy á aprovecharlo lo mejor posible, visitando los lugares de mi especial devocion.

A las cinco de la mañana salgo solo de la Casa Nuova, sigo la Via Dolorosa, y al pasar entro en la capilla de la Flagelacion, situada en frente de la casa de Pilátos.

Hay en esta capilla bellos altares y cuadros que representan asuntos de la Pasion. Debajo del

altar mayor, en el suelo, se lee esta inscripcion: *Fui flagellatus totâ die, et castigatio mea in matutinis.* (Salmo 72.)

Se cree que en este sitio fué azotado el Señor por los soldados del Pretorio.

Saliendo por la puerta de San Estéban, visito en el valle de Josafat el sepulcro de María Santísima y la gruta de la Agonía; y subo al monte Olivete. En el camino encuentro un misionero de la Macedonia, agregado á nuestra caravana, y me dice que va á celebrar en el monte Olivete, para lo cual espera á un mozo que le trae un altar portátil sobre un asno. Mientras llega el mozo, recorremos varios puntos del monte, en el cual el misionero me indica los sitios señalados por la tradicion. «Aquí, me dice, compusieron los apóstoles el Credo: allí enseñó Jesus á sus discípulos la oracion del Padre nuestro.»

Yo me imaginaba que el Credo habia sido compuesto por los apóstoles en las reuniones que celebrarian en el Cenáculo, despues de la Ascension, mejor dicho, despues de haber sido iluminados con la luz del Espíritu Santo.

Al llegar á la cima del monte encontramos al mozo que conduce el asno: aquí empiezan las di-

ficultades para penetrar en el sitio de la Ascension. El guarda musulman está durmiendo; ofrecemos un bakchis á un muchacho de la casa, y nos trae la llave. Entramos y cerramos por dentro.

Colocamos el altar sobre la piedra que contiene el vestigio del pié, y el misionero celebra el santo sacrificio. Llega el presidente de la caravana con otros sacerdotes, quienes se preparan para decir misa. Beso el vestigio del pié, y me apresuro á bajar del monte, para despedirme del Santo Sepulcro. Encuentro cerradas las puertas del templo, me acerco á los guardas turcos y me permiten la entrada. Apoyo mi frente y mis manos sobre la losa que cubre el sepulcro de Jesucristo, ¡el único sepulcro que no se abrirá el dia del juicio final! Le beso por última vez... Me dirijo á la capilla Latina, doblo las rodillas sobre la segunda escalinata del altar, al lado del Evangelio: aquí...

Subo apresuradamente al Calvario, toco la peña... ¡Adios!... Lloro.

¡Quiera el cielo no me olvide de este momento! Jamás lo olvidaré.

Al salir, un jóven turco me abre la puerta,

clavándome sus miradas por un momento; tal vez llaman su atencion las lágrimas que cubren mi rostro. Doy á los guardas unas monedas, y me retiro.

Por la tarde.

Al atravesar la plazuela, observo que los guardas turcos abren las puertas del templo: entro, y salgo inmediatamente.

Con la cabeza descubierta, y á paso ligero, sigo la Via Dolorosa, rezando el rosario, que concluyo en el valle de Josafat.

Serán las cinco de la tarde; me encuentro solo en el valle de Josafat, sentado en el camino de Sion, en el mismo camino que hace diez y nueve siglos recorrió Jesus *por última vez*, cuando fué atado y llevado á caso de Anás.

Tengo á mis piés el torrente de Cedron: en este momento no lleva una gota de agua. Á mi derecha la aldea y los huertos de Siloe. Á la izquierda se levantan la columna de Absalon, los sepulcros de Zacarías, de Santiago y de Josafat. En frente veo millares de sepulcros, que cubren el suelo, y algunos rebaños de cabras negras cor cabezas blancas, que cruzan por el camino de Betania. Tengo á mi espalda las mu-

C. Muguiza, dib.º y lit.º

Lit. de S. Gen.º S. Clara 8. Madrid.

Dios nos conceda la gracia de abrazarnos en la Jerusalen terrenal y espero nos conceda vernos en la Jerusalen Celestial.

rallas de Moria. En último término distingo á la izquierda los olivos del huerto de Gethsemaní y el monte Olivete. Á todas partes dirijo mi vista: no se oye ruido ni bullicio alguno: todo es tristeza y soledad.

¿Estoy en el valle de Josafat? —Sí. Ninguna pena viene á turbarme aquí: me encuentro muy tranquilo. ¡Adios, valle de Josafat!

Me levanto, siguo el camino de Sion, y entro en la ciudad.

Juéves 8 de Abril.

Llega el momento de partir. El padre Antonio Rodríguez, ese santo y venerable anciano en cuyo semblante se ven vivamente retratadas la humildad y la caridad cristianas, me abraza y besándome en el rostro me dice: «¡Adios, don Alvaro!» Dios nos ha concedido la gracia de abrazarnos en la Jerusalen terrenal, y espero nos concederá tambien la de vernos en la Jerusalen celestial.

Beso la mano del padre Antonio, y con lágrimas en los ojos me separo de él sin poder pronunciar una palabra.

¡Jerusalen! ¡Jerusalen! ¡Adios!

Á las dos de la tarde monto á caballo en la Casa Nuova, atravieso las mismas calles que á mi entrada, deteniéndome fuera de la puerta de Jafa hasta que se reunan todos los individuos de la caravana. Pegante á la muralla hay un café, en el cual se ven reunidos grupos de árabes y algunos negros. En el campo se pasean varios hebreos de traje talar: faja ancha á la cintura, gorra de paño forrada de pieles, dejando caer por ambos lados de la cara dos largos rizos de pelo.

Montado á caballo y con la vista fija en la muralla, se me acerca el abate Reynier y me dice: «Querido amigo, ¡ah! yo espero volver á Jerusalen más despacio». «Yo tambien lo deseo,» le contesté.

Reunida la caravana, tomamos á la derecha fuera de murallas, deteniéndonos largo rato en la puerta de Damasco, hasta que llega el guia que ha de dirigirnos.

Á dos leguas al Nordeste de Jerusalen, sobre una montaña muy elevada, se halla la aldea de Nebi Samuel, patria, segun dicen, de este gran profeta, último juez de Israel. La aldea se compone de chozas miserables habitadas por los ára-

bes; en el centro se levanta un edificio bastante grande; dícese que es una mezquita en la cual se halla el sepulcro de Samuel. Me dirijo, sin apearme, hasta la mezquita, y al ver la puerta cerrada, vuelvo á reunirme á la caravana. Estamos en la cumbre del monte; de aquí se distinguen varias aldeas, cuyos nombres ignoro.

Detengo un momento mi caballo, me descubro la cabeza, levanto la mano, fijo la vista en la ciudad santa, y de lo más profundo de mi corazon saludo á Jerusalen: ¡Adios!

Al bajar la cuesta por el lado opuesto del monte, me indican el lugar que ocupó Emmaus. Caminamos subiendo y bajando peñascos sin sendero alguno. Ya de noche llegamos á Rama, acampamos fuera del pueblo, en frente de un edificio que está construyendo el patriarca para casa de peregrinos. Este Rama, no es el Ramla ó Ram por donde pasamos al salir de Jaffa.

Viérnes 9 de Abril.

A las siete de la mañana recogemos tiendas y partimos. Al subir una cuesta se descubre el Mediterráneo; la vista del mar me causa un gozo

inesplicable; parece que el corazon se dilata al contemplar su hermosura. Hácia allá está mi patria: ¡ah si pudiera abrazar á mis hijos! A la media hora llegamos a El-Bir. Se cree que en este pueblo la Virgen y San José, observaron la falta del niño Jesus, cuando regresaban de celebrar la Pascua en Jerusalen, y despues de tres dias que le buscaban entre los parientes y conocidos, le hallaron en el templo, disputando con los doctores. En El-Bir existen las ruinas de una iglesia edificada por los Templarios.

Continuamos la marcha por el camino de Nazareth: á derecha é izquierda se ven muchas aldeas. Por uno de estos puntos que atrevesamos debió de existir la célebre y antiquísima ciudad Bethel, en la cual Jacob tuvo la vision de la escala, y levantó un altar á Dios.

Poco ántes de llegar al valle de Labban ó Lubban, al pié de una rápida montaña, paramos á almorzar sobre las ruinas de un khan. Durante el almuerzo un grupo de gente armada se acerca á la caravana, manteniéndose á cierta distancia. Hace mucho calor: miro por todas partes, y no encuentro un palmo de sombra donde poder descansar un rato.

Al sonar la trompeta para montar á caballo, aparece la montaña coronada de una numerosa caravana, al parecer de armenios; serán más de cuatrocientas personas entre hombres, mujeres y niños: al bajar del monte acampan en el mismo sitio que deja nuestra caravana, rodeando el manantial que nace al lado de las ruinas del Khan.

Atravesamos la hermosa vega de Sichen; á la caida de la tarde llegamos á un valle que tiene el monte Hebal ó Elbal á la derecha, y el célebre Garicin á la izquierda; es el valle de Jacob, cerca de Sichen (Siehar) hoy Naplouse.

En el Génesis se lee que, cuando Jacob volvió de la Mesopotamia con su familia, compuesta de doce hijos, once varones y una hembra, llamada Dina, compró este campo á los hijos de Hemor, y habitó en él. Sorprendida y ultrajada la hija de Israel por un torpe mancebo de la ciudad, los hermanos de la víctima, Simeon y Leví, ardiendo en sed de venganza, mataron al mancebo con toda su parentela, y dieron fuego á la ciudad. Desgarrado el corazon de Jacob, no solamente por la desgracia de su hija, sino por la perfidia con que se vengaron sus hijos, abandonó este campo y plantó sus tiendas en Bethel.

Aquí tuvo lugar aquella tierna escena que refiere San Juan, cuando Jesus, fatigado del camino, se sienta junto al pozo de Jacob, y pidiendo agua á la Samaritana, le declara que él es el verdadero Mesias.

Este sitio es conocido hoy por los cristianos con el nombre de *Fuente de la Samaritana*.

Me sorprende la conducta que observa la caravana, pasando adelante sin detenerse un momento, al ménos por los antiquísimos y dulces recuerdos que inspira este lugar.

Semejante conducta es tanto más estraña, cuanto que en nuestra caravana hay sacerdotes que han venido de mil y de dos mil leguas por visitar la Tierra Santa. No pudiendo resistir el deseo de tocar este sitio, me apeo junto al pozo.

Mis amigos Enrique Ledieu y Oscar Cosserat hacen lo mismo. Mi caballo se escapa tras de la caravana. Ledieu busca en el *Nuevo Testamento* el *Evangelio de San Juan*, lo lee en alta voz y seguimos el camino, yendo á pié yo hasta alcanzar á mi caballo.

Atravesamos la ciudad de Naplouse (Neapolis), y acampamos fuera de puertas, en un frondoso bosque cubierto de hermosos jardines: un

arroyo caudaloso corre á pocos pasos del campamento.

Muchas veces me lamento de mi ignorancia, sintiendo no poder, ó no saber, anotar los encantos que ofrece un sitio como este.

Sábado 10 de Abril.

La casualidad nos favorece hallándonos en Naplouse hoy sábado, fiesta de los samaritanos. De madrugada, reunidos varios individuos de la caravana, penetramos en la ciudad, atravesamos infinidad de calles estrechas, y llegamos á la puerta de la sinagoga de los samaritanes en el momento de hallarse estos haciendo oracion. Todos los concurrentes visten túnicas blancas, están sentados en el suelo al uso oriental mirando á Garizim, y al compas de un movimiento continuo con la cabeza, entonan á una voz un cántico precipitado. Un jóven samaritano se acerca á la puerta, y nos presenta el libro del *Pentateuco* que, en opinion de los samaritanos, es el mismo qne recibieron en tiempo de Manasses cuando se separaron de los judíos. Al decir que es el mismo libro que recibieron en tiempo

de Manasses, comprendo yo que el contenido de este libro será lo mismo que el del antiguo; pero si la idea de los samaritanos es de que es el *mismo libro*, no puedo creerlo. Manasses vivió más de seis siglos ántes de Cristo, y ¿cómo han podido conservar el mismo libro en el trascurso de tanto tiempo? Veo el libro desplegado, y me parece debe arrollarse en dos cilindros de métal que tiene por los lados. Sabido es que los libros de los antiguos eran de pergamino, ó de papel de Egipto, que envolvian en un cilindro de madera. No recuerdo dónde he leido que los antiguos escribian en planchas de madera y de piedra. En una nota de la *Biblia*, traducida por el padre Scio, capítulo XVII del libro IV de *Los Reyes*, se esplica el orígen y culto de los samaritanos. Mucho me sorprende que esta secta haya podido llegar hasta nuestros dias. Al salir de la sinagoga, atravesamos un patio interior, dejándose ver dos mujeres jóvenes de hermosa figura á traves de una reja; su aspecto risueño y sus miradas indican deseo de conversacion: dudo que estas jóvenes sean mahometanas, las cuales ocultan el rostro.

Nuestro campamento está situado al pié del

Garizim: en este monte pretenden los samaritanos que es necesario adorar á Dios, donde los patriarcas le habian adorado; pero los judíos querian que no se le ofreciesen sacrificios sino en el templo de Jerusalen. Por esto Jesus, hablando á la Samaritana, la dijo: «Mujer, créeme, que viene la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalen, adorareis al Padre».

Por lo poco que he podido observar al recorrer de prisa las calles de la ciudad, me parece que Naplouse es un pueblo industrial, y que debe de tener fábricas de tintes.

Seguimos la marcha atravesando bosques bastante espesos, y en dos horas llegamos á Sebaste, antigua capital de la Samaria, edificada sobre una elevada colina. He tocado algunas de las muchas columnas del palacio de Heródes, que aun existen en pié. Cuando Heródes, tetrarca de la Galilea, mandó cortar la cabeza de San Juan Bautista á peticion de una bailarina, los discípulos del Bautista enterraron su cadáver en Sebaste. Los cruzados edificaron una iglesia, cuyas ruinas se conservan en estado de que sólo falta la bóveda principal. Por una ventana alta, y agarrándome con fuerza á la pared, he podi-

do penetrar en la iglesia; hay en el centro una especie de capilla con escalera á un subterráneo, y al acercarme á este sitio queriendo examinarlo, aparece por la puerta principal un árabe que se dirige hácia mí dando gritos. Echo á correr, y subo por las paredes hasta la ventana por donde he penetrado.

Sebaste, llamada tambien Samaria, fué la capital de los reyes de Israel. ¡Qué escenas han pasado aquí!

Al bajar la cuesta de Sebaste, el capataz Schembri da la voz de ¡Alto!

Estamos en un campo sembrado; un arroyo pasa por el centro; al frente se ve una colina pendiente con un sendero estrecho. El capataz nos hace presente que, teniendo que atravesar la caravana por el centro de algunas aldeas, cuyos habitantes tratarán de inquietarnos, procuremos no separarnos. La caravana se divide en dos grupos distantes muy poco uno de otro, colocando en medio las caballerías que conducen los bagajes. Corre la voz de que, si nos vemos insultados ó amenazados por los habitantes de las aldeas, pasemos adelante al trote sin contestar á ninguna de las provocaciones que nos dirijan.

En efecto, al llegar á la primera aldea salen los chiquillos gritando: «¡Giaurs, giaurs!» Y nos apedrean. Los padres de tales pillastres observan contentos de las azoteas la diversion de sus hijos. Monsieur Puget levanta un revolwer, y hacemos que lo retire.

Descansamos dos horas en un olivar. Durante el almuerzo se acercan algunas pobres mujeres y niños; ofrezco á éstos un pedazo de pan y lo rechazan. Monsieur Brusson, teniendo que separarse á pocos pasos de la caravana, se ve acometido por las mujeres pidiéndole *bakchis*, y le arrancan el pañuelo de la corbata; Brusson echa mano al estoque para recobrar su pañuelo, que, una vez en su poder, lo regala á las mujeres. Descúbrese á lo léjos la aldea de Sanur sobre una elevacion que domina una pequeña laguna: dícese que es el lugar de la antigua Bethulia, patria de Judith, la célebre heroina que cortó la cabeza de Holofernes.

A las cinco de la tarde llegamos á Djennin; acampamos á un tiro de bala del pueblo, cerca de un riachuelo cubierto de altas palmeras. La vista que ofrece este sitio es una de las más deliciosas. Nuestras tiendas de campaña se le-

vantan al pié de una colina, en el sitio en que comienza la inmensa llanura de Esdrelon, perdiéndose en el horizonte á manera del mar. Las mujeres y los niños del pueblo se acercan al campamento, rodean á nuestro cocinero, observando hasta sus más pequeños movimientos en el guiso de las viandas. Dispuestos á tener una tarde de recreo, nos lavamos en el riachuelo, y nos paseamos por este hermoso vergel, que tanto deleita la vista, llamado por algunos viajeros *La fuente de los jardines*. Ya de noche entramos en la tienda comedor alegres y bulliciosos; pero bien pronto un incidente inesperado viene á turbar nuestro contento. A lo mejor de la cena, se levanta de repente la cortina de la tienda y aparece un hombre de aspecto siniestro, que se adelanta hasta tocar con la mesa sin soltar la pipa de sus labios. Otros dos individuos se detienen á la entrada. El hombre de la pipa larga habla á nuestro capataz, este le replica con viveza, y todos estamos pendientes de sus labios, impacientes por conocer el objeto de una visita tan impolítica. El capataz nos dice: «El árabe que se halla presente es el jefe de una partida que ha quedado en la montaña que domina nuestro

campamento: el objeto de presentarse solo el jefe, se reduce á manifestarnos el deseo de hacer esta noche la guardia del campamento con su partida, mediante el pago de veinte francos por persona». Al oir semejante pretension, todos nos incomodamos, despidiendo al inoportuno recaudador de contribuciones, dispuestos á no transigir, y á defendernos si llega el caso. El jefe árabe se retira cabizbajo. El capataz nos hace observar que, estando nuestro campamento dominado por los árabes, y siendo la noche oscura, mal podremos defendernos, por grande que sea el valor de la caravana. Con las observaciones del capataz viene la reflexion, sigue el recelo, y en seguida el miedo.

No tiene maldita la gracia el morir asesinado por esos bandidos. Discurriendo sobre el mejor modo de no dejarnos sorprender, se dispone que cuatro individuos armados se coloquen de centinela á corta distancia del campamento, separados los unos de los otros. En el acto se coloca un sombrero sobre la mesa, se echan suertes para el reparto de las horas, y queda establecida la guardia. A Duque Uribe le cabe en suerte la primera hora de centinela; le acom-

paño, por no dejarle solo. A pocos pasos del campamento se hallan los almocrebes, ó arrieros, de la caravana, sentados y formando corro al rededor de una gran fogata; sin que ellos puedan distinguirme, me arrastro por el suelo hasta cerca de la fogata, y veo al jefe de los árabes conversando con los almocrebes. Inmediatamente vuelvo al campamento, hablo á Schembri, se llama al presidente, y se dispone llamar tambien al árabe, quien, despues de mil rodeos, acepta la oferta de dos francos por persona.

A una señal del jefe bajan los árabes de la montaña y rodean el campamento, dispuestos á hacer la guardia.

Nos retiramos á nuestras tiendas, dejando encendidos los faroles. Colocados los árabes á corta distancia uno de otro, dan sin cesar la voz de ¡Alerta!, de una manera tan desentonada, que no hay paciencia de sufrir semejantes alaridos. El doctor Barbey, que tiene su catre al lado del mio, se levanta furioso, sale en camisa de la tienda y agarra al primer árabe que se le presenta, diciéndole en frances: «Bárbaro, salvaje, calle usted». El árabe tan bruscamente acometido,

muy léjos de comprender el frances, se cree amenazado por el cristiano; comienza á dar gritos, y se alborota el campamento. Al ruido se despierta asustado Mr. Puget, y colocándose de rodillas sobre el catre, empieza á gritar: «Don Álvaro, ¡los beduinos! ¡Que vienen los beduinos! ¡Mire usted los beduinos!»

Trabajo me cuesta el tranquilizar á mi amigo.

¡Qué noche hemos pasado!

Domingo 11 *de Abril.*

El señor presidente de la caravana celebra el Santo Sacrificio en su tienda, sobre un altar portátil.

Al punto de las nueve se toca la señal de montar á caballo, y entramos en la hermosa llanura de Esdrelon, célebre en la Sagrada Escritura por las guerras de los filisteos. Aquí confinaban la Galilea y de Samaria.

Segun caminamos, se descubre al frente el monte Hermon; Gelboe, donde murió Saul, á la derecha; y el Carmelo á la izquierda. Antes de llegar al término de la llanura, se descubre el Tabor. ¡Qué recuerdos se agolpan á mi memo-

ria al contemplar estas montañas! Encontramos algunos campamentos de beduinos rodeados de innumerables bandas de cigüeñas. Pico espuelas á mi caballo, corriendo á todo escape tras una banda de gacelas sin poder alcanzarlas á tiro.

A la una de la tarde comenzamos á subir una cuesta árida: no encuentro un palmo de sombra donde resguardarme del calor que me sofoca. Echo pié á tierra, y me siento á la sombra de mi caballo. Un criado de la caravana me ofrece aguardiente y lo encuentro muy caliente. Más adelante encontramos un manantial, y saciamos la sed.

De dos á tres de la tarde llegamos á Nazareth; al entrar en la Casa Nuova me siento indispuesto. Sin duda el aguardiente, el agua, el calor sofocante, y la fatiga de la correría siguiendo á las gacelas, me han causado el mal. Acostado en la cama me aburro al momento y, suceda lo que quiera, me lanzo á la calle.

Me dirijo á la Iglesia, bajo á la gruta, y adoro á Jesus y María, doblando mis rodillas en el mismo lugar de la Encarnacion.

Al besar el suelo, debajo del altar leo esta inscripcion escrita en una piedra de mármol:

VERBUM CARO HIC FACTUM EST. «Aquí el Verbo se hizo hombre.»

Aquí, en el sitio que pisan mis piés, el Hijo de Dios tomó nuestra humanidad en el seno purísimo de una Vírgen.

Despues de haber besado con mis labios el lugar donde nació Jesus; despues de haber tocado con mis manos la peña del Gólgotha; despues de haber reclinado mi frente sobre la losa del Santo Sepulcro; despues de haber pisado el sitio donde se elevó al cielo, sólo me faltaba tener la inefable dicha de doblar mis rodillas sobre el lugar que habitó María al hacerse Madre de Dios. ¡Bendito sea el Señor por tanto favor!

Presento una carta de recomendacion á Fr. Joaquin Martinez, médico y boticario del convento, y me recibe como un padre recibe á su hijo á quien ama entrañablemente. Le refiero el estado de mi indisposicion, pasamos á la botica y me prepara un vaso de limonada gaseosa, que me sabe perfectamente. Hace mas de treinta años que Fr. Joaquin reside en Tierra Santa; fué boticario en el convento de San Salvador de Jerusalen, y cumplido el tiempo de su permanencia (si no estoy equivocado, creo son siete años

los que prescribe la Orden) debia regresar á España, en compañía de otros quince religiosos. Los ruegos de sus superiores y compañeros, su profesion de médico, pues no habia otro entre los religiosos, le hicieron detener en Jerusalen, de donde pasó á Nazareth, y se halla aquí bendecido y venerado por todos los árabes del pueblo y sus cercanías. Los quince compañeros que regresaban á España fueron bárbaramente asesinados en el mar, no léjos de las costas de Chipre. Lamartine y Mislin refieren este hecho.

En Nazareth es donde Jesus pasó la mayor parte de su vida. Sabido es que la casa de María, en la cual fué encarnado el Hijo de Dios, fué trasladada á Dalmacia, y despues á Loreto. El sitio que ocupaba la casa es hoy una gruta, á la cual se baja por una hermosa escalera de mármol. Sobre la gruta se levantan la iglesia y el convento de los franciscanos. En el fondo de la gruta hay un altar con un hermoso cuadro que representa la Anunciacion; el cuadro tiene la misma forma de los que he visto en los templos del culto griego cismático. Una columna de granito color oscuro señala el sitio que ocupaba el án-

gel Gabriel cuando saludó á María; y otra columna, á un paso de la primera, indica el puesto de la Vírgen: esta columna se halla rota como á dos piés del suelo, de modo que un pedazo, descansa sobre el pavimento, y el otro pedazo, que es el mayor, se halla suspendido del techo de la gruta. La iglesia es buena, y su forma es diferente de cuantas he visto hasta ahora; el altar mayor está muy elevado.

Lo mismo que en Jerusalen y Belen, tambien en Nazareth se celebra todas las tardes una procesion dentro de la iglesia, leyéndose el evangelio que dice: «El ángel Gabriel fué enviado de Dios á una ciudad de Galilea llamada »Nazareth, á una Vírgen desposada con un varon »que se llamaba José, de la casa de David, y »el nombre de la Vírgen era María». Despues de la procesion se leen varias oraciones, una de ellas por la reina Isabel, y siento grande satisfaccion, porque en Jerusalen sólo he oido el *Domine salvum fac imperatorem Napoleonem.*

Visito la capilla que se halla á corta distancia del convento, en la cual se venera una piedra en forma de mesa que sirvió á Jesus y sus discípulos. Se lee en una inscripcion latina que este

sitio fué santificado por la presencia de Jesus ántes y despues de la Resurreccion.

12 *de Abril.*

He comulgado en la gruta de la Anunciacion.

Fray Joaquin Martinez me acompaña á la sinagoga, en la cual un sábado, enseñando Jesus al pueblo, leyó la profecía de Isaías: *Spiritus Domini super me;* y fué echado por los judíos, y conducido á lo más alto de un monte para arrojarlo por un precipicio. El P. Geramb dice en su *Viaje* que esta sinagoga pertenece á los griegos cismáticos; Mislin la llama iglesia de los armenios, y á mí se me ha asegurado que es de los griegos unidos católicos. Hoy es una capilla no muy grande; en la entrada veo una escuela de niños, separada por una balaustrada de madera. A una distancia de cinco minutos del pueblo está la fuente de María, y un poco más arriba se halla el manantial, dentro de un edificio de los griegos cismáticos.

Volviendo al pueblo, entramos en la tienda, ó taller, de San José: de la antigua iglesia que habia en este lugar, sólo queda una pobre capi-

lla con un cuadro que representa la Sagrada Familia.

Dícese que el esposo de María ejercia en este sitio su oficio de carpintero. No se sabe el lugar de su nacimiento ni el de su muerte; nada dicen de él los evangelistas, despues de lo que refiere san Lúcas cuando, en compañía de su Esposa, halló á Jesus en el templo de Jerusalen. La opinion más admitida es que José habia muerto ántes que el Señor diese principio á la predicacion del Evangelio.

Nazareth está edificada sobre la pendiente de una montaña, en forma de anfiteatro; su poblacion no pasará de tres mil habitantes: la mayor parte se compone de cristianos latinos, griegos y maronitas. Me parece que los mahometanos están en gran minoría. Un jóven mahometano me invita á entrar en la mezquita, indicándome quite los zapatos: no entro. A la entrada del pueblo hay un edificio grande: es un khan turco.

Desde el momento que llegué ayer á Nazareth, observo en mí cierta sensacion de alegría, que no acierto á esplicarla; creo hallarme en un pueblo de Europa.

Aunque no entiendo el árabe, se me figura que los habitantes de Nazareth son amables, por las finas y atentas maneras de saludar; sus trajes y hasta sus fisonomías son muy diferentes de todo lo que he visto en Palestina. Las mujeres llevan la cara descubierta, y generalmente son bellas; al pasar no ocultan el rostro como las sucias samaritanas. Ando solo por las calles, y he entrado en casa de un tejedor examinando sus telares, sin que nadie me diga una palabra. Pido un poco de trigo á una jóven ocupada en limpiarlo, y me ofrece cuanto quiero. En Nazareth creo hallarme entre los mios. ¿Por qué tanta diferencia en el carácter y costumbres de un pueblo á otro, en tan corta distancia, y en un mismo pais? Anteayer nos apedrearon al atravesar pacíficamente dos pueblos, y hoy vemos en Nazareth caras risueñas que nos demuestran afecto. ¡Ah! Los nazarenos son cristianos, y sólo el Cristianismo puede hacer buenos y sociables á los hombres. Al ver estos últimos dias á los samaritanos que volvian la cara, por no contaminarse con la vista de un cristiano, no sé si me causaban ira ó compasion.

Por la tarde asisto á la procesion de los fran-

ciscanos, y en seguida varios individuos de la caravana nos dirigimos á la montaña del Precipicio. Poco ántes de llegar al monte, veo á mi derecha unas águilas que vuelan de peña á peña, y queriendo alcanzarlas á tiro, voy siguiéndolas hasta la cumbre de otro monte, que cae sobre la llanura de Esdrelon. Distraido con las águilas y con la vista de la bella llanura, quedo separado de mis compañeros, y llega la noche á sorprenderme distraido, contemplando á Esdrelon. Ya de noche, llego á un sendero por el que veo dirigirse á unos labradores en direccion de Nazareth, y los sigo hasta entrar en el pueblo.

13 de Abril.

Escursion al Tabor y Tiberiades.—A las seis de la mañana nuestra caravana se pone en marcha para el monte Tabor. El camino no es tan malo como lo pintan algunos viajeros, ni tampoco el sendero del Tabor, puesto que lo subo perfectamente á caballo. A la derecha se halla la aldea de Débora, en la que Sísara fué muerto por Jael. Mi amigo Ledieu mata una águila, cuyas plumas se reparten para adorno de los sombreros.

A las nueve llegamos á la cumbre del monte. Inmediatamente nos dirigimos á una especie de cueva, ó capilla, donde, segun tradicion, tuvo lugar la Transfiguracion del Señor. Arreglamos con piedras el sitio para colocar dos altares; los sacerdotes de la caravana celebran el santo sacrificio, y ayudo yo la primera misa que dice el señor presidente.

Dejando á mis compañeros en la capilla, busco el punto más elevado del monte, atravieso por entre zarzas, y tomo asiento sobre unas ruinas que supongo serán las del antiguo monasterio. A todas partes dirijo mi vista. El dia es bueno y el cielo está despejado. Saco del bolsillo mi librito de memorias, y no sé qué anotar, porque mi vista se deleita gozando de tan hermoso panorama. A mi izquierda veo la inmensa llanura de Esdrelon, el pequeño Hermon y Gelboe. En frente el monte Carmelo y algunas millas del Meditárraneo. A mi derecha la llanura de Hittin y la montaña donde el Señor dirigió la palabra al gentío que le seguia y le esplicó las Bienaventuranzas. Volviendo la vista se descubre el lago de Genezareth y las orillas del inolvidable Jordan. ¿Podrá presentarse cuadro más

bello y de más dulces recuerdos que el que contemplan mis ojos?

Mucho se ha pintado la hermosura del Tabor, y nada encuentro exagerado. Mislin exclama: «El monte Tabor se eleva bácia el cielo como un altar sublime, resplandeciente de gloria, fundado por el Eterno para la manifestacion de su Hijo». La altura del Tabor, segun Russeger, es de 1,755 piés sobre el nivel del Mediterráneo y 2,380 del lago de Tiberiades. En la cumbre del monte hay una llanura como de media hora de circunferencia. El lado del monte que mira á Nazareth está cubierto de un espeso bosque con árboles floridos que espiden un olor muy agradable. Aunque el evangelista no dice el nombre del monte donde se transfiguró el Señor, siempre se ha tenido como constante tradicion de la Iglesia que fué el Tabor. Hé aquí lo que refiere San Mateo, cuando Jesus tomando consigo á Pedro, Santiago y Juan los llevó al monte: «Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol: y sus vestiduras se pusieron blancas como la nieve. Y aquí les aparecieron Moisés y Elías hablando con Él. Tomando Pedro la palabra, dijo á Jesus: Señor,

bueno es que nos estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías». Estoy conforme con la opinion de Pedro: de buena gana me quedaria yo aquí por algun tiempo.

Y cuál seria la sorpresa de Pedro, que «aun »estaba hablando cuando vino una nube lumino»sa que los cubrió, y oye la voz del Padre que »dice: Este es mi Hijo, el amado, en quien Yo »mucho me he complacido: á Él escuchad». El eco de esta voz ha resonado en todos los ámbitos de la tierra, y haz, Dios mio, que todos los hombres la escuchen.

Almorzamos á la sombra de un copudo árbol, y á la una empezamos á bajar del monte. Es tan escesivo el calor, que nos vemos obligados á suspender la marcha, parando al pié de la montaña. Antes de volver á partir, cada uno discurre el mejor modo de ponerse á cubierto de los rayos de un sol abrasador: yo corto ramas de un árbol, y las sujeto á mi sombrero hongo con dos pañuelos blancos.

Al atravesar una llanura en direccion de Tiberiades, encontramos ruinas de un edificio rodeadas de algunos árboles, que nacen en un char-

co de agua sucia, en el cual dos mujeres beduinas lavan la ropa.

Bebemos agua que sale por las grietas de una pared alta. Un numeroso rebaño de ganado vacuno se halla pastando en la llanura. Se divisan algunos ginetes con lanzas extraordinariamente largas.

Al anochecer entramos en Tiberiades; sobre una pequeña altura que domina la ciudad encontramos levantadas nuestras tiendas de campaña, junto á un castillo ruinoso. El presidente recuerda á la caravana lo inconveniente que seria el bañarse esta noche, por cuanto con la fatiga y el cansancio del dia puede causarnos daño. Yo, faltando á los buenos consejos del presidente, bajo solo y callandito al lago; al entrar en el agua oigo una voz que me dice en frances: «Cuidado con la ropa, que se la van á robar; déjela V. á la orilla». Esta advertencia viene del príncipe Cárlos y su comitiva que se bañan en el lago.

Al subir al campamento me llaman á la tienda del presidente, en donde encuentro dos judíos: uno de ellos dice ser vicecónsul de Francia; ignora el frances y habla el español, por cuyo

motivo sirvo de intérprete. El vicecónsul se presenta á ofrecer sus servicios á la caravana.

De Nazareth á Tiberiades habrá siete leguas próximamente.

Tiberiades 14 *de Abril.*

A las cinco de la mañana me baño en el lago. En la Sagrada Escritura se le da el nombre de lago de Genezareth y mar de Galilea: tiene cinco leguas de largo y dos de ancho; su nivel sobre setecientos piés más bajo que el Mediterráneo.

Seria cosa interminable citar todos los acontecimientos que han tenido lugar á orillas de este lago, tantas veces santificado con la presencia de Jesus y sus discípulos. El Nuevo Testamento refiere que aquí se levantaban la ciudad de Capharnaum, en la cual Jesus fijó su residencia viniendo de Nazareth, y comenzó á predicar el Evangelio; y Betsaida, patria de san Pedro. Paseándose Jesus en esta ribera llamó á Pedro y Andres, que estaban pescando, y hace lo mismo con Santiago y Juan, que estaban en un barco de su padre reparando las redes.

Despues de la Resurreccion del Señor, hallándose varios discípulos pescando, y como no hubiesen pescado nada en toda la noche, les apareció Jesus en la playa, y sucedió la pesca milagrosa que refiere San Juan, cuando Pedro conoció al Señor, y lleno de fe se arrojó al agua.

Muchísimo han cambiado las orillas del célebre lago desde la época de Jesus. Segun Josefo, quince ciudades se levantaban en Genezareth, adornadas de la más bella y rica vejetacion, y la naturaleza prodigaba toda clase de frutos en las diferentes estaciones del año. Yo ni he visto ni leido el Talmud, el cual parece que dice: «Si hay un paraiso en la tierra, este es el de Genezareth». Creo que este país en manos de un pueblo cristiano seria un paraiso; pero en poder de esta raza degenerada jamás pasará de lo que es hoy.

Entro en la ciudad, cuyos edificios son bajos y de aspecto pobre; fué edificada por Heródes en honor del emperador Tiberio, dándola su nombre, Tiberiades. Hay una casa convento con tres religiosos italianos: uno de ellos habla el español. La iglesia es muy pobre; está bajo la advocacion de San Pedro: un cuadro, colocado

en el altar, representa al apóstol recibiendo las llaves de manos del Señor.

Por la tarde visito los baños termales distantes una legua de la ciudad, á orillas del lago. En el camino mato un gallo montés, y de vuelta en el campamento me baño en el lago. En ninguna parte he sentido un calor más sofocante que el de hoy.

Juéves 15 *de Abril.*

Son las cinco de la mañana y partimos. A las dos horas de marcha paramos en el campo donde Jesus alimentó milagrosamente á un crecido número de pueblo que se hallaba hambriento, cuyo milagro es conocido con el nombre de la multiplicacion de los panes. Continuando la marcha atravesamos un campo de tristes recuerdos para el ejército cristiano: es el campo de Hittin, donde pereció lo más florido de los cruzados; y si mal no recuerdo, aquí se perdió la verdadera cruz, de la cual se apoderó Saladino. Subimos á la colina ó monte de Hittin, en donde Jesus, sentado con sus discípulos, que poco ántes escogiera, les enseña la perfeccion evangélica, y

en lo que consiste la verdadera bienaventuranza.

Este sitio es conocido con el nombre de «Montaña de las Bienaventuranzas» (Kurn-Hittin).

Llegamos á Cana (Kefr-Kenna) y penetramos en un espeso bosque de granados á la derecha del camino; junto á este camino se levanta un árbol grandísimo, cuyo corpulento tronco sirve de apoyo para un altar, en el cual nuestro presidente celebra el santo sacrificio. La caravana forma un semicírculo en frente del altar; algunos hombres y muchachos, atraidos por la novedad, se colocan sentados en el suelo cerca del sacerdote, observando con atencion sus ceremonias, y guardando el mayor respeto y compostura. ¡Qué cuadro tan bello! Se siente un no sé qué imposible de describirse.

Mientras nuestro cocinero prepara el almuerzo, doy un paseo por el pueblo, visito una especie de iglesia ó capilla griega, que es el sitio en donde se celebraron las bodas á las cuales fué convidado Jesus, y á ruegos de su Madre hizo el primer milagro, convirtiendo el agua en vino.

Al volver al bosque á reunirme con mis compañeros, un grupo de muchachas jóvenes y alegres se echan á reir á carcajadas, dirigiéndome la vista; sin duda mi traje europeo les causa risa. Indeciso sobre qué partido tomar, si incomodarme ó reirme, hago lo segundo acercándome á las jóvenes alegres.

Ellas me hablan, y yo no las entiendo, de modo que me veo obligado á representar el papel de mudo, valiéndome del recurso de las señas. Indico con la mano la direccion del mar, como dando á entender que hácia allí está mi país. Tanto ellas como yo nos reimos sin saber por qué; todas me dirigen la palabra, y mi contestacion se reduce á levantar los hombros y reirme. Estas jóvenes tienen el labio superior pintado con marcas ó señales de tinta azul, y he oido decir que son signos que espresan la edad de su nacimiento. Ignoro si esto es verdad. Antes de separarme, las doy á entender me regalen un brazalete de los muchos que llevan en sus brazos. Al momento comprenden mi peticion, se miran unas á otras, hablan como en consulta, y de repente todas comienzan á sacar sus brazaletes. Acepto sólo uno, y me retiro con el senti-

miento de no poder manifestarles de palabra mi gratitud.

De Cana á Nazareth tardamos hora y media, llegando á las dos de la tarde.

Nazareth 16 *de Abril.*

Hoy es dia de descanso. Algunos de mis compañeros se sienten indispuestos por la fatiga y cansancio de estos dias. Yo no pierdo un momento recorriendo la ciudad y sus cercanías, porque Nazareth es el punto que más me agrada. Paseándome solo por una eminencia que domina el pueblo he estado á punto de sufrir un tropezon: he encontrado una cisterna al nivel de la tierra; la entrada es un circulo casi oculto con la yerba que crece al rededor; dentro tiene la forma de un horno bastante profundo. Al aproximarme á la boca de la cisterna, han salido dos palomas y algunos pájaros rozando con mi cara.

Paso un rato largo de la tarde en la gruta de la Anunciacion, sentado en un banco casi oculto á la derecha del altar: algunas lágrimas se escapan de mis ojos... son lágrimas de contento.

Sábado 17 de Abril.

Los religiosos franciscanos de Nazareth no solamente dan hospitalidad á los peregrinos católicos, sino tambien á todos los viajeros cualquiera que sea la religion á que pertenezcan. Hay en la Casa Nuova un album, en el cual peregrinos y viajeros acostumbran dejar escritas unas cuantas notas de las emociones que han esperimentado en sus viajes. No recuerdo haber escrito nunca mi nombre en ningun album, y hoy es la primera vez que lo hago, para dejar consignada mi gratitud á unos hombres que, léjos de su patria, pasan la vida haciendo bien á sus semejantes.

Ademas, leo en el album los nombres de dos caballeros españoles que me son conocidos: los señores conde del Valle y su hermano don Antonio María de Múrua. ¡Ay, qué pocos, qué raros son los nombres de mi querida patria estampados en este humilde libro!

¿Qué escribiré? Lo que el corazon me dicte.

«Al dejar, tal vez para siempre, la tierra »santificada con las huellas del Salvador, me

»creo obligado á manifestar mi eterna gratitud »á los padres de San Francisco, por la acogida »filantrópica que me han dispensado en todas »partes. En el cielo hallarán el verdadero pre- »mio de su caridad evangélica.

»¡Adios, Nazareth! María, madre mia, acor- »daos de vuestro hijo que os ama *Alvaro Ro- »bledo*.

»Nazareth, 17 de Abril de 1858.»

A las cinco y media de la mañana montamos á caballo, pasamos por la fuente de la Vírgen, y en una hora llegamos á Séforis, ciudad en que, segun tradicion, habitaron Joaquin y Ana, padres de la Santísima Vírgen.

Se ven las ruinas de una iglesia edificada por Santa Elena. En todas partes ruinas, en todas partes recuerdos de la piadosa madre de Constantino.

Durante la dominacion romana, Séforis era una de las ciudades más fuertes de Galilea.

El terreno que atravesamos está bien cultivado: hay hermosos prados y bosques muy frondosos. Paramos á almorzar en un arbolado: hay un manantial caudaloso: aquí se despiden y regresan á Nazareth dos franciscanos

que han querido hacer el obsequio de acompañarnos.

Proseguimos la marcha por una extensa llanura, de la cual descubrimos el edificio convento del Carmelo, á manera de un castillo. Poco ántes de llegar á Caipha, á la orilla del mar, se detiene la caravana sin poder pasar adelante: un rio nos impide el paso. Se consigue echar una cuerda, sujetándola á las dos orillas, y atravesamos el rio en una barcaza. Magníficas palmeras se levantan á pocos pasos del mar. Atravesamos á Caipha, subimos la cuesta del célebre monte, y á media tarde nos apeamos en la planicie del monasterio del Carmelo.

Pregunto á un religioso si hay en el convento algun español. Me contesta que hay tres, entre ellos un vizcaino, fray José Andres de Irazazabal, de Larrabezua. Me dan las señas de su celda, echo á correr por los corredores, y saludo á mi paisano. Al decirle que soy vizcaino, Irazazabal me habla en vascuence, recordando con placer la lengua de su juventud. Nuestra conversacion se reduce á hablar de nuestro país y de nuestros amigos. ¡Con qué placer recordamos las cosas más insignificantes de nuestra pa-

tria ! Habla uno , y maquinalmente dirige su vista por la ventana hácia el mar, como diciendo en su corazon: ¡ Allí está !

El monte Carmelo , segun Mislin , tiene cinco leguas de longitud de S. E. á N. O. ; su elevacion más alta es de dos mil piés sobre el Mediterráneo.

El monte termina en el mar, formando un promontorio, sobre el cual está edificado el convento en una elevacion de quinientos veintiocho piés. Dícese que en toda la montaña no hay más habitantes que algunos pocos drusos y beduinos esparcidos por la llanura. Desde la planicie frente del convento se domina una inmensa extension de mar, el golfo y la ciudad de San Juan de Acre. El convento es nuevo, sus puertas estan forradas con planchas de hierro, y las ventanas tienen rejas de lo mismo.

En el centro del edificio se halla la iglesia; debajo del altar mayor , al cual se sube por dos escaleras laterales, se venera la gruta del profeta Elías. Más de una vez me he lamentado en silencio de que en algunas iglesias nuestras se encuentre desamparada del buen gusto la devocion al colocar en los altares imágenes no tra-

bajadas cual corresponde á lo que representan. Pero en el Carmelo se llena el alma de gozo y de ternura, contemplando sola, en el altar mayor, la hermosa imágen de María. La sencillez en los adornos de esta iglesia produce un conjunto de suma hermosura y elegancia.

No se ve en las inmediaciones del convento ningun otro edificio más que una casa levantada por Abdalla, con las piedras del antiguo monasterio destruido por el bárbaro bajá.

En el Carmelo 18 *de Abril.*

A las diez y media un sacerdote de la caravana celebra la misa; concluida esta, se canta el *Te Deum*. Desde este momento queda disuelta la caravana: cada uno es dueño de dirigirse á donde quiera.

Por la tarde.

Llega el momento de separarse algunos compañeros de la caravana, dirigiéndose á Damasco; y queriendo disimular mi pena, me retiro acom-

pañado de mi paisano Irazazabal á corta distancia del convento. Al ver montar á caballo á Enrique Ledieu, y Oscar Cosserat, me lanzo hácia ellos, nos abrazamos y besamos tiernamente, separándonos todos con lágrimas en los ojos. Es cosa singular lo que pasa en mí desde hace algunos dias; un acontecimiento cualquiera me hace humedecer los ojos.

Parte de la caravana queda en el Carmelo hasta mañana, con el objeto de seguir la costa de la antigua Fenicia, parando en Tiro, Sidon y Beyruth.

Bajamos de paseo á Caipha; entramos en el café de un europeo; nos sirven un rico vino del Líbano, y compro una caja de cigarros puros de Malta, de un gusto detestable.

Recorriendo el pueblo, llama nuestra atencion un edificio nuevo, por su forma de iglesia aun no terminada. Penetramos en él, acercándonos á una especie de altar, cuyo Sagrario está abierto. Nuestro compañero el cura Reynier registra el Sagrario, y saca el pan (no sé si debo decir consagrado), que se compone de unos pedacitos cuadrados, color oscuro. El cura Reynier se lamenta de semejante abandono, coloca las

Formas ó pedacitos de pan dentro del Sagrario, y nos retiramos. Este templo debe ser del culto griego.

Caipha es una bonita poblacion á orilla del mar; tiene buenos jardines y bosques de olivos, con bastantes palmeras.

Al anochecer regresamos al Carmelo.

19 de Abril.

Comulgo en el altar mayor; doblo las rodillas delante de la imágen de María; un religioso me viste el escapulario del Carmelo. ¿En qué otra parte de la tierra podré hacerlo con más satisfaccion? Antes de vestir el escapulario, he conseguido tocarlo á la imágen de la Vírgen, venciendo alguna dificultad para conseguirlo. Dejo anotados mi nombre, los de mis hijos, y de varios amigos que me dieron este encargo.

Paso á la celda de Irazazabal; me da varios encargos: especialmente me recomienda uno que no lo olvidaré. «Por momentos, me dice, aguardo la órden de partir para las misiones de la India: ¡no es fácil pueda yo volver á mi país, en donde dejé una madre anciana, á quien no vol-

veré á ver! Quiero que cuando V. regrese á Bilbao, haga V. el favor de pasar un dia festivo á Larrabezúa, visite V. á mi madre y se despida V. de ella en mi nombre». Contesto á Irazazabal que sus deseos quedarán cumplidos (1).

El presidente y otros compañeros de la caravana se quedan en el Carmelo, esperando un vapor austriaco, que debe tocar en Caipha, de paso para Beyruth. Los que nos consideramos con fuerzas para ir por tierra y resistir la fatiga, montamos á caballo al medio dia, pasamos por Caipha, y siguiendo la orilla del mar llegamos á San Juan de Acre. Más de cien camellos formados en hilera están tumbados en la puerta de la ciudad; hay en esta puerta un cuerpo de guar-

(1) Poco despues de mi regreso á Bilbao pasé á Larrabezúa, entré en un caserio donde la madre y parientes de Irazazabal se habian reunido para recibir mi visita. Fuí obsequiado del modo más afectuoso, y al despedirme de aquellas buenas gentes, estreché la mano de la madre en nombre de su hijo. El encargo del Carmelo quedó cumplido. La madre ha muerto; y el hijo predica la luz del Evangelio en la India y Cochinchina, esperando reunirse á su madre con la palma del martirio *allí* donde aun espera á sus padres nuestro paisano el apóstol Berrio-Ochoa.

dia con cuatro cañones montados. ¡Pero qué cañones!...

Nos apeamos en un espacioso khan, cuyo patio se halla cubierto de innumerables camellos que nos impiden el tránsito. En este grande edificio tienen los franciscanos un departamento separado, y una capillita casi oculta en el fondo del khan.

Aprovechamos las pocas horas de la tarde, recorriendo la ciudad. Mis compañeros entran en la gran mezquita de Abdalla, magnífico edificio adornado de fuentes y columnas de mármol, y rodeado de jardines. Mientras mis compañeros se pasean por el interior de los jardines, observo desde la puerta de entrada que no hay persona alguna en la mezquita. Me adelanto yo solo hasta tocar el lugar donde los mahometanos hacen oracion: es un círculo con una especie de púlpito de piedras blancas; la cúpula está descubierta, es decir, se ha caido parte de ella. De repente aparece por la puerta un jóven de bella figura, elegante, vestido con turbante blanco y traje talar de color pardo como morado. El mahometano queda sorprendido al verme solo en la mezquita sin quitarme los zapatos; me dirige

una mirada á los piés, y empieza á dar voces lleno de furor. Me retiro de la mezquita despacio, mirando al furioso é intolerante hijo de Mahoma, y si no me asustan sus gritos, al ménos siento algo más respeto que por el individuo del Cenáculo de Jerusalen. Espero en la calle la vuelta de mis compañeros.

Los mahometanos celebran la fiesta del Ramadan; todos los alminares de las mezquitas están iluminados con farolillos, y desde lo alto dan penetrantes voces los santones.

A falta de cama, duermo perfectamente sobre un divan del convento.

Mártes 20 de Abril.

A las seis de la mañana dejamos á San Juan de Acre. Si el interior de la ciudad, como todas las de Oriente, no agrada á los europeos, en cambio empezamos á gozar de un campo delicioso, de la hermosa llanura de Tolemaida. Atravesamos el magnífico vergel tan justamente pintado y ponderado por varios viajeros, cubierto de naranjos, limoneros, granados, higueras y altos tilos de Persia de flores muy pareci-

das á la violeta. Millares de pájaros, cuyo plumaje se compone de colores muy vivos, se levantan á nuestro paso. Por primera vez veo aquí una clase de pájaros del tamaño algo mayor que las calandrias, y que á manera de estas se remontan muy alto, dejándose caer á la llanura con un canto dulce y melancólico: el plumaje de estos pájaros es de varios colores, sobresaliendo el verde y encarnado. Pregunto el nombre, y no sé anotarlo en árabe.

Siguiendo la orilla del mar, nos detenemos un rato á corta distancia de Tiro, en Ras-el-Ain, con el objeto de visitar los pozos de Salomon.

Estos pozos son cuatro grandes albercas de agua, que nace dentro de los mismos pozos; el agua se eleva hasta nivelarse con las paredes que forman las albercas. Dícese que estos pozos son anteriores á la conquista de Tiro por Alejandro Magno, y el acueducto arruinado, que se ve al lado, conducia el agua á la ciudad. Su construccion se atribuye á Salomon. Sobre estas noticias que se cuentan á los viajeros, y he leído tambien en dos libros que llevo conmigo, me ocurren dudas que no acierto á esplicármelas. Leo en la *Biblia* que Hiran era rey de Tiro, en

tiempo que Salomon lo era de Jerusalen ; Hiran envió oficiales á Salomon para la construccion del templo. Luego Salomon no mandaba en Tiro, ni tenia hombres instruidos en la ciencia de construccion. No recuerdo al tomar esta nota si despues de Hiran, extendió ó no Salomon su dominio hasta Tiro. Ademas, cuando la destruccion completa de Tiro por Alejandro Magno, no quedó piedra sobre piedra. ¿Cómo, pues, estos pozos, llamados por todos obra de Salomon, han podido atravesar tantos siglos? ¿Acaso no podria suceder fuesen del tiempo de la dominacion romana?

Por la tarde entramos en Tiro, y acampamos en la plaza, en el puerto viejo, á pocos pasos del mar. Dos jóvenes árabes, educados por los jesuitas de Beyruth, se ofrecen á acompañarnos; estos jóvenes hablan bien el frances. Damos la vuelta al rededor del pueblo; entramos en casa del arzobispo griego-unido, á quien encontramos sentado en el suelo sobre una estera, fumando una pipa turca. El arzobispo viste túnica rayada, faja ancha á la cintura, bonete alto cilíndrico, y de su cuello penden cadena y cruz de metal de un mismo color. Nos enseña su casa pobre y sin ador-

no de ninguna clase: más bien parece un palomar que la morada de un príncipe de la Iglesia. Con las mayores muestras de amabilidad nos ofrece su casa, sus servicios y deseos de acompañarnos; y dándole las gracias nos despedimos del arzobispo para ir á ver la iglesia. Esta se halla dividida en dos departamentos; el uno en forma de coro cerrado con persianas para las mujeres, y el otro delante para los hombres. Al salir de la iglesia atravieso una calle estrecha jugando con un baston: una golondrina cae muerta á mis piés, por lo cual se incomoda, al parecer, uno de mis compañeros de caravana...

Tiro es hoy una bonita poblacion con cuatro mil habitantes, la mitad del rito griego-unido.

¡Tiro! Yo no sé lo que tiene este nombre, que al pronunciarlo la imaginacion se pierde recordando los grandes acontecimientos de la antigüedad. ¡Tiro! El emporio del comercio y de la navegacion: pocas ciudades del mundo llegaron al poder y grandeza de la famosa Tiro. De sus habitantes se dice que eran los príncipes del mar; que sus vestidos eran de púrpura y de jacinto; que su puerto estaba cuajado de buques, cuyos mástiles eran de cedro del Líbano, y sus remos

adornados de marfil. En medio de su orgullo dijo Tiro: «Yo soy un Dios, estoy sentado sobre el trono de Dios en medio de los mares».

De Tiro salieron los fundadores de Cádiz, y poblaron parte de España.

¿Y qué es hoy de la *antigua* Tiro? Miro por todas partes, y no veo otra cosa que montones de ruinas; ningun monumento subsiste en pié; en el puerto un trozo de la antigua muralla y dos ó tres barquichuelos. Infinidad de magníficas columnas de granito se hallan tendidas por la ribera, y en el sitio donde yo me encuentro veo que el mar va descubriendo á la orilla una hilera de columnas y chapiteles de mármol de diferentes colores.

De noche salgo de mi tienda, y me paseo á orillas del mar. Entre la confusion de recuerdos que se agolpan á mi memoria, uno de ellos es que, cuando era estudiante, me entusiasmaba al leer las grandezas y el poder de Tiro, figurándome no podia existir esta ciudad sino en un mundo distinto al nuestro. Hoy, al pisar con mis piés el terreno que ocupára la orgullosa ciudad, no puedo ménos de exclamar: ¿Es cierto que estoy en Tiro? ¿Dónde está tu poder y

grandeza? ¿Dónde tus naves que inundaban el mar? ¿Dónde tus palacios de oro?

Nada, nada veo... pero me engaño: veo á mi izquierda las cenizas de Tiro semejantes á un cementerio.

El profeta Ezequiel anunció la desolacion de Tiro de esta manera: «Y aconteció que en el »año undécimo, el primero del mes, vino á mí »palabra del Señor diciendo: Hijo de hombre, »porque Tiro dijo de Jerusalen: Oh, bien que»brantadas han sido las puertas de los pueblos, »á mí se volvió: me poblará, desierta está. »Por tanto esto dice el Señor Dios: hémo aquí »contra tí, oh Tiro, y haré subir contra tí mu»chas gentes, al modo que sube el mar cuando »se hincha. Y derribarán los muros de Tiro, y »destruirán tus torres: y raeré el polvo de ella, »y la dejaré como una piedra muy lisa. Tende»dero de redes será en medio de la mar, porque »yo lo he dicho, dice el Señor Dios: y será para »presa de las gentes».

Miércoles 21 de Abril.

A las seis nuestros criados recogen tiendas, y tomamos la orilla del mar en direccion de Sidon, cuya distancia será siete leguas próximamente.

A las once almorzamos á la sombra de un bosque de moreras, junto á una fuente con estanque. Mientras mis compañeros descansan tumbados en el suelo, doy un paseo por la orilla del mar, dirigiendo la vista hácia mi patria... ¡Me acuerdo mucho de mis hijos... si en este momento pudiera abrazarlos!

Siguiendo la orilla del mar se descubren vestigios de una via romana, y algunas piedras con inscripciones; una de estas con el nombre de Septimio-Severo y de su hijo Caracalla. Yo he visto las inscripciones, pero no he podido leerlas, y lo anoto, siguiendo la opinion de otros más inteligentes.

A media tarde llegamos á Sidon. Acampamos á la salida del pueblo, al lado del camino de Beyruth, á pocos pasos del mar.

Visitamos la ciudad. El vice-cónsul frances, despues de obsequiarnos en su casa con un lige-

ro refresco, nos acompaña á recorrer el pueblo, que es, como todos los de Oriente, muy bonito visto de fuera, y por dentro un laberinto de calles estrechas y sucias. Subimos al antiguo castillo de San Luis, de donde se domina toda la ciudad. Precedidos de dos genízaros del consulado, recorremos los grandes jardines fuera de la ciudad.

Sidon, hoy Sayda, fué la antigua capital de los fenicios, la que fundó á Tiro.

Dícese que la nueva ciudad se halla edificada sobre las ruinas de la antigua. Su poblacion es de siete mil almas. Sus edificios me parecen de mejor aspecto esterior y más altos que los de otros pueblos de la costa. El país que acabamos de atravesar, desde Djennin hasta esta, debe ser un país fértil y delicioso; en algunos puntos de la costa hay bosques de moreras y granados, cuyas ramas caen sobre las ondas del mar. Los puertos de Tiro y Sidon, tan conocidos en el mundo antiguo, se ven hoy tristes y abandonados: no tienen un simple muelle donde sujetar un barquichuelo. Pena y muy dolorosa causa el ver tan bello país en manos de hombres tan indolentes. ¿Qué podrán hacer estos hombres es-

clavos de una religion fanática y voluptuosa? No, la religion instituida por un hombre, y por un hombre que hace uso de su espada para imponerla á sus semejantes, no puede hacer felices á los pueblos.

Empieza á anochecer: estoy sentado sobre un sepulcro turco; con la mirada fija en la ciudad, y sobre mi rodilla el librito de mis apuntes, no sé qué anotar distraido con tantos recuerdos. Lo mismo que anoche en Tiro, mi imaginacion se pierde al considerar lo que fueron, y lo que hoy son estas dos ciudades...

Esta será la última noche que pasaré en el campamento; mañana llegaré á Beyruth, último punto de mi peregrinacion. Me encuentro muy tranquilo, si bien dos sentimientos opuestos se apoderan de mí en este momento. Por una parte, pido al cielo me conceda la gracia de regresar felizmente á mi querida patria, y la de abrazar á mis hijos. Por otra, siento una gran pena al pensar que hoy concluye la *vida del campamento;* esa vida nómada llena de encantos para un hombre que, como yo, ha pasado sus mejores años encerrado en un establecimiento comercial.

¡Ah! Que no me olvide jamás de las dulces emociones, del contento que he esperimentado desde mi llegada á Tierra Santa.

¿Qué será de este pais? No sé espresar lo que el corazon me dice: tal vez llegará un dia, quizá se ha dado ya el primer paso, en que esos alminares que se levantan á mi vista, quedarán para siempre hundidos en el polvo. La Cruz, que para la redencion de *todos los hombres* se enarboló no léjos de aquí, llegará á ser el único estandarte del género humano.

Oigo la señal, y entro en la tienda-comedor.

El cónsul de Francia y un médico de la misma nacion nos acompañan á la mesa.

Juéves 22 de Abril.

De madrugada nos dirigimos á un campo distante media hora de la ciudad, acompañados del vice-cónsul frances, quien nos enseña las escavaciones que está practicando, las cuales le han dado por resultado el descubrimiento de antiguos sepulcros romanos. Estos sepulcros tienen la misma forma de un ataud; son de piedra en una sola pieza, y otra sirve de tapa. El color de la

piedra es blanco, y su clase transparente, de modo que colocando una luz dentro de la caja se distingue la claridad á traves de la piedra.

Dentro de los sepulcros se encuentran grandes mascarones de metal, y una especie de candiles de barro, de los cuales me ofrece uno el señor vice-cónsul, y siento mucho no poder aceptarlo, cargado ya de diferentes objetos que he recogido.

De vuelta en la ciudad, entro en una iglesia católica, y en otra de los franciscanos en el momento que monseñor Brunoni celebra la misa. Monseñor Brunoni es delegado del Papa en el Líbano.

A las ocho montamos á caballo y seguimos la orilla del mar. Al salir de Sidon nos indican que á la derecha, en el interior del país, se halla el antiguo convento de Mar-Elías, en el cual permaneció lady Esther Stanhope, la célebre heroina, cuya historia refiere Lamartine en su *Viaje á Oriente*.

Dícese que, segun tradicion, el profeta Jonas fué arrojado á un punto de esta costa por el grande pez que le detuvo en su vientre tres dias.

Almorzamos en la embocadura de un rio. Hay aquí un arbolado de moreras jóvenes, y se nos prohibe la entrada, por evitar el daño que puedan causar los caballos. Buscando un sitio donde ponernos á cubierto del sol, penetramos en una especie de cueva formada de matorrales. Concluido el almuerzo, sujeto el caballo á mi lado, extiendo la capa sobre zarzas y me tumbo á descansar: me siento algo fatigado. Suena el trompetin, y á montar.

Por primera vez siento un gran cansancio; sufro sin poder seguir á mis compañeros: sin duda las carreras de esta mañana son la causa de quedarme ahora rezagado.

Al subir una cuesta cubierta de pinos, cerca de Beyruth, no puedo ya seguir adelante, me dejo caer del caballo, y respiro un momento tumbado en el suelo. Pasan por el camino dos mujeres, se detienen, me hablan y se rien. Yo no las contesto, porque no entiendo lo que me dicen, y porque me parece que en sus caras llevan retratada la *sin-vergüenza*. A las cinco de la tarde entramos en Beyruth. Aquí desaparecen los restos de la caravana; cada uno busca posada donde mejor le parece; yo me hospedo en

la fonda de Europa. ¡Una fonda! Esto ya es algo. Hoy por vez primera en Oriente entro en una fonda.

Beyruth 23 *de Abril.*

Estoy alojado en una fonda francesa, lo cual no deja de causarme cierta pequeña novedad, despues de tantos dias de correr por montañas y vericuetos. Veo sillas, mesas y demas, en fin, todo lo que constituye una casa amueblada á la europea. Mi cuarto tiene una ventana que da vista al muelle; un buque de guerra frances se halla fondeado á larga distancia. Observo gran movimiento y bullicio en el puerto.

Mi primera salida de casa es á una barbería árabe. Encuentro en la barbería un individuo que lleva por calzado unos zancos cortitos: cada uno de estos tiene dos piés, nó dos piés de altura, sino que el zanco se compone de dos piés de madera. El hombre de los zancos me hace seña de sentarme, mientras concluye de afeitar *las cabezas* de unos árabes sentados de cuclillas. Para que el barbero no se figure que yo quiero afeitar la cabeza, como sus paisanos, le hago señas imitando el corte de la tijera con dos dedos. Ya es-

tamos enterados: me corta el pelo, pero de un modo tan torpe, que parece me arranca la piel, y concluye frotándome fuertemente la cabeza con una sustancia aromática.

Me presento al señor vicecónsul de España. El señor Crolla es un boticario italiano; no habla el idioma de la nacion que representa, pero se espresa fácilmente en frances. El vicecónsul, deseando proporcionarme compañía y distraccion durante mi permanencia en Beyruth, escribe á don Cárlos Lanuza, español, residente en una casa de campo á la subida del Líbano.

La vista general de Beyruth, tomada desde el gran cuartel militar que domina toda la ciudad, es de las más bellas y pintorescas. Apartando los ojos del centro del pueblo, por todas las cercanías se ve infinidad de casas aisladas, ocultas entre bosques y jardines. Las calles próximas al puerto son anchas y aseadas; pero las del centro muy estrechas y torcidas. Distínguense algunos edificios de construccion europea. Hay almacenes de géneros ingleses; abundan los tejidos de algodon y la quincallería (1).

(1) Desde que ví á Beyruth en Abril de 1858, esta ciudad ha tenido una gran transformacion, debida á su

Llama mi atencion una hilera de árabes sentados de cuclillas; tienen delante montones de diferentes monedas, y detras un pequeño armario. Supongo que estos individuos serán cambistas de monedas.

Entre los europeos dedicados al comercio, encuentro una española casada con un italiano. María (así se llama mi paisana, que dice ser alicantina), se deshace en obsequiarme. ¡Santo Dios, qué hablar, qué charlar! Pasa un prójimo europeo por la calle y le dice: «Aquí tiene V. un paisano mio: pregúntele V. si hay en el mundo otro país mejor que España». María habla el italiano, el inglés, el frances, y el árabe. Sen-

posicion privilegiada, á su comercio marítimo, y sobre todo á los horribles asesinatos del Líbano en 1860. La poblacion se compone hoy de 80,000 habitantes, de los cuales más de 50,000 son cristianos. Sobre las pintorescas alturas que dominan la rada, se levantan en forma de anfiteatro magníficos edificios construidos á la europea. Se ha abierto un camino real (quizá el primero en Siria) de Beyruth á Damasco, cuya distancia recorren los carruajes en doce horas. En adelante será fácil la escursion al interior del Líbano. Si es justa la celebridad que goza el panorama que ofrece el golfo de Nápoles, no es para mí menor la que merece el de Beyruth.

tada á la puerta de su tienda chupa el narghilet como el más diestro musulman. No es posible anotar las exageraciones de esta mujer.

Hay en Beyruth un convento de franciscanos de Tierra Santa, otro de jesuitas, y un suntuoso edificio de lazaristas y hermanas de la Caridad, cuyo presidente don F... A... es español.

Sábado 24 de Abril.

Ha llegado D. Cárlos Lanuza acompañado de D. Juan Abargues, en cuya casa habita. El vicecónsul me ha presentado á estos señores, recomendándome al primero.

Lanuza se ofrece á acompañarme y á hacerme ver lo más notable que encierra Beyruth.

Comenzamos por visitar á D. F... A..., quien nos recibe en un gran salon adornado sólo con divanes.

A... es hombre de aspecto serio y melancólico; fué religioso en Madrid, y ¡cosa increible! ha llegado hasta olvidar completamente el español. Es tan pobre y miserable el concepto que le merece su patria, que no puede escuchar una palabra en favor de ella. Para A... los espa-

ñoles son unos pícaros y asesinos; no hacen otra cosa que comer y dormir la siesta. Semejantes palabras en boca de una persona tan respetable, de posicion tan distinguida, como presidente de los lazaristas de Siria, me causan profunda pena. «¿Qué es esto? ¿Quién es este hombre?» Pregunto á Lanuza.

Cuando los asesinatos de los frailes de Madrid, en 1834, A... se salvó milagrosamente del puñal de un asesino que le perseguia de cerca; refugiado en Francia y luégo en Siria, no ha querido hablar, ni saber una palabra de España.

En efecto, A... ignora completamente lo que es la España de hoy. A..., á quien debo suponerle un buen criterio, debia saber diferenciar una época de trastornos políticos, por los cuales han atravesado todas las naciones, con otra época normal. Los hombres de buen corazon lamentan aquellos desmanes, aquellos crímenes; pero felizmente nuestra querida patria no ha llegado aun, ni llegará con el favor del cielo, á cometer los atroces crímenes de los cuales se avergüenzan otras naciones.

Convidado á comer en casa de la alicantina,

cierra su almacen y nos dirigimos á una bonita casa de campo á orillas del mar.

Durante la comida es objeto de nuestra conversacion hablar de España.

Por la tarde me paseo por las calles y por las cercanías de la ciudad, y me despido de Lanuza hasta mañana.

Los pocos momentos que paso en la fonda, gozo desde mi ventana de la vista que ofrece el mar, y la montaña del Líbano, cuya cumbre se halla coronada de nieve.

Domingo 25 de Abril.

Despues de misa en la iglesia de los franciscanos, subo á la azotea del convento, de donde se descubre todo el espacio que ocupa Beyruth, y los buques anclados en el puerto.

He comido en casa de los lazaristas, estrañándome que el señor A... me ha obsequiado con un rico vino de Chipre. Despues de comer en el refectorio, hemos pasado al salon de los divanes, y durante la conversacion he aprovechado una favorable ocasion para manifestarle al señor A... que la España de 1858 no es la

de 1836. Al citarle el nombre de un ilustre español, que por sus virtudes y talento llegó á gozar de fama europea, al pronunciar el nombre de Balmes, el presidente de los lazaristas levanta los hombros y dice estas palabras; «*Je n'en ai rien entendu dire*»...

Voy con Lanuza á la casa que habita á la subida del Líbano. María se empeña en acompañarnos. En el camino este diablo-mujer nos desafía á montar á caballo, á disparar con bala al blanco, y embrolla qué sé yo cuánto.

Llegamos á casa de Juan Abargues y María García su esposa, patrones de Lanuza.

Esta casa es propiedad de un conde frances, destinada para el cultivo de la cochinilla.

Abargues y su esposa María me reciben con evidentes muestras de amabilidad, y me dicen que no piense en regresar á Beyruth hasta el mártes por la tarde, que debe llegar el vapor de Constantinopla, en cuyo buque regresaré á Europa.

Lúnes 26 de Abril.

María vuelve á Beyruth: más vale que se vaya y nos deje en paz.

Tomo la escopeta, recorro el campo y penetro en un bosque de pinos.

¡Qué país tan hermoso, qué prados, qué bosques, y ese pico del Líbano coronado de nieve!

Lanuza no me acompaña; anoche me hizo dormir en su cuarto. Repetidas veces le hablo de España y no me contesta; oculta con forzado disimulo los motivos que le obligan á vivir tan léjos de la patria. Hasta ahora sólo me ha dicho que ha sido redactor del periódico *La España*, y amigo de la reina María Cristina. La familia Abargues y la habladora alicantina no han contestado categóricamente á mis preguntas sobre Lanuza. ¿Qué misterio oculto hay en este hombre? ¿Quién es? Veré si puedo averiguar algo por medio del cónsul.

Por la tarde, la familia Abargues, Lanuza y yo subimos á la próxima aldea del Líbano; entramos en casa de un maronita que nos recibe cariñosamente. Sentados en el suelo al uso oriental formando corro, nos sirven agua en un jarro de barro negro, y un licor blanco. Entra el cura de la aldea seguido de su mujer (los curas maronitas son casados segun la disciplina de la Iglesia oriental; mas no por esto dejan de vi-

vir en la comunion católica); él toma asiento en el suelo, y ella permanece en pié, triste, como llorosa. Durante la conversacion, que yo no comprendo, la mujer del cura se descubre el pecho enseñándolo á todos los presentes. Pregunto á Lanuza: «¿Qué le pasa á esta mujer?» «Se lamenta, me dice, de la pérdida del hijo único que ha tenido, culpándose ella misma por haber tenido el pecho dañado: que su hijo ha muerto de hambre, por no haber podido encontrar otra mujer que le alimentase.» Lanuza reconoce detenidamente el pecho de la infeliz mujer, y no sé qué remedio le aconseja. ¡Buena será la medicina!

El cura nos acompaña á la iglesia, cuyo aspecto demuestra mucha pobreza. Nos enseña los libros de la iglesia escritos con caractéres siriacos. Al salir del templo, pongo unas monedas en la mano del cura. Preguntándole por medio de Lanuza, qué provechos ó recursos le produce el servicio religioso de la aldea, me contesta que una cantidad de piastras equivalente á tres y medio reales diarios poco más ó ménos.

Los habitantes de la aldea se dedican al cultivo de la seda; hay muchas chozas formadas con

ramas de árboles, en las cuales conservan innumerables canastillos de gusanos.

Hemos salido de la iglesia plagados de pulgas. Nos despedimos de estas buenas gentes, y volvemos á casa.

Durante la cena repito mi conversacion sobre España; Lanuza guarda silencio. El patron Abargues me dice que ha escrito un drama, refiriéndome su argumento, y aplaza para mañana la lectura. No manifiesto deseos de leerlo, seguro de que la literatura de Abargues correrá parejas con la mia.

Vuelvo á dormir en el cuarto de Lanuza.

Mártes 27 de Abril.

Paso la mañana cazando por la montaña. Esta vez me sigue el hijo de Abargues, jóven vivaracho, el cual me esplica el abecedario árabe. Con este chiquillo podria yo aprender lo que deseo; habla por los codos; me hace mil preguntas en español, y las traduce al árabe.

Por la tarde regreso á Beyruth.

Toda la familia de Abargues y Lanuza me han acompañado hasta la mitad del camino. He pa-

sado un rio montado con el chiquillo Abargues sobre un asno.

En Beyruth encuentro á mi amigo Juan Ahuad, de Jerusalen, que ha venido sirviendo de intérprete á un caballero suizo.

Miércoles 28 de Abril.

Ha llegado de Constantinopla el vapor *Gange*, á bordo del cual he tomado pasaje para mañana.

¡Cuánto siento no poder visitar las montañas del Líbano, y conocer de cerca ese pueblo cristiano; ese puñado de hombres que han sabido guardar y defender su fe en medio de sus implacables enemigos!

Juéves 29 de Abril.

Anoche he cenado en casa de María, empeñada en que el último dia habia de celebrarlo en su casa. Con tal motivo ha convidado á varios italianos residentes en Beyruth, los cuales han improvisado una especie de concierto, tocando el piano mi paisana, con acompañamiento ejecutado muy hábilmente en un largo instrumento de

cristal por uno de los convidados. Despues de la cena nos dirigimos á un café árabe, en forma de tejavana levantada en la punta de un promontorio. Si el aspecto del edificio no manifiesta buen gusto, el sitio que ocupa es delicioso: en él se respiran las brisas de un mar tranquilo, cuyas olas vienen á morir suavemente á nuestros piés. María no puede entrar en el café moruno: las costumbres de Oriente y la ley del Coran prohiben la reunion en público de hombres y mujeres. ¡Qué religion la de estos hombres! Mientras se les prohibe hablar en la calle á una mujer, en sus casas las tienen por docenas, las compran y venden como género de moda.

Esto me recuerda que al despedirme en San Juan del Desierto de un religioso español, se nos acercó un árabe casi desnudo que acababa de salir de una cueva; preguntando yo al Padre quién era, ó qué queria aquel individuo en traje tan poco honesto, me contestó: «Se acerca por si cae algun bakchis. — ¿Ve V. ese pobre diablo? Pues no tiene donde caerse muerto, y dentro de esa cueva vive con cinco mujeres. — ¿Y cómo puede mantenerlas? — Ahí verá V. lo

que es esta gente.» El religioso levantó los hombros, y se sonrió de compasion.

María no resiste la tentacion de saber, ó mejor dicho, de ver lo que pasa dentro del café; se apodera de una escalera, y se encarama sobre una tapia. Los hombres entramos en el café, iluminado con lamparillas de aceite y adornado de toscos asientos. La concurrencia es numerosa: se ven grupos de graves musulmanes fumando el narghilet, sin dirigir una mirada á los que pasan por cerca de ellos; en otra parte se oyen estrepitosas carcajadas producidas por la grotesca pantomima de un bailarin en cuerda, acompañado de un payaso que refiere á los espectadores gracias ó chistes que yo no comprendo.

Hoy he convidado á comer en la fonda á don Cárlos Lanuza, dándole así una pequeña muestra de agradecimiento por la atencion que ha tenido de acompañarme estos dias. Reunidos á la mesa varios estranjeros de diferentes naciones, todos hablan frances, en cuyo idioma se espresa con alguna dificultad mi paisano Lanuza; pero esto no me estraña tanto como oirle hablar castellano con acento estranjero y estilo poco

correcto. En una persona de no más instruccion que yo, nada tendria de estraño; pero sí lo es en quien dice que ha sido redactor de un periódico español, amigo de una reina, y que ha frecuentado los salones del real palacio (1).

(1) Con fecha 23 de Diciembre de 1858 recibí una carta de Juan Abargues en que éste me daba la noticia de haber fallecido el 20 de Setiembre el llamado don Cárlos Lanuza, dejando completamente arruinada la pobre y honrada familia que le daba hospitalidad, pues suponiéndose rico y mostrando cartas falsas, habia conseguido que Abargues, ademas del hospedaje por espacio de dos años, le diese 3,000 francos que eran las economías de toda su vida. Acerca del verdadero nombre de aquel misterioso personaje, véase lo que me añadia el pobre Juan Abargues:

«Por una fe de bautismo, que hemos encontrado despues de su muerte, hemos podido averiguar que era natural de Lila de Flándes; que habia tenido el grado de capitan en la legion francesa; que casó en Ronda, en España, y que tuvo una hija, que ahora contará diez y nueve años. El nombre de D. Cárlos Lanuza es supuesto: se llamaba don Luis Peliche, hijo de D. Félix baron de Peliche y conde de Corvannera, y de la baronesa de Belemont. La causa por que este hombre abandonó á su mujer y su hija, cuya fe de bautismo tengo en mi poder, la ignoramos aun. Una persona que le conoció ocho meses en los Dardanelos me ha dicho que ese hombre funesto formaba parte de una compañía de monederos fal-

A las tres de la tarde el cura Reynier y yo nos dirigimos al puerto, y en el momento de echar á la lancha nuestros equipajes, se presenta un individuo prohibiendo el embarque, sin que preceda el registro. Mi compañero se empeña en que no, y el árabe se empeña en que sí: se arma una disputa de gritos y denuestos, y se alborota el puerto. Dejo registrar mi equipaje y á todo remo me dirijo al vapor *Gange*, miéntras mi compañero va á casa del cónsul frances, para quejarse de lo que él llama un atropello.

Viene á despedirse á bordo nuestro querido presidente de caravana, el abate Berchon, vicario general de Angulema; me da un estrecho abrazo, y vuelve á tierra con el objeto de tomar pasaje en el vapor de Constantinopla.

sos, por lo cual fué desterrado ocho años á las islas Chafarinas; que cuando cumplió, regresó á España y pasando á Gibraltar se embarcó allí y fué á Crimea para cuidar caballos». Hasta aquí lo poco que yo sé del supuesto Lanuza. Registrando las colecciones de periódicos madrileños de la década de 1840 á 1850, se encontrará más de una vez en ellos el nombre del baron de Peliche, que creo figurase tambien, y de un modo nada brillante, en los tribunales de la corte.

A las seis levamos anclas, y dando un adios al majestuoso Líbano, coronado de nieve, doblamos el cabo de Beyruth, navegando con rumbo á Jafa, á vista de la costa de la antigua Fenicia, hasta que las sombras de la noche la ocultan á nuestras miradas.

Viérnes 30 de Abril.

El ruido de las cadenas y la señal de arrojar las anclas me despiertan al amanecer.

Subo sobre cubierta, y veo á Jafa. En seguida salto á una lancha, y me dirijo á tierra. Al entrar en la iglesia reconozco entre otros religiosos al padre guardian Fr. Ambrosio Sanz, que se halla haciendo oracion. No es fácil olvidar la fisonomía del padre Ambrosio, llena de dulzura y mansedumbre; su blanco y hermoso rostro, adornado de una espesa barba negra, inspira la más viva simpatía.

Recuerdo que hace mes y medio entré con la caravana por primera vez en esta iglesia para dar gracias á Dios por nuestra feliz llegada. Recuerdo con placer todas las dulces emociones que he esperimentado en mi peregrinacion. Re-

cuerdo que dentro de pocos momentos voy á dejar la Tierra Santa.

¡Feliz coincidencia! Este humilde templo fué el primero que ví, y el último que dejaré de ver en la tierra de Abraham, en la tierra de Jesus. ¡Gracias, Dios mio!... Lleno el pecho de gratitud y de amor recibo el Sacratísimo Cuerpo de vuestro Hijo, que con sus plantas santificó esta tierra, de la cual me aparto con el corazon enternecido.

La mayor parte del dia permanece el vapor fondeado frente de Jafa; al caer la tarde navegamos con mar grande y rumbo á Egipto. Poco á poco veo desaparecer en el horizonte las montañas de Judea, dándolas mi último adios con lágrimas en los ojos.

Sábado 1.º de Mayo.

A las dos y media de la tarde damos fondo en la rada de Alejandría. El puente de nuestro vapor ha venido cuajado de pasajeros mahometanos, que se dirigen en peregrinacion á la Meca. Entre ellos he visto algunos cuyo traje se compone de túnica larga, turbante y careta todo ver-

de oscuro. Me han dicho que estos hombres verdes son considerados como nobles mahometanos descendientes del falso profeta. Si la nobleza de su estirpe les obliga á ocultar el rostro con un pedazo de tela verde, maldita la gracia que encuentro en la descendencia de Mahoma. No sé si es costumbre ó ley del Coran que los mahometanos hagan oracion, una ó más veces al dia, colocándose en pié mirando hácia la Meca.

La práctica de esta devocion es muy fácil cumplirla en tierra; pero en la mar tiene sus dificultades, por la imposibilidad de mantenerse á pié firme, con los brazos pegados al cuerpo á manera de un recluta.

Durante la travesía he visto á algunos empeñados en hacer oracion en dicha postura; pero con el balanceo del buque caian de bruces ó sobre la cabeza de algun prógimo.

Los oficiales del vapor devuelven á los pasajeros sus armas en el momento de saltar á tierra. La precaucion de quitar las armas á los mahometanos en el momento de embarcarse en un buque cristiano tiene por objeto evitar un conflicto. Yo me quedo á bordo, y paso las primeras horas de la noche jugando á las damas en el sa-

lon principal del *Gange* con mi compañero de caravana mister Wytte, y apuntando estas notas en mi borrador.

Domingo 2 de Mayo.

A las seis de la mañana salto en tierra y oigo misa en el convento de franciscanos. Una numerosa asistencia de fieles celebra las Flores de María. El sonido de las campanas produce en mí una alegría inesplicable. A pocos pasos del convento de franciscanos se halla el magnífico templo del rito griego, adornado de grandes columnas de mármol.

Durante nuestra primera permanencia en Alejandría no pudimos, por falta de tiempo, visitar algunos lugares notables de esta populosa ciudad; pero ahora que estamos despacio nos proponemos hacerlo mister Wytte y yo. Empezamos por almorzar en una fonda inglesa; mi compañero se incomoda por haberme yo adelantado á pagar el gasto del almuerzo, diciéndome sériamente: «Nosotros, los ingleses, no permitimos que nadie nos pague el gasto». ¡Cuántos conoz-

co yo capaces de no incomodarse por tan poca cosa!

Es general la costumbre de cabalgar en burros por las calles. Hay en la plaza numerosos grupos, custodiados por muchachos haraposos provistos de un pequeño aguijon para castigar á los pobres animales. Continuamente se ve galopar por las calles á muchos ginetes cruzando de un punto á otro; pero lo que me hace muchísima gracia es ver á un capitan inglés vestido de pantalon y casaca de paño negro, con sombrero de copa alta inclinado hácia atras, caballero en un borrico, y tocando al suelo con las puntas de los piés. El aspecto serio del inglés, y su traje aquí ridículo, causa risa.

Acompañados de un dragoman, y montados en burros, nos dirigimos mister Wytte y yo al palacio del virey; atravesamos los patios por delante de los guardias, sin apearnos hasta llegar al pié de la escalera principal. Allí dos criados de palacio nos invitan cortesmente á quitarnos el calzado, presentándonos bonitas y suaves chinelas, á fin de no estropear el piso de los salones. En la sala de entrada se ven los retratos de la familia del virey, empezando por el del

célebre Mehemet-Alí, en traje europeo y con gorro encarnado.

El cuarto dormitorio del virey es un pequeño aposento cuadrado, cuyo único mueblaje se compone de un divan, una mesa con varios objetos para el aseo, y la cama de cuatro columnas de plata, sosteniendo una corona de forma ducal, cubierto todo con un magnífico mosquitero. El cuarto del príncipe es igual al del virey, sin más diferencia que ser la cama de palo rosa. Hay salones amueblados á la europea, y los hay á la oriental. El suelo del salon de recibo, ó como si dijéramos de embajadores, es de un gusto esquisito: está compuesto de pedacitos de maderas finas y de círculos de marfil, imitando el dibujo de una alfombra. El gabinete de baños es de mármol blanco; recibe la luz de una bóveda cuyo dibujo se asemeja á las ventanas de una iglesia de estilo gótico. Observo infinidad de curiosidades, que no me es posible anotar, por no llamar la atencion de los criados que nos acompañan.

Saliendo de palacio atravesamos al galope la ciudad, hasta llegar á un sitio arenoso cerca del mar, donde se hallan las célebres agujas

de Cleopatra. Son éstos dos obeliscos, el uno caido y casi sepultado en la arena, y el otro en pié, sin que el trascurso de veinte siglos haya podido borrar sus signos y geroglíficos. Dícese, y supongo que sin fundamento, que desde la quema de la famosa biblioteca de Alejandría, no se han podido descifrar los signos que contienen los obeliscos.

Lúnes 3 de Mayo.

He pasado el dia de hoy recorriendo á pié las calles; he observado muchos establecimientos de comercio, fondas y cafés europeos. Cruzan lujosos carruajes. Me parece que Alejandría va perdiendo, ó ha perdido ya, su fisonomía oriental.

Mártes 4 de Mayo.

A las cinco de la mañana voy á la iglesia de los franciscanos... En seguida el padre guardian me convida á tomar café que acepto gustoso.

Me despido de esta tierra de Egipto, esta tierra que sirvió de asilo á un pueblo escogido de Dios, y, siglos despues, de refugio á la Santa Familia por espacio de algunos años, hasta la muerte de Heródes el asesino.

A las once dejamos el puerto de Alejandría con rumbo á Europa.

Al dirigir por última vez mi vista á la costa, me parece que llevo grabados en mi alma todos los más minuciosos detalles de mi peregrinacion; detalles que no olvidaria aunque viviera mil años.

En la tarde del viérnes 7 de Mayo fondeamos en la isla de Malta, sin novedad alguna durante nuestra feliz navegacion.

Esta vez he podido visitar detenidamente la ciudad y la famosa iglesia de San Juan de los Caballeros. Confieso que he sentido una pena grandísima al leer en un sillon de terciopelo colocado en el presbiterio, la inscripcion siguiente:

Honni soit qui mal y pense.

Entre las innumerables inscripciones que cubren el pavimento de la iglesia, he leido ape-

llidos vascongados, apellidos que conozco en Bilbao.

El sábado 8 á las cinco de la tarde, á ruegos de mi amigo el cura Reynier, dejamos el *Gange*, y nos trasbordamos al vapor *El Vaticano*, que hace el servicio de la costa de Italia. Al siguiente dia, domingo, navegamos siguiendo la costa de Sicilia á vista del Etna, dando fondo en Messina á las diez de la mañana. Saltamos á tierra no sin tener que vencer algunas dificultades de la policía.

A las tres de la tarde del dia 10 atravesamos el estrecho de Messina, dando vista á la isla de Stromboli.

Despues de visitar á Nápoles con su bella bahía, á Liorna con su puerto cuajado de buques, á Pisa con su torre ladeada, y á Génova con sus palacios de mármol, el dia 15 de Mayo desembarqué en Marsella.

Juéves 25 de Febrero salí de mi casa solo y desgarrado el corazon: juéves 20 de Mayo entré en ella gozoso, estrechando en mis brazos á mis queridos hijos.

A quien oprima el dolor y abrume la pesadumbre, yo, que soy esperimentado, le acon-

sejo que corra á desahogarse y orar en el Calvario; á buscar un consuelo y recobrar la alegría del alma en el sepulcro de Aquel que es nuestra resurreccion y nuestra vida.

FIN.

ITINERARIO.

CAMINOS Y DISTANCIAS.

DE JAFA Á JERUSALEN.

	Hs.	Ms.
Jafa á Lydda	3	30
Lydda á Ramla ó Ramleh.	»	30
Ramleh á Jerusalen.	8	»
De Jafa á Jerusalen.	12	»
Jerusalen á Belen.	2	»
Jerusalen á San Juan del Desierto . . .	1	30
Jerusalen á San Sabas (próximamente). .	4	»
Jerusalen á la fuente de Eliseo	5	30
Jerusalen á Jericó (próximamente) . .	6	»

DE JERUSALEN Á NAZARETH.

Jerusalen á Djifna	4	»
Djifna á Naplusa (Sichem)	8	8
Naplusa á Djennin.	7	55
Djennin á Nazareth.	6	20
De Jerusalen á Nazareth. . . .	26	23
Nazareth al monte Tabor.	3	»
Nazareth á Caná.	1	30
Nazareth á Séforis..	1	15
Nazareth á Tiberiades.	7	30
Nazareth á Tiberiades por Caná. . . .	8	»
Nazareth al monte Carmelo.	8	45

DEL MONTE CARMELO Á BEYRUTH.

	Hs.	Ms.
Monte Carmelo a San Juan de Acre. . .	4	30
San Juan de Acre á Tiro	9	2
Tiro á Sidon	8	10
Sidon á Beyruth.	8	27
Del Carmelo á Beyruth	30	»

ALTURA SOBRE EL NIVEL DEL MAR

DE VARIOS PUNTOS VISITADOS POR LOS PEREGRINOS.

(Estracto del *Bulletin des pélerinages.*)

	METROS
Jafa	36
Ramleh (Torre)	100
Jerusalen (punto más elevado al N. O.)	795
» Monte Sion (Cenáculo)	773
» Monte Moria	740
» Monte Olivete	830
Betania	550
Belen	824
Hebron	923
San Sabas	179
Nebi-Samuel	807
Naplusa	509
Monte Garicin	807
Monte Ebal	823
Sebaste (Samaria)	341
Djennin	167
Esdrelon (llanura)	116
Nazareth	377
Monte Tabor	571
Monte Carmelo (el convento)	149
Líbano (los cedros)	1925
Líbano, Arneto	3063
Damasco	731

PUNTOS MAS BAJOS QUE EL NIVEL DEL MAR.

	METROS.
Mar Muerto.	401
Jordan (donde se bañan los peregrinos) . . .	368
Jericó.	274
Lago de Tiberiades.	200
Fuente de Eliseo.	198

SITUACION GEOGRÁFICA.

	Latitud N.			Longitud E. de Paris.		
Paris (Pantheon). .	48°	50′	49″	0°	0′	35″
Marsella (N. D. de la Garde). . .	43	17	14	3	2	3
Malta.	35	53	50	12	11	6
Alejandria. . . .	31	12	53	27	32	35
Jafa.	32	2	»	32	27	»
Jerusalen. . . .	31	46	50	32	54	13
Jericó.	31	51	»	33	7	58
Belen	31	43	45	32	53	18
Naplusa.	32	10	10	32	56	43
Sebaste.	32	14	50	32	52	8
Nazareth. . . .	32	42	»	32	59	35
Monte Carmelo. .	32	49	30	32	38	8
San Juan de Acre. .	32	55	16	32	44	8
Tiro.	33	16	30	32	51	38
Sidon.	33	34	»	33	1	28
Beyruth.	33	54	42	33	9	8
Damasco.	33	31	20	33	55	8

APÉNDICE.

Se halla establecida en Paris una asociacion puramente religiosa, titulada *Œuvre des pèlerinages en Terre-Sainte*, que tiene por objeto organizar y dirigir las caravanas de peregrinos católicos, que dos veces al año salen de Marsella para los Santos Lugares.

La primera caravana, que es la de primavera, sale á principios del mes de Marzo, y pasa la Semana Santa en Jerusalen; la segunda, que es la de otoño, se despacha por el mes de Setiembre.

El viaje de ida y vuelta desde Marsella dura dos meses, poco más ó ménos. El itinerario es el mismo que se describe en este *Diario*.

El coste de ida y vuelta desde Marsella, inclusos todos los gastos de permanencia y manutencion en Palestina, es de 1,300 francos navegando á bordo de los vapores en primera clase, y de 1,100 francos en segunda.

El sugeto que quiere formar parte de la cara-

vana no tiene que hacer más que escribir una carta solicitándolo al secretario de *l'Œuvre des pèlerinages*, calle de Furstenberg, número 6, Paris, indicando la edad, profesion y domicilio. Los eclesiásticos acompañarán la licencia del señor obispo de la diócesis, y los seglares una recomendacion de su conducta religiosa, dada por su párroco, ú otra autoridad eclesiástica. La caravana se compone esclusivamente de católicos.

El comité, ó junta superior directiva, de *l'Œuvre* resuelve sobre la admision del peregrino, y una vez admitido pagará el importe total del viaje, y firmará dos ejemplares del reglamento de la caravana, para manifestar así que se conforma con sus prescripciones.

El *bureau*, ó junta particular directiva, que el comité de Paris nombra de entre los peregrinos mismos de cada caravana, se compone de un presidente, un vicepresidente, un capellan, un tesorero y un secretario. El presidente es el encargado de hacer cumplir el reglamento y el itinerario; y á él hay que obedecer hasta el momento de quedar disuelta la caravana en el monte Carmelo.

El secretario del comité de Paris remite á todos los peregrinos una nota impresa, en que se recomiendan los objetos de que han de proveerse los viajeros. En mi opinion un equipaje volu-

minoso da mucha incomodidad en un pais donde no hay caminos, y donde es necesario conducirlo todo en caballerías.

Tengo, pues, por muy suficiente el siguiente

Equipaje. — Un baul maleta fuerte, con un vestido completo decente para visitas y ceremonias; camisas blancas y de color, pañuelos, y dos servilletas. Para traje de camino: pantalon, chaleco y levita ancha con fuertes bolsillos, todo de dril de hilo inglés; polainas altas de paño, y sombrero de alas anchas, forrado de muselina blanca, en forma de turbante, á fin de resistir los rayos del sol.

Siendo muy bruscos los cambios de temperatura, conviene no olvidarse de un paletó grueso, ó capa española, que se llevará siempre consigo, sujetándola con correas en la grupa del caballo.

Un saco de noche y un pequeño *neceser* para el aseo. Un frasco de árnica, vendas y lienzos, para el caso de recibir algun golpe.

Armas. — En Oriente es general la costumbre de ir armado, y por lo mismo conviene que los europeos, más por respeto que por otra cosa, lleven armas, tales como una escopeta de dos cañones para cazar, y un rewolver.

Dinero. — La moneda más corriente para el cambio es el oro frances. El valor de un napoleon de 19 reales, ó sea de cinco francos, varía entre 25 y 28 piastras de Jerusalen.

Libros.—Monseñor Mislin es el que mejor ha descrito, en mi concepto, la peregrinacion á Jerusalen. Su obra en frances *Los Santos Lugares* se vende en la librería de Challamel, Paris; pero tiene el inconveniente de que los tres tomos de que consta son muy voluminosos para el viaje. He visto una traduccion de esta obra al castellano, pero muy mediana.

El *plano de Palestina* antigua y moderna, por J. Andriveau, en forma de libro, es el más cómodo para el viaje.

El servicio y manutencion de la caravana en el campamento es escelente; hay buenas tiendas de campaña, y una cama para cada peregrino. La comida de los peregrinos en Jerusalen, durante la Semana Santa, no es todo lo que desean los religiosos, porque por más esfuerzos que los pobres hagan, no pueden surtirse de lo necesario, por la extraordinaria concurrencia de gentes. En la Semana Santa de 1858 se reunian en Jerusalen de diez y seis á veinte mil estranjeros de los diferentes ritos cristianos. Un viajero acomodado deberia pues, en mi concepto, llevar algunas latas de conservas alimenticias para su uso, y para poder hacer con ellas cualquier obsequio.

INDICE.

PAGS.

Alejandria. 23, 209
Agonia (Gruta de la). 49
Ain-Karim. 91
Agujas de Cleopatra. 214

Botania. 73
Beit-Djalla. 95
Belen. 95, 96
Booz (Campo de) 98
Beyrulh. 193

Catacumbas. 25
Casa Nuova. 40
Calvario. 44
Casa de Pilatos. 82
Cenáculo. 124
Caná. 169
Carmelo. 174
Caipha. 177

Djennin. 149

PAGS.

Ecce-Homo (Arco del). 57, 114
El-Bir. 142
Esdrelon (Llanura de). 153

Fuente de Eliseo. 69
Fuente de San Felipe. 95
Fuente de la Samaritana. 144

Flagelacion (Capilla de la). 135
Fuego del cielo. 122

Gethsemaní 50
Garicin (Monte). 146

Hacéldama. 51
Hittin. 168

Jafa. 28, 30, 208
Jerusalen. 39, 40, 83, 100
Josafat (Valle de). 52, 138
Jericó. 69, 71
Jordan. 65

Lydda. 34
Lázaro (Sepulcro de). 74

Marsella. 7
Malta. 17, 215
Mar Muerto. 64
Moria. 76

PAGS.

Nebi-Samuel. 140
Naplusa ó Naplouse. 145
Nazareth. 154, 171

Olivete (Monte). 102, 136

Pompeyo (Columna de). 26
Piscina Probática. 55
Pozo de Salomon. 182

Ramla ó Ranleh. 34
Ratisbonne. 56

Saron (Llanura de). 33
Santo Sepulcro. 43, 46
Siloe (Fuente). 52
Sion (Monte). 50, 125
Santa Ana (Iglesia). 55
San Sabas. 60
Santa Cruz (Convento). 91
San Juan de Judea. 91
San Juan (Gruta de). 94
Semana Santa. 87, 90, 106
Sepulcro de la Virgen. 101
Sinagoga de los judíos. 125
Sinagoga de los samaritanos. 145
Sebaste (Samaria). 147
Séforis. 173
San Juan de Acre. 179
Sidon. 187

PÁGS.

Terebintos (Valle de los). 38
Tabor (Monte). 161
Tiberiades. 165
Tolemaida (Llanura). 181
Tiro 183

Visitacion. 92
Via-Crucis. 114